This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

Aleuish
ANPT

VIDA Y HECHOS

DE GUZMAN

DE ALFARACHE.

Se vende en las librerías de CORMON y BLANC.

En { LYON, calle Sala, nº 30;
PARIS, calle Montmartre, nº 167.

VIDA Y HECHOS

DEL PÍCARO

GUZMAN

de alfarache,

ó

ATALAYA DE LA VIDA HUMANA,

POR MATEO ALEMAN,

CRIADO DEL REY.

HERMITAGE LIBRARY
N°

TOMO II.

PARIS,

LIBRERÍA DE CORMON Y BLANC.

1826.

NEW YORK
PUBLIC
LIBRARY

AL DISCRETO LECTOR.

Suelen algunos que sueñan cosas pesadas y tristes bregar tan fuertemente con la imaginacion, que sin haberse movido, despues de recordados, asi quedan molidos como si con un fuerte toro hubieran luchado á fuerzas. Tal he salido del proemio pasado, imaginando en el barbarismo y número desigual de los ignorantes á cuya censura me obligué, como el que sale á voluntario destierro y no está en su mano la vuelta. Empeñéme con la promesa de este libro; me ha sido forzoso seguir el envite que hice de falso. Bien veo de mi rudo ingenio y cortos estudios fuera muy justo temer la carrera, y haber sido esta libertad, licencia demasiada; mas considerando no haber libro tan malo donde no se

halle algo bueno, será posible que en lo que faltó el ingenio, supla el zelo de aprovechar que tuve, haciendo algun virtuoso efecto que sentí bastante premio de mayores trabajos y digno del perdon de tal atrevimiento. No me será necesario con el discreto largo exordio, ni prolijas arengas; á su correccion me allano, su amparo pido, y en su defensa me encomiendo.

Y tú, deseoso de aprovechar á quien verdaderamente consideré cuando escribia esta obra, no entiendas que haberlo hecho fué acaso movido de interes, que nunca lo pretendí ni me hallé con caudal suficiente. Alguno querrá decir, que llevando vueltas las espaldas, y la vista contraria, encamino mi barquilla donde tengo el deseo de tomar puerto; pues doyte mi palabra, que se engaña, y á solo el bien comun puse la proa, si de tal bien fuese digno que á ello sirviese. Muchas cosas hallarás de rasguño y

bosquejadas que dejé de matizar, por causas que lo impidiéron : otras están algo mas retocadas, que huí de seguir y dar alcance, temeroso y encogido de cometer alguna pensada ofensa. Haz como leas lo que leyeres, y no te rias de la conseja y se te pase el consejo : recibe lo que te doy y el ánimo con que te lo ofrezco; no lo eches como barreduras al muladar del olvido : mira que podrá ser escobilla de precio : recoge, junta esa tierra; métela en el crisol de la consideracion, dale fuego de espíritu, y hallarás algun oro que te enriquezca. Y pues que no hay cosa buena que no proceda de las manos de Dios, ni tan mala de que no resulte alguna gloria, y en todo tiene parte : abraza, recibe en tí lo provechoso, dejando lo no tal ó malo, como mio; aunque estoy confiado que las cosas que no pueden dañar, suelen aprovechar muchas veces. En el discurso podrás moralizar segun se te ofre-

ciere; larga márgen te queda : lo que hallares no grave, ni compuesto, eso es ser de un pícaro el sugeto de este libro : las tales cosas, aunque serán muy pocas, picardea con ellas; que en las mesas espléndidas manjares ha de haber de todos gustos, vinos blancos y suaves, que alegrando ayuden á la digestion, y músicas que entretengan. VALE.

VIDA Y HECHOS

DE GUZMAN

DE ALFARACHE.

LIBRO PRIMERO.

CAPÍTULO I.

En que cuenta quien fué su padre.

EL deseo que tenia, curioso lector, de contarte mi vida, me daba tanta priesa para engolfarte en ella, sin prevenir algunas cosas, que, como primer principio, es bien dejarlas entendidas, porque siendo esenciales á este discurso, tambien te serán de no pequeño gusto, que me olvidaba de cerrar un portillo, por donde me pudiera entrar curando cualquier terminista de mal Latin, redarguyéndome de pecado porque no procedí de la definicion á lo definido, y antes de contarla no dejé dicho quienes, y cuales fuéron mis padres, y confuso nacimiento, que en su tanto, si de ellos hubiera de

escribirse, fuera sin duda mas agradable, y bien recibida, que esta mia: tomaré por mayor lo mas importante, dejando lo que no me es lícito, para que otro haga la baja. Y aunque á ninguno conviene tener la propiedad de la hiena, que se sustenta desenterrando cuerpos muertos, yo aseguro, segun hoy hay en el mundo censores, que no les falten cronistas; y no es de maravillar, que aun de esta pequeña sombra querrás inferir, que les corto de tijera, y temerariamente me darás mil atributos, que será el menor de ellos tonto ó necio, porque no guardando mis faltas, mejor descubriré las agenas. Alabo tu razon por buena, pero quiérote advertir, que aunque me tendrás por malo, no lo quisiera parecer, que es peor serlo y honrarse de ello; y que contraviniendo á un tan santo precepto, como el cuarto del honor, y reverencia que les debo, quisiera cubrir mis flaquezas con las de mis mayores, pues nace de viles y bajos pensamientos tratar de honrarse con afrentas agenas, segun de ordinario se acostumbra, lo cual condeno por necedad solemne de siete capas, como fiesta doble, y no lo puede ser mayor, pues descubro mi punto, no salvando mi yerro el de mi vecino, ó deudo. Siempre vemos vituperado el maldiciente, mas á mi no me sucede asi: porque adornando la historia, siéndome necesario, todos dirán; Bien haya el que á los suyos pa-

rece, llevándome estas bendiciones de camino. Demas, que fué su vida tan sabida, y todo á todos tan manifiesto, que pretenderlo negar seria locura, y á resto abierto dar nueva materia de murmuracion: antes entiendo, que les hago, si asi decirse puede, manifiesta cortesía en expresar el puro y verdadero texto, con que desmentiré las glosas que sobre él se han hecho, pues cada vez que alguno algo de ello cuenta, lo multiplica con los ceros de su antojo, una vez mas y nunca menos, como acuda la vena y se le pone en capricho: que hay hombre, que si se le ofrece propósito para cuadrar su cuento, deshará las pirámides de Egipto, haciendo de la pulga gigante, de la presuncion evidencia, de lo oido visto, y ciencia de la opinion, solo por florear su elocuencia, y acreditar su discrecion. Asi acontece de ordinario, y se vió en un caballero extrangero, que en Madrid conocí, el cual como fuese aficionado á caballos españoles, deseando llevar á su tierra el fiel retrato, tanto para su gusto, como para enseñarlos á sus amigos, por sér de nacion muy remota, y no siéndole permitido, ni posible llevarlos vivos, teniendo en su casa los dos mas hermosos de talle, que se hallaban en la corte, pidió á dos famosos pintores, que cada uno le retratase el suyo, prometiendo demas de la paga, cierto premio al que mas en su arte se esmerase. El uno pintó un overo con tanta per-

feccion, que solo faltó darle lo imposible, que fué el alma, porque en lo demas, engañando á la vista, por no hacer del natural diferencia, cegara de improviso cualquier descuidado entendimiento. Con esto solo acabó su cuadro, dando en todo lo del restante claros, y oscuros en las partes, y segun que convenia.

El otro pintó un rucio rodado, color de cielo y aunque su obra muy buena, no llegó con gran parte á la que os he referido; pero esmeróse en una cosa de que él era muy diestro; y fué, que pintando el caballo, á otras partes, en las que halló blancos, por lo alto dibujó admirables lejos, nubes, arreboles, edificios arruinados, y varios encasamientos. Por lo bajo del suelo cercano, cantidad de arboledas, yerbas floridas, prados y riscos; y en una parte del cuadro, colgando de un tronco los jaeces, y al pie de él estaba una silla gineta; tan costosamente obrado, y bien acabado, cuanto se puede encarecer. Cuando vió el caballero sus cuadros, aficionado, y con razon, al primero, fué el primero á que puso precio, y sin reparar en lo que por él pidiéron, dando en premio una rica sortija al ingenioso pintor, le dejó pagado, y con la ventaja de su pintura. Tanto se desvaneció el otro con la suya, y con la liberalidad franca de la paga, que pidió por ella un excesivo precio. El caballero, absorto de haberle pedido tanto y que apenas pudiera pagarle,

dijo: Vos, hermano¡ porque no considerais lo que me costó aqueste otro lienzo á quien el vuestro no se aventaja! En lo que es el caballo respondió el pintor, Vm. tiene razon; pero árbol, y ruinas hay en el mio, que valen tanto como el principal de esotro. El caballero replicó: No me convenia, ni era necesario llevar á mi tierra tanta balumba de árboles, y carga de edificios, que allá tenemos muchos, y muy buenos; demas, que no les tengo la aficion que á los caballos, y lo que de otro modo que por pintura no puedo gozar, eso huelgo de llevar. Volvió el pintor á decir; En lienzo tan grande pareciera muy mal un solo caballo, y es importante, y aun forzoso para la vista, y ornato, componer la pintura de otras cosas diferentes, que la califiquen, y den lustre, de tal manera, que pareciendo asi mejor, es muy justo llevar con el caballo sus guarniciones, y silla, especialmente estando con tal perfeccion obrado, que si de oro me diesen otras tales, no las tomara por las pintadas. El caballero, que ya tenia lo importante á su deseo (pareciéndole lo demas impertinente, aunque en su tanto muy bueno) y no hallándose tan sobrado, que lo pudiera pagar, con discrecion le dijo: Yo os pedí un caballo solo, y tal como por bueno os lo pagaré, si me lo quereis vender: los jaeces quedaos con ellos, ó dadlos á otro, que no los he menester. El pintor quedó cor-

rido, y sin paga por su obra añadida, y haberse alargado á la eleccion de su albedrío, creyendo que por mas composicion le fuera mas bien premiado, y gratificado su trabajo.

Comun, y general costumbre ha sido, y es de los hombres, cuando les pedis reciten, ó refieran lo que oyéron ó viéron, que os digan la verdad, y substancia de una cosa, enmascararla y afeitarla, que se desconoce como el rostro de la fea. Cada uno le da sus matices, y sentidos, ya para exagerar, incitar, aniquilar, ó divertir, segun su pasion le dicta. Asi lo estira con los dientes, para que alcance la lima, y pule para que entalle, levantando de punto lo que se les antoja, graduando, como conde Palatino, al necio de sabio, al feo de hermoso, y al cobarde de valiente, quilatando con su estimacion las cosas, no imaginando cumplen con pintar el caballo, si le dejan en cerro, y desenjaezado; ni dicen la cosa, si no la comentan como mas viene á cuento á cada uno. Tal sucedió á mi padre, que respecto de la verdad, ya no se dice cosa que lo sea. De tres han hecho trece, y los trece trecientos, porque á todos les parece añadir algo mas; y de estos algos han hecho un mucho, que no tiene fondo, ni se le halla suelo, reforzándose unas á otras añadiduras, y lo que en su lugar cada una no prestaba, muchas juntas hacen daño. Son lenguas engañosas, y falsas, que co-

mo saetas agudas, y brasas encendidas, les han querido herir las honras, y abrasar las famas, de que á ellos, y á mí resultan cada dia notables afrentas. Podrásme bien creer, que si valiera elegir de donde nos pareciera, que de la masa de Adan procurara escoger la mejor parte, aunque anduviéramos al puñete por ello; mas no vale eso, sino á tomar cada uno lo que le cupiere, pues el que lo repartió, pudo y supo bien lo que hizo: él sea loado, que aunque tuve jarretes, y manchas, cayéron en sangre noble de todas partes: la sangre se hereda, y el vicio se pega: quien fuere cual debe, será como tal premiado; y no purgará las culpas de sus padres. Cuanto á lo primero, el mio y sus deudos fuéron Levantiscos: viniéron á residir á Génova, donde fuéron agregados á la nobleza; y aunque de allí no naturales, los habré aquí de nombrar como tales. Era su trato el ordinario de aquella tierra, y lo es ya por nuestros pecados en la nuestra, cambios, y recambios por todo el mundo. Hasta en esto le persiguiéron, infamándole de logrero; muchas veces lo oyó á sus oidos, y con su buena condicion pasaba por ello. No tenian razon, que los cambios han sido y son permitidos. No quiero yo loar, ni Dios quiera que defienda ser lícito lo que algunos dicen, prestar dinero por dinero sobre prendas de oro ó plata por tiempo limitado, ó que se queden rematadas: ni otros tratillos

paliados, ni los que llaman cambio seco, ni que corra el dinero de feria en feria, donde jamas tuviéron hombre, ni trato, que llevan la voz de Jacob y las manos de Esaú, y á tiro de escopeta descubren el engaño: que las tales, aunque se las achacáron, yo no las ví, ni de ellas daré señas: mas lo que absolutamente se entiende cambio, es obra indiferente, de que se puede usar bien y mal, y como tal, aunque injustamente, no me maravillo, que no debiéndola tener por mala, se reprüebe; mas la evidentemente buena, sin sombra de cosa que no lo sea, que se murmure y vitupere, eso es lo que me asombra. Decir, si viese á un Religioso entrar á la media noche por una ventana en parte sospechosa, la espada en la mano, y el broquel en el cinto, que va á dar los sacramentos, es locura, que ni quiere Dios, ni su iglesia permite, que yo sea tonto, y de lo tal evidentemente malo, sienta bien. Que un hombre rece, frecuente virtuosos ejercicios, oyga misa, confiese, y comulgue á menudo, y por ello le llamen hipócrita, no lo puedo sufrir, ni hay maldad semejante á esta. Tenia mi padre un largo rosario entero de quince dieces, en que se enseñó á rezar (en lengua castellana hablo) las cuentas gruesas mas que avellanas, este se le dió mi madre, que le heredó de la suya: nunca se le caia de las manos: cada mañana oia su misa, sentadas ambas rodillas en el suelo,

juntas las manos, levantadas del pecho arriba, el sombrero encima de ellas: arguyéronle maldicientes, que estaba de aquella manera rezando para no oir, y el sombrero alto para no ver. Juzguen de este juicio los que se hallan desapasionados, y digan si haya sido perverso y temerario, de gente desalmada, sin conciencia. Tambien es verdad, que esta murmuracion tuvo causa, y fué su principio, que habiéndose alzado en Sevilla un su compañero, y llevándole gran suma de dineros, venia en su seguimiento, tanto á remediar lo que pudiera del daño, como á componer otras cosas. La nave fué saqueada, y él, con los mas que en ella venian, cautivo y llevado á Argel, donde medroso y desesperado, el temor de no saber como ó con que volver en libertad, desesperado de cobrar la deuda por bien de paz, como quien no dice nada, renegó. Allá se casó con una mora hermosa y principal, con buena hacienda: que en materia de interes, (por lo general de quien siempre voy tratando) sin perjuicio de mucho número de nobles caballeros, y gente grave y principal, (que en todas partes hay de todo) diré de paso lo que en algunos deudos de mi padre conocí el tiempo que los traté. Eran amigos de solicitar casas agenas, olvidándose de las proprias: que se les tratase verdad, y de no decirla: que se les pagase lo que se les debia, y no pagar lo que

debian : ganar, y gastar largo, diese donde diese, que ya estaba rematada la prenda, y como dicen, á roma por todo. Sucedió pues, que asegurado el compañero de no haber quien le pidiese, acordó tomar medios con los acreedores presentes, poniendo condiciones, y plazos, con que pudo quedar de allí en adelante rico, y satisfechas las deudas.

Cuando esto supo mi padre, nacióle nuevo deseo de venirse con secreto y diligencia, y para engañar á la mora, le dijo, se queria ocupar en ciertos tratos de mercancías. Vendió la hacienda, y puesta en zequíes (moneda de oro fino Berberisca) con las mas joyas que pudo, dejándola sola, y pobre, se vino huyendo, y sin que algun amigo ni enemigo lo supiera, reduciéndose á la fe de Jesucristo, arrepentido, y lloroso, delató de sí mismo, pidiendo misericordiosa penitencia, la cual siéndole dada, despues de cumplida, pasó adelante á cobrar su deuda. Esta fué la causa porque jamas le creyéron obra que hiciese buena. Si otra les piden, dirán lo que muchas veces (con impertinencia, y sin propósito) me dijéron : Que quien una vez ha sido malo, siempre se presume serlo en aquel género de maldad. La proposicion es verdadera, pero no hay alguna sin excepcion. ¡Qué sabe nadie de la manera que toca Dios á cada uno, y si con-

forme dice una auténtica, tenia ya reintegradas las costumbres!

Veis aquí, sin mas acá, ni mas allá los linderos de mi padre; porque decir que se alzó dos, ó tres veces con haciendas agenas, tambien se le alzáron á él. No es maravilla, los hombres no son de acero, ni estan obligados á tener como los clavos, que á ellos les falta la fuerza, y suelen soltar y aflojar: estratagemas son de mercaderes, que donde quiera se practican en España, especialmente donde lo han hecho grangería. No hay de que nos asombremos, allá se entienden; allá se lo hayan; á sus confesores dan larga cuenta de ello, solo es Dios el juez de aquestas cosas, mire quien los absuelve lo que hace. Muchos veo que lo traen por uso, y á ninguno ahorcado por ello: si fuera delito, mala cosa ó hurto, claro está que se castigara, pues por menos de seis reales vemos azotar, y echar cien pobres á las galeras. Por no ser contra mi padre, quisiera callar lo que siento, aunque si he de seguir al filósofo, mi amigo es Platon, y mucho mas la verdad, conformándome con ella; perdone todo viviente, que canonizo este caso por muy gran bellaquería, digna de muy ejemplar castigo. Alguno del arte mercante me dirá: mirad por que consistorio de pontífice, y cardenales va determinado. ¿Quién mete al idiota, galeote, pícaro en establecer leyes, ni calificar los tratos que no

entiende? Ya veo que yerro en decir lo que no ha de aprovechar, que de buena gana sufriera tus oprobrios, con tal que se castigara y tuviera remedio esta honrosa manera de robar, aunque mi padre estrenara la horca. Corra como corre, que la reformacion de semejantes cosas importantes, y otras que lo son mas, van de capa caida, y á mí no me toca; es dar voces al lobo, tener el Sol, y predicar en desierto.

Vuelvo á lo que mas le achacáron, que estuvo preso por lo que tú dices, ó á tí te dijéron. Que por ser hombre rico, y como dicen, el padre alcalde y compadre el escribano, se libró, que hartos indicios hubo para ser castigado. Hermano mio, los indicios no son capaces de castigo por sí solos. Asi te pienso concluir, que todas han sido consejas de horneras, mentiras, y falsos testimonios levantados; porque confesándote una parte, no negarás de la mia ser justo defenderte la otra. Digo que tener compadres escribanos es conforme al dinero con que cada uno pleitea: que en robar á ojos vistas tienen algunos el alma del gitano, y harán de la justicia el juego de pasa pasa, poniéndola en el lugar que se les antojare, sin que las partes lo puedan impedir, ni los letrados lo sepan defender, ni el juez juzgar. Y antes que me huya de la memoria, oye lo que en la iglesia de san Gil de Madrid predicó á los

señores del consejo supremo un docto predicador un viernes de la cuaresma. Fué discurriendo por todos los ministros de justicia, hasta llegar al escribano, el cual dejó de industria para la postre, y dijo: Aquí ha parado el carro; metido y sonrodado está en el lodo, no sé como salga, si el ángel de Dios no revuelve la piscina: confieso, señores, que de treinta, y mas años á esta parte tengo vistas, y oidas confesiones de muchos pecadores, que caidos en un pecado, reincidiéron muchas veces en él, y todos, por la misericordia de Dios, han salido de él, reformando sus vidas, y conciencias. Al amancebado consumiéron el tiempo, y la mala muger; y al jugador desengañó el tablajero, que como sanguijuela de unos, y otros, poco á poco chupa la sangre: hoy ganas, mañana pierdes, rueda el dinero, vásele quedando, y los que juegan sin él. Al famoso ladron reformáron el miedo, y la vergüenza. Al temerario murmurador la perlesía de que pocos escapan. Al soberbio, su misma miseria le desengaña, conociéndose que es lodo. Al mentiroso puso freno la mala voz, y afrentas que de ordinario recibe en sus mismas barbas. Al desatinado blasfemo corrigiéron continuas reprensiones de sus amigos, y deudos. Todos, tarde ó temprano, sacan fruto y dejan, como la culebra, el hábito viejo, aunque para ello se estreche: á todos he hallado señales de su

salvacion : en solo el escribano pierdo la cuenta, ni le hallo enmienda mas hoy que ayer, este año que los treinta pasados, que siempre es el mismo, ni sé como se confiesa, ni quien le absuelve (digo al que no usa fielmente de su oficio) porque informan y escriben lo que se les antoja; y por dos ducados, ó por complacer al amigo, y aun á la amiga (que negocian mucho los mantos) quitan las vidas, las honras y las haciendas dando puerta á infinito número de pecados. Pecan de codicia insaciable, tienen hambre canina, con un calor de fuego infernal en el alma, que les hace tragar sin mascar, á diestro y á siniestro, la hacienda agena; y como reciben por momentos lo que no se les debe; y aquel dinero, puesto en las palmas de las manos, al punto se convierte en sangre y carne, no lo pueden volver á echar de sí, y al mundo y al diablo sí. Y asi, me parece que cuando alguno se salva (que no todos deben de ser como los que yo he llegado á tratar) al entrar en la gloria dirán los ángeles unos á otros, llenos de alegría : *Lætamini in Domino;* escribano en el Cielo, fruta nueva, fruta nueva. Con esto acabó su sermon. ¡Que hayan vuelto al escribano! pase, tambien sabrá responder por si, dando á su culpa disculpa, que el yerro tambien se puede dorar, y dirán, que son los aranceles del tiempo viejo; que los mantenimientos cada dia

valen mas; que los pechos y derechos crecen; que no les diéron de balde los oficios; que de su dinero han de sacar la renta, y pagarse de la ocupacion de su persona. Y asi debió de ser en todo tiempo, pues Aristóteles dice, que el mayor daño que puede venir á la república es de la venta de los oficios; y Alcameno espartano, siendo preguntado ¿Como será un reino bienaventurado? respondió: Que menospreciando el rey su propia ganancia nombre al Juez en confianza, para hacer oficio de Dios; pues se llaman Dioses de la tierra; decir de este tal, que vende la justicia, dejando de castigar lo malo, y premiar lo bueno, y que si le hallara rastro de pecado, lo salvara, niégolo, y con evidencia lo pruebo. ¿Quien ha de creer haya en el mundo Juez tan malo, descompuesto, ni desvergonzado (que tal seria el que tal hiciese), que rompa la ley, y le doble la vara un monte de oro? Bien que por ahí dicen algunos, que esto de pretender oficios, y judicaturas va por ciertas indirectas, y destiladeras, ó por mejor decir, falsas relaciones con que se alcanzan, y despues de constituidos en ellos, para volver algunos á poner su caudal en pie, se vuelven como pulpos. No hay poro, ni coyuntura en todo su cuerpo que no sean bocas, y garras: por allí les entra, y agarran el trigo, la cebada, el vino, el aceite, el tocino, el pan, el lienzo, sedas, joyas, y dineros: desde

las tapicerias hasta las especerías, desde su cama hasta la de su mula, desde lo mas granado hasta lo mas menudo, de que solo el arpon de la muerte los puede desasir; porque en comenzándose á corromper, quedan para siempre dañados con el mal uso, y asi reciben como si fuesen gages : de manera que no guardan justicia, disimulan con los ladrones, porque les contribuyen con las primicias de lo que roban, tienen ganado el favor, y perdido el temor, tanto el mercader como el regaton, y con aquello cada uno tiene su ángel de guarda comprado por su dinero (ó con lo mas difícil de enagenar) para las impertinentes necesidades del cuerpo, demas del que Dios les dió para las importantes del alma. Bien puede ser que algo de esto suceda, y no por eso se ha de presumir; mas el que diere con la codicia en semejante bajeza, será de mil uno mal nacido, y de viles pensamientos, y no les quieras mayor mal, ni desventura : consigo lleva el castigo, pues anda señalado con el dedo : es murmurado de los hombres, aborrecido de los ángeles; en público y secreto vituperado de todos, y asi, no por este han de perder los demas : y si alguno se queja de agraviado, debes creer que como sean los pleitos contiendas de diversos fines, no es posible que ambas partes queden contentas de un juicio, quejosos ha de haber, con razon, ó sin ella; pero advierte,

que estas cosas quieren solicitud y maña, y si te falta será la culpa tuya y no será mucho que pierdas tu derecho, no sabiendo hacer tu hecho, y que el juez te niegue la justicia, que muchas veces la deja de dar al que le consta tenerla, porque no la prueba, y lo hizo el contrario bien, mal, ó como pudo; y otras por negligencia de la parte, ó porque les falta fuerza y dineros con que seguirla, y tener opositor poderoso; y asi no es bien culpar jueces, y menos en superiores tribunales, donde son muchos, y escogidos entre los mejores; y cuando uno, por alguna pasion, quisiese precipitarse, los otros no la tienen, y le irán á la mano. Acuérdome que un labrador en Granada solicitaba, por su interes, un pleito en voz de consejo, contra el señor de su pueblo, pareciéndole que lo habia con Pedro Crespo el alcalde de él, y que pudiera traer los oidores de la oreja; y estando un dia en la plaza nueva mirando la portada de la Chancillería, que es uno de los mas famosos edificios, en su tanto, de todos los de España, y á quien, de los de su manera, no se le conoce igual en estos tiempos, vió que las Armas Reales tenian en el remate á los dos lados la justicia y fortaleza. Preguntándole otro labrador de su tierra ¿qué hacia? ¿Por qué no entraba á solicitar su negocio? le respondió: Estoy considerando que estas cosas no son para mí, y de buena gana me fuera para mi casa, porque en esta

tienen tan alta la justicia, que no se dejan sobajar, ni la podré alcanzar.

No es maravilla (como dije), y lo seria, aunque uno la tenga, no sabiendo, ni pudiéndola defender, si se la diesen. Á mi padre se la diéron porque la tuvo, la supo, y pudo pleitear; demas, que en el tormento purgó los indicios, y tachó los testigos de pública enemistad, que deponian de vanas presunciones, y de vano fundamento.

Ya oigo al murmurador, diciendo la mala voz que tuvo, rizarse, afeitarse, y otras cosas que callo, dineros que bullian, presentes que cruzaban, mugeres que solicitaban; me dejan la espina en el dedo. Hombre de la maldicion, mucho me aprietas, y cansado me tienes, pienso de esta vez dejarte satisfecho, y no responder mas á tus replicatos, que seria proceder en infinito aguardar á tus sofisterías; y asi no digo que dices disparates, ni cosa de que no puedas obtener la parte que quisieres, en cuanto la verdad se determina; y cuando los pleitos andan de ese modo, escandalizan, mas todo es menester. Líbrete Dios de juez con leyes de encage, y escribano enemigo, y de cualquier de ellos cohechado. Mas cuando te quieras dejar llevar de la opinion, y voz del vulgo (que siempre es la mas flaca, menos verdadera, por serlo el sugeto donde sale), dime como cuerdo, ¿todo cuanto has dicho es parte para que indu-

bitablemente mi padre fuese culpado! Y mas que si es cierta la opinion de algunos médicos, que lo tienen por enfermedad, ¿quíen puede juzgar si mi padre no estaba sano? Y á lo que es tratar de rizados, y mas porquerías, no lo alabo, ni á los que en España lo consienten, cuanto mas á los que lo hacen: lo que le ví, el tiempo que le conocí, te puedo decir, era blanco, rubio, colorado, rizo, y creo de naturaleza tenia los ojos grandes, turquesados; traia copete, y sienes ensortijadas: si esto era propio, no fuera justo, dándoselo Dios, que se tiznara la cara, ni arrojara en la calle semejantes prendas; pero si es verdad, como dices, que se valia de untos, y artificios de sebillos, que los dientes, y manos que tanto le loaban, era á poder de polvillos, hieles, jabonetes, y otras porquerías, confesaréte cuanto de él dijeres, y seré su capital enemigo, y de todos los que de cosa semejante tratan; pues demas que son actos de afeminados maricas, dan ocasion para que de ellos murmuren, y se sospeche toda vileza, viéndolos embarrados, y compuestos con las cosas tan solamente á mugeres permitidas, que por no tener bastante hermosura, se ayudan de pinturas, y barnices á costa de su salud y dinero; y es lástima de ver, que no solo las feas son las que aquesto hacen, sino aun las muy hermosas, que pensando parecerlo mas, comienzan en la cama

por la mañana, y acaban á medio dia, la mesa puesta; de donde, no sin razon, digo que la muger, cuanto mas mirare la cara, tanto mas destruye la casa. Si esto es aun en mugeres vituperio, ¡cuanto lo será mas en los hombres!

¡Ó fealdad sobre toda fealdad! afrenta de todas las afrentas! no me podrás decir que amor paterno me ciega, ni el natural de la patria me cohecha, ni me hallarás fuera de razon, y verdad; pero si en lo malo hay descargo, cuando en alguna parte hubiera sido mi padre culpado, quiero decirte una curiosidad, por ser este su lugar, y todo sucedió casi en un tiempo: á tí te servirá de aviso, y á mí de consuelo, como mal de muchos.

El año de mil quinientos y doce, en Ravena, poco antes que fuese saqueada, hubo en la Italia crueles guerras: y en esta ciudad nació un monstruo muy extraño, que puso grandísima admiracion. Tenia de la cintura para arriba todo su cuerpo, cabeza y rostro de criatura humana; pero un cuerno en la frente. Faltábanle los brazos, y dióle naturaleza por ellos en su lugar dos alas de murciégalo: tenia en el pecho figurada la Y Pitagórica, y en el estómago hácia el vientre una cruz bien formada. Era hermafrodito, y muy bien formados los dos naturales sexos. No tenia mas de un muslo, y en él una pierna, con su pié de milano y las

garras de la misma forma : en el nudo de la rodilla tenia un ojo solo. De aquestas monstruosidades tenian todos muy grande admiracion; y considerando personas muy doctas, que siempre semejantes monstruos suelen ser prodigiosos, pusiéronse á especular su significacion, y entre las mas que sé diéron, fué sola bien recibida la siguiente : Que el cuerno significaba orgullo, y ambicion : las alas inconstancia y ligereza : falta de brazos, falta de buenas obras; el pie de ave de rapiña, robos, usuras y avaricias : el ojo en la rodilla, aficion á vanidades, y cosas mundanas : los dos sexos, sodomía, y bestial bruteza. En todos los cuales vicios abundaba por entonces toda Italia, por lo cual Dios la castigaba con aquel azote de guerras, y disensiones; pero la cruz y la Y eran señales buenas, y dichosas, porque la Y en el pecho significaba virtud. La cruz en el vientre, que si reprimiendo las torpes carnalidades, abrazasen en su pecho la virtud, les daria Dios paz, y ablandaria su ira. Ves aquí, en caso necesario, que cuando todo corra turbió, iba mi padre con el hilo de la gente, y no fué solo el que pecó, harto mas digno de culpa serias tú si pecases, por la mejor escuela que has tenido : ténganos Dios de su mano, para no caer en otras, ó semejantes miserias, que todos somos hombres.

CAPÍTULO II.

En que Guzman de Alfarache prosigue contando quienes fuéron sus padres, y principio de conocimiento, y amores de su madre.

VOLVIENDO á mi cuento, ya dije, si mal no me acuerdo, que cumplida la penitencia, vino á Sevilla mi padre por cobrar la deuda, sobre que hubo muchos dares y tomares, demandas, y respuestas, y si no se hubiera purgado en salud, bien creo que le faltara en Arestin; mas como se labró sobre sano, ni se pudiéron coger por seca, ni descubriéron blanco donde hacerle tiro. Hubiéron de tomarse medios, el uno por no pagarlo todo, y el otro por no perderlo todo; del agua vertida cogióse lo que se pudo; con lo que le diéron volvió el naipe en rueda. Tuvo tales, y tan buenas entradas, y suertes, que ganó en breve tiempo de comer, y aun de cenar. Puso una honrada casa: procuró arraigarse; compró una heredad jardin en san Juan de Alfarache de mucha recreacion, distante de Sevilla poco mas de media legua, donde muchos dias, en especial por el verano, iba por su pasatiempo, y se hacian banquetes.

Aconteció, que como los mercaderes hacian lonja para sus contrataciones en las gradas de la Iglesia mayor, que era un anden, ó paseo hecho á la redonda de ella, por la parte de afuera tan alto como á los pechos; considerado desde lo llano de la calle, á poco mas ó menos, todo cercado de gruesos mármoles, y fuertes cadenas, estando allí mi padre paseándose con otros tratantes, acertó á pasar un cristianismo, á lo que se supo, era hijo secreto de cierto personage. Entróse tras la gente hasta la pila del Bautismo, por ver á mi madre, que con cierto caballero viejo de hábito militar, que por serlo, comia mucha renta de la iglesia, eran padrinos: ella era gallarda, grave, graciosa, moza, y de mucha compostura. Estúvola mirando todo el tiempo que dió lugar el ejercicio de aquel sacramento, como abobado de ver tan peregrina hermosura, porque con la natural suya, sin traer aderezo en el rostro, era tan curiosa, y bien puesto el de su cuerpo que ayudándose unas prendas á otras, toda en todo, ni el pincel pudo llegar, ni la imaginacion aventajarse. Las partes y facciones de mi padre ya las dije.

Las mugeres que les parece á los tales hombres pertenecer á la divinidad, y que como los otros no tienen pasiones naturales, echó de ver con el cuidado que la miraba, y no menos entre sí se holgaba de ello, aunque lo disimu-

laba, que no hay muger tan alta, que no huelgue ser mirada, aunque el hombre sea muy bajo: los ojos parleros, las bocas callando, se habláron, manifestando por ellos los corazones, que no consienten las almas verlos en estas ocasiones. Por entonces no hubo mas de que se supo ser prenda de aquel caballero, dama suya, que con gran recato la tenia consigo. Fuése á su casa la señora, y mi padre quedó rematado, sin poderla un punto apartar de sí. Hizo para volver á verla muy extraordinarias diligencias; pero si no fué en algunas fiestas en misa, jamas pudo de otra manera en muchos dias. La gotera caba la piedra, y la porfía siempre vence, porque la continuacion en las cosas las dispone. Tanto cabó con la imaginacion, que halló traza por los medios de una buena dueña de togas largas reverendas, que suelen ser las tales ministros de Satanas, con que mina y postra las fuertes torres de las mas castas mugeres, que por mejorarse de mongiles, y mantos, y tener en sus cajas otras de mermelada, no habrá traicion que no intenten, fealdad que no soliciten, sangre que no saquen, castidad que no manchen, limpieza que no ensucien, ni maldad con que no salgan. Á esta, pues, acariciándola con palabras, y regalándola con obras, iba y venia con papeles; y porque la dificultad está toda en los principios, y al enhornar suelen hacerse los panes

tuertos, él se daba buena maña; y por haber oido decir que el dinero allana las mayorés dificultades, siempre manifestó su fe con obras, porque no se la condenasen por muerta. Nunca fué perezoso, ni escaso: comenzó, como dije; con la dueña á sembrar, con mi madre pródigamente á gastar, y ellas alegremente á recibir; y como al bien la gratitud es tan debida, y el que recibe queda obligado al reconocimiento; la dueña la solicitó de modo que á las buenas ganas que mi madre tuvo, fué llegando leño á leño, y de flacas estopas levantó brevemente un terrible fuego, que muchas livianas burlas acontecen hacer pesadas veras. Era, como lo has oido, muger discreta, queria, y rezelaba, iba, y venia á su corazon, como al oráculo de sus deseos, poniendo el pro, y el contra, ya lo tenia de la haz, ya del enves, ya tomaba resolucion, ó ya volvia á conjugar de nuevo. Ultimamente, ¡qué no corrompe la plata, y qué no el oro? Este caballero era hombre mayor, escupia, tosia, quejábase de piedra, riñon y orina: muy de ordinario le habia visto en la cama desnudo á su lado; no le parecia como mi padre, de aquel talle, ni brio; y siempre el mucho trato, donde no hay Dios, pone enfado: las novedades aplacen, especialmente á mugeres, que son de suyo noveleras, como la primera materia, que nunca cesa de apetecer nuevas formas. Determinábase á de-

jarlo, y mudar de ropa, dispuesta á saltar por cualquier inconveniente, mas la mucha sagacidad suya, y largas experiencias heredadas y mamadas al pecho de su madre, la hiciéron camino, y ofreciéron ingeniosa resolucion, y sin duda el miedo de perder lo servido la tuvo perpleja en aquel breve tiempo, que de otro modo ya estaba bien picada; que lo que mi padre le significó una vez, el diablo se lo repitió diez, y asi no estaba tan dificultosa de ganarse Troya. La señora mi madre hizo su cuenta: en esto no pierde mi persona, ni vendo alhaja de mi casa: por mucho que á otros dé, soy como la luz, entera me quedo, y nada se me gasta. De quien tanto he recibido, es bien mostrarme agradecida; no le he de ser avarienta; con esto coseré á dos cabos, comeré con dos carrillos; mejor se asegura la nave sobre dos ferros, que con uno; cuando el uno suelte, queda el otro asido. Y si la casa se cayere, quedando el palomar en pie, no le han de faltar palomas. En esta consideracion, trató con su dueña el como, y cuando seria. Viendo, pues, que en su casa era imposible tener sus gustos efecto, entre otras muchas y buenas trazas que se diéron, se hizo por mejor eleccion la siguiente.

Era entrado el verano, fin de mayo, y el pago de Gelves, y San Juan de Alfarache el mas deleitoso de aquella comarca, por la fer-

tilidad, y disposicion de la tierra, que es toda una, y vecindad cercana, que le hace el rio Guadalquivir famoso, regando y clarificando con sus aguas todas aquellas huertas, y florestas, que con razon, si en la tierra se puede dar conocido paraiso, se debe á este sitio el nombre de él; tan adornado está de frondosas arboledas, lleno, y esmaltado de varias flores, abundante de sabrosos frutos, acompañado de plateadas corrientes, fuentes despejadas, frescos aires y sombras deleitosas, donde los rayos del sol no tienen en tal tiempo licencia, ni permision de entrada. Á una de estas estancias de recreacion concertó mi madre, con su medio matrimonio y alguna de la gente de su casa, venirse á holgar un dia; y aunque no era á la de mi padre la heredad á donde iban estaba un poco mas adelante, en término de Gelves, que de necesidad se habia de pasar por nuestra puerta. Con este cuidado, y sobre concierto, cerca de llegar á ella mi madre se comenzó á quejar de un repentino dolor de estómago; ponia el achaque al fresco de la mañana, de do se habia causado; fatigóla de manera, que le fué forzoso dejarse caer de la jamuga, en que en un pequeño sardesco iba sentada, haciendo tales extremos, gestos, y ademanes apretándose el vientre, torciendo las manos, desmayando la cabeza, desabrochándose los pechos, que todos la creyeron, y á todos aman-

THE NEWBERRY LIBRARY

cillaba, teniéndole compasiva lástima. Comenzábanse á llegar pasageros, cada uno daba su remedio; mas como no habia de donde traerle, ni lugar para hacerle, eran impertinentes; volver á la ciudad imposible; pasar de allí dificultoso; estarse quedos en medio del camino; ya puedes ver el mal cómodo, los accidentes crecian; todos estaban confusos, no sabiendo que hacerse. Uno de los que se llegáron (que fué de propósito echado para ello) dijo: Quítenla del pasage, que es crueldad no remediarla, y métanla en la casa de esta heredad primera: todos lo tuviéron por bueno, y determináron, en tanto que pasase aquel accidente, pedir á los caseros la dejasen entrar; diéron algunos golpes aprisa y recios: la casera fingió haber entendido que era su señor, y salió diciendo: Jesus! Jesus! ay Dios, perdone Vm. que estaba ocupada, y no pude mas. Bien sabia la vejezuela todo el cuento, y era de las que dicen: no chero, no sabo: doctrinada estaba en lo que habia de hacer, y de mi padre prevenida, demas que no era lerda, y para semejantes achaques tenia en su servicio lo que habia menester; y en esto, entre las mas ventajas la hacen los ricos á los pobres; que los pobres aunque buenos, siempre son ellos los que sirven á sus malos amos, y los ricos, aunque malos, sirviéndose de buenos, son solos los bien servidos. Mi buena muger abrió su

puerta, y reconocida la gente, dijo con disimulo: Mal hora, que imaginé que era nuestro amo, y no me ha dejado gota de sangre en el cuerpo, de como me tardaba. Y bien, ¿qué es lo que mandan los señores? Quieren algo sus mercedes? El caballero respondió: Muger honrada, que nos deis lugar donde esta señora descanse un poco, que le ha dado en el camino un grave dolor de estómago. La casera, mostrándose con sentimiento, pesarosa, dijo: Noramala sea, que dolor mal empleado en su cara de rosa; entren en buen hora, que todo está á su servicio. Mi madre á todas estas cosas no hablaba, y de solo su dolor se quejaba. La casera haciéndole las mayores caricias que pudo, les dió la casa franca, metiéndolos en una sala baja, donde en una cama que estaba armada, tenia puestos en rima unos colchones: presto los desdobló, y tendidos, luego sacó de un cofre sábanas limpias, y delgadas, colcha, y almohados, con que le aderezó en que reposase. Bien pudiera estar la cama hecha, el aposento lavado, todo perfumado, ardiendo los pevetes, y los pomos vaheando, el almuerzo aderezado, y puestas á punto muchas otras cosas de regalo: mas ninguna de ellas, ni la casera llegar á la puerta, ni tenerla menos que cerrada convino; antes aguardó á que llamasen, para que no pareciera cautela, que pudiera

engendrar sospecha, de donde viniera fácilmente á descubrirse la encamisada, que tal fué la de este dia. Mi madre con sus dolores desnudóse, metióse en la cama, pidiendo á menudo paños calientes, que siéndole traidos, haciendo cómo que los ponia en el vientre, los bajaba mas abajo de las rodillas, y aun algo apartados de sí, porque con el calor le daban pesadumbre, y temia no le causasen alguna remocion de donde resultara aflojarse el estómago. Con este beneficio se fué aliviando mucho; y fingió querer dormir, por descansar un poco. El pobre caballero, que solo su regalo deseaba, se holgó de ello, y la dejó en la cama sola: luego cerrando con un cerrojo la sala por defuera, se fué á desenfadar por los jardines, encargando el silencio, que nadie abriese, ni hiciese ruido, y á la buena de nuestra dueña dejó en guarda, en tanto que ella recordara, y llamase. Mi padre no dormia, que con atencion lo estaba oyendo todo, y acechando lo que podia por la entrada de la llave de la cerradura del postigo de un retrete, donde estaba metido; y estando todo muy quieto, y avisadas la dueña, y casera, que con cuidado estuviesen alerta para darles aviso con cierta seña secreta, cuando el patron volviese, abrió su puerta para ver, y hablar á la señora: en aquel punto cesáron los dolores fingidos, y se mani-

festáron los verdaderos. En esto se entretuviéron dos horas largas, que en dos años no se podria contar lo que en ellas pasáron.

Ya iba entrando el dia con el calor, obligando al caballero á recogerse: con esto, y deseoso de saber la mejoría de su enferma, y si allí habian de quedar, ó pasar adelante, le hizo volver á visitarla. En el punto fuéron avisados, y mi padre con gran dolor de su corazon se volvió á encerrar donde primero estaba.

Entrando su viejo galan, se mostró adormecida, y que al ruido recordaba. Hizo luego un melindre de enojada, diciendo: ¡Ay! válgame Dios! ¡por qué abriéron tan presto, sin quererme dejar que reposase un poco! El bueno de nuestro paciente le respondió: Por tus ojos, niña, que me pesa de haberlo hecho, pero mas de dos horas has dormido. No, ni media, replicó mi madre, que ahora me pareció cerraba el ojo, y en mi vida no he tenido tan descansado rato (no mentia la señora que con la verdad engañaba), y mostrando el rostro un poco alegre, alabó mucho el remedio que le habian hecho, diciendo, que le habia dado la vida. El señor se alegró de ello, y de acuerdo de ambos concertáron celebrar allí su fiesta, y acabar de pasar el dia, porque no menos era el jardin ameno, que el donde iban, y por estar no lejos, mandáron volver la comida, y las mas cosas que allá estaban; en tanto que

de esto se trataba, tuvo mi padre lugar como salir secretamente por otra puerta, y volverse á Sevilla, donde las horas eran de á mil años, los momentos largo siglo, y el tiempo que de sus nuevos amores careció, penoso infierno. Ya cuando el sol declinaba, serian como las cinco de la tarde, subiendo en su caballo, como cosa ordinaria suya, se vino á la heredad. En ella halló aquellos señores; mostró alegrarse de verlos; pesóle de la desgracia sucedida; de donde resultó el quedarse, porque luego le refiriéron lo pasado. Era muy cortés, la habla sonora, y no muy clara, hizo muy discretos ofrecimientos, de la otra parte no le quedáron deudores; trabóse la amistad con muchas veras en lo público, y con mayores los dos en lo secreto, por las buenas prendas que estaban de por medio.

Hay diferencia entre buena voluntad, amistad, y amor. Buena voluntad es la que puedo tener al que nunca ví, ni tuve de él otro conocimiento que oir sus virtudes, ó nobleza, ó lo que pudo y bastó moverme á ello. Amistad llamamos á lo que comunmente nos hacemos, tratando, y comunicando, ó por prendas que corren de por medio; de manera, que la buena voluntad se dice entre ausentes; pero amor corre por otro camino, ha de ser forzosamente recíproco: traslacion de dos almas, que cada una de ellas asista mas donde ama, que á don-

de anima. Este es mas perfecto, cuanto lo es el objeto, y el verdadero el divino: asi debemos amar á Dios sobre todas las cosas, con todo nuestro corazon, y con todas nuestras fuerzas, pues él nos ama tanto; despues de este el conyugal, y del próximo; porque el torpe, y deshonesto no merece, ni es digno de este nombre, como bastardo; y de cualquier manera, donde hubiere amor, ahí estarán los hechizos; no hay otros en el mundo: por él se truecan condiciones, allanan dificultades, y doman fuertes Leones; porque decir hay bebedizos, ó bocados para amar, el falso, y lo tal solo sirve de trocar el juicio, quitar la vida, solicitar la memoria, causar enfermedades, y graves accidentes. El amor ha de ser libre, con libertad ha de entregar las potencias á lo amado, que el alcaide no da el castillo cuando por fuerza se lo quitan, y el que amase por malos medios, no se le puede decir que ama, pues va forzado á donde no le lleva su libre voluntad.

La conversacion andaba, y de ella se pidió juego; comenzáron una primera en tercio, ganó mi madre, porque mi padre se hizo perdidizo, y queriendo anochecer, dejando de jugar, saliéron por el jardin á gozar del fresco. En tanto pusiéron las mesas: traida la cena, cenáron, y haciendo para despues aderezar, de ramos y remos, un ligero barco, llegados á

la lengua del agua, se entráron en él, oyendo de otros que andaban por el rio grande armonía de concertadas músicas, cosa muy ordinaria en semejante lugar, y tiempo. Asi llegáron á la ciudad, yéndose cada uno á su casa y cama, salvo el juicio del buen contemplativo, si mi madre, que cual otra melindrosa, durmió con su consorte, el cuerpo preso en Sansueña, y en Paris cautiva el alma.

Fué tan estrecha la amistad, que se hacian de aquel dia en adelante los unos á los otros, continuada con tanta discrecion y buena maña, por lo mucho que se aventuraba en perderla, cuanto se puede presumir de la sutileza de un Levantisco tinto en Genoves, que liquida y apura, cuanto mas merma por ciento, el pan partido á manos, ó el cortado á cuchillo. Y de una muger de las prendas que he significado, siendo de nacion Andaluza, criada en buena escuela, y cursada entre los dos cotos, y naves de la antigua, que antes habia tenido achaques, de donde sin conservar cosa propia, ni de respeto, el dia que asentó la compañía con el caballero me juró que metió de puesto mas de tres mil ducados de solas joyas de oro y plata, sin el mueble de casa y ropas de vestir. El tiempo corre, y todo tras él : cada dia que amanece, amanecen cosas nuevas, y por mas que hagamos, no podemos excusar que cada momento que pasa, no le tengamos menos de

la vida, amaneciendo siempre mas viejos y cercanos á la muerte. Era el buen caballero, como tengo significado, hombre anciano, y cansado, mi madre moza, hermosa y con salsas: la ocasion irritaba el apetito de manera, que su desórden le abrió la sepultura. Comenzó con flaquezas de estómago, demedió en dolores de cabeza con una calenturilla: despues, á pocos lances, acabó relajadas las ganas del comer: de treta en treta le consumió el mal vivir, y al fin murióse sin poderle dar vida la que él juraba siempre que lo era suya, y todo mentira, pues le enterráron, quedando ella viva.

Estábamos en casa cantidad de sobrinos, pero ninguno para con ellos, mas de á mí, de mi madre: los mas eran como pan de diezmo, cada uno de la suya; que el buen señor, á quien Dios perdone, habia holgado un poco en esta vida, y al tiempo de su fallecimiento, ellos por una parte, mi madre por otra, aun el alma tenia en el cuerpo, y no sábanas en la cama, que el saco de Amberes no fué tan rigoroso, con el temor del secreto. Como mi madre cuajaba la nata, erà la ropera, tenia las llaves, y privanza: metió con tiempo las manos donde estaba su corazon, aunque lo mas importante todo lo tenia ella, y de ello era señora; mas viéndose á peligro, pareciéndole mejor dar con ello salto de mata, que despues

rogar á buenos, diéronse todos tal maña, qu apenas hubo con que enterrarlo. Pasados al gunos dias, aunque pocos, hiciéron muchas diligencias para que la hacienda pareciese: claváron censuras por las iglesias y puertas de casas; mas allí se quedáron, que pocas veces quien hurta lo vuelve; pero mi madre tuvo excusa, que él, que buen siglo haya; lo decia cuando visitaba las monedas, y recorria los cofres y escritorios, ó trayendo algo á su casa. Esto es tuyo, y para tí, señora mia. Asi le dijéron letrados que con esto tenia satisfecha la conciencia; demas que le era deuda debida, porque aunque lo ganaba torpemente, no torpemente lo recibia. En esta muerte vine á verificar lo que antes habia oido decir, que los ricos mueren de hambre, los pobres de ahitos, y los que no tienen herederos y gozan bienes eclesiásticos, de frio: y este podrá servir de ejemplo, pues viviendo no le dejáron camisa, y la del cuerpo le hiciéron de cortesía: los ricos, por temor no les haga mal, vienen á hacerles mal, pues comiendo por onzas, y debiendo con dedales, viven por adarmes, muriendo de hambre, antes que de rigor de enfermedad: los pobres, como pobres, todos tienen misericordia de ellos, unos les envian, otros les traen, todos de todas partes les acuden, especialmente cuando estan en aquel extremo; y como los hallan desflaquecidos, y

hambrientos, no hacen eleccion; faltando quien se lo administre, comen tanto, que no pudiéndolo digerir, por falta de calor natural, ahogándolos con viandas, mueren ahitos. Tambien acontece lo mismo aun en los hospitales, donde algunos piadosamente captos, que por devocion los visitan, les llevan las faltriqueras y mangas llenas de colacion y criadas cargadas con espuertas de regalos, y creyendo hacerles con ello limosna, los entierran por amor de Dios. Mi parecer seria que no se consintiese, y lo tal antes lo den al enfermero que al enfermo, porque de allí saldrá con parecer del médico cada cosa para su lugar mejor distribuido, pues lo que asi no se hace es dañoso y peligroso, y en cuanto á caridad mal dispensado, no considerando et útil, ni el daño; el tiempo, ni enfermedad; si conviene, ó no conviene, los engargantan como á capones en cebadero, con que los matan. De aquí quede asentado que lo tal se dé á los que administran, que lo sabrán repartir, ó en dineros, para socorrer otras mayores necesidades.

¡Ó que gentil disparate! ¡que fundado en teología! ¿No veis el salto que he dado del banco á la popa! ¡que vida de Juan de Dios la mia, para dar esta doctrina! Calentóse el horno, y saliéron estas llamaradas: podráseme perdonar por haber sido corto: como encontré con el cinco, llevémelo de camino, asi lo habré de

hacer en adelante las veces que se ofrezca; no mires á quien lo dice, sino á lo que se te dice, que el bizarro vestido que te pones, no se considera si lo hizo un corcobado: ya te prevengo para que me dejes, ó te armes de paciencia. Bien sé que es imposible ser de todos bien recibido, pues no hay vasija que mida los gustos, ni balanza que los iguale, cada uno tiene el suyo, y pensando que es lo mejor, es el mas engañado, porque los mas los tienen muy estragados.

Vuelvo á mi puesto, que me espera mi madre, ya viuda del primer poseedor; querida, y tiernamente regalada del segundo. Entre esas, y esotras ya yo tenia cumplidos tres años, cerca de cuatro; y por la cuenta, y reglas de la licencia femenina tuve dos padres, que supo mi madre ahijarme á ellos, y alcanzó á entender y obrar lo imposible de las cosas: vedlo á los ojos, pues agradó igualmente á dos señores, trayéndolos contentos, y bien servidos. Ambos me conociéron por hijo, el uno me lo llamaba, y el otro tambien; cuando el caballero estaba solo, le decia que era un estornudo suyo, y que tanta similitud no se hallaba en dos huevos: cuando hablaba con mi padre, afirmaba que él era yo, cortado la cabeza, que se maravillaba, pareciéndole tanto (que cualquier ciego lo conociera solo con pasar las manos por el rostro) no haberse descubierto: echán-

dose de ver el engaño; mas que con la ceguedad que la amaban, y confianza que hacian de los dos, no se habia echado de ver, ni puesto sospecha en ello; y asi cada uno lo creyó, y ambos me regalaban : la diferencia sola fué ser, en el tiempo que vivió el buen viejo, en lo público, y el extrangero en lo secreto el verdadero; porque mi madre lo certificaba despues, haciéndome largas relaciones de estas cosas; y asi protesto no me pare perjuicio lo que quisieren calumniarme; de su boca lo oí, su verdad refiero, que seria gran temeridad afirmar cual de los dos me engendrase, ó si soy de otro tercero; en esto perdone la que me parió, que á ninguno está bien decir mentira, y menos al que escribe : ni quiero que digan que sustento disparates, mas la muger que á dos dice que quiere, á entrambos engaña, y de ella no se puede hacer confianza. Esto se entiende por la soltera, que la regla de las casadas es otra : quieren decir que dos es uno, y uno ninguno, y tres bellaquería; porque no haciendo cuenta del marido (como es asi la verdad) él solo es ninguno, y él con otro hacen uno, y con él, otros dos, que son por todos tres, equivalen á los dos de la soltera; asi que conforme á su razon, cabal está la cuenta sea como fuere. El Levantisco fué mi padre, que pues ellos lo dijéron, y cada uno por sí lo afirmaba, no es bien que yo apele las partes

conformes, por suyo me llamo, por tal me tengo, pues de aquella melonada quedé legitimado con el santo matrimonio; y estáme muy mejor, antes que diga un cualquiera que soy mal nacido, y hijo de ninguno. Mi padre nos amó con tantas veras como lo dirán sus obras, pues atropelló con este amor la idolatría del que dirán, la comun opinion, la voz popular, que no le sabian otro nombre sino la comendadora, y asi respondia por él, como si tuviera colada la encomienda: sin reparar en esto, ni dársele un cabello por esotro, se desposó y casó con ella. Tambien quiero que entiendas que no lo hizo á humo de pajas, cada uno sabe su cuento, y mas el cuerdo en su casa que el necio en la agena. En este tiempo intermedió, aunque la heredad era de recreacion, esa era su perdicion; el provecho poco, el daño mucho, la costa mayor, asi de labores como de banquetes: las tales haciendas pertenecen solamente á los que tienen otras muy asentadas y acreditadas sobre quien cargue todo el peso, que á la mas gente no muy descansada son polilla, que les come hasta el corazon, carcoma que se le hace ceniza, y cicuta en vaso de ámbar. Esto por una parte, los pleitos, los amores de mi madre, y otros gastos, que ayudáron por otras, le tenian harto delgado, á pique de dar estallido, como lo habia de costumbre. Mi madre era guardosa, nada desper-

diciada, con lo que en sus mocedades ganó, y en vida del caballero, y con su muerte recogió, vino á llegar á casi diez mil ducados, con que se dotó. Con este dinero hallado de refresco, volvió un poco mi padre sobre sí, como torcida que atizan en candil con poco aceite: comenzó á dar luz, gastó, hizo carroza, y silla de manos, no tanto por la gana que de ello tenia mi madre, como por la ostentacion, que no le reconocieran su flaqueza. Conservóse lo menos mal que pudo: las ganancias no igualaban á las expensas, uno á ganar, y muchos á gastar: el tiempo por su parte apretar, los años caros, las correspondencias pocas, y malas, lo bien ganado se pierde, y lo malo ello, y su dueño, el pecado lo dió, y él creo lo consumió, pues nada lució, y mi padre de una enfermedad aguda en cinco dias falleció.

Como quedé niño de poco entendimiento no senti su falta, aunque ya tenia de doce años adelante, y no embargante que venímos en pobreza, la casa estaba con alhajas, de que tuvímos que vender para comer algunos dias. Esto tienen las de los que han sido ricos, que siempre vale mas el remanente que el puesto principal de las de los pobres, y en todo tiempo dejan rastros, que descubren lo que fué, como las ruinas de Roma.

Mi madre lo sintió mucho, porque perdió bueno y honrado marido; hallóse sin él, sin

hacienda, y con edad, en que no le era lícito andar á rogar para valerse de sus prendas, ni volver á su crédito; y aunque su hermosura no estaba destruida, teníanla los años algo desgastada: hacíasele de mal, habiendo sido rogada de tantos tantas veces, no serlo tambien entonces, y de persona tal, que nos pelechara, que no lo siendo, ni ella lo hiciera, ni yo lo permitiera. Aun hasta en esto fuí desgraciado, pues aquel juro que tenia se acabó, cuando tuve de él mayor necesidad; mal dije se me acabó, que aun estaba de provecho, y podia tener el dia que se puso tocas poco mas de cuarenta años. Yo he conocido despues acá doncellas de mas edad, y no de tan buena gracia, llamarse niñas, y afirmar que ayer saliéron de mantillas; mas aunque á mi madre no se le conocia tanto, ella, como dije, no diera su brazo á torcer, y antes muriera de hambre, que bajar escalones, ni faltar un quilate de su punto.

Veisme aquí sin uno, y otro padre, la hacienda gastada, y lo peor de todo cargado de honra, y la casa sin persona de provecho para poderla sustentar. Por la parte de mi padre no me hizo el Cid ventaja, porque atravesé la mejor partida de la Señoría; por la de mi madre no me faltaban otros tantos, y mas cachivaches de los abuelos. Tenia mas engertos, que los cigarrales de Toledo, segun despues en-

tendí: como cosa pública lo digo, que tuvo mi madre dechado en la suya, y labor de que sacar cualquier obra virtuosa; y asi, por los proprios pasos parece la iba siguiendo, salvo en los partos, que á mi abuela le quedó hija para su regalo, y á mi madre hijo para su perdicion. Si mi madre enredó dos, mi abuela dos docenas, y como pollos (como dicen) los hacia comer juntos en un tiesto, y dormir en un nidal, sin picarse los unos á los otros, ni ser necesario echarles capirotes. Con esta hija enredó cien linages, diciendo, y jurando á cada padre que era suya, y á todos les parecia, á cual en los ojos, á cual en la boca, y en mas partes, y composturas del cuerpo, hasta fingir lunares para ello, sin faltar á quien pareciera en el escupir. Esto tenia por excelencia bueno, que la parte presente, siempre la llamaba de aquel apellido, y si dos, ó mas, habia el nombre á secas: el propio era Marcela, su don por encima despolvoreado, porque se compadecia menos dama sin don, que casa sin aposento, molino sin rueda, ni cuerpo sin sombra. Los cognombres, pues, eran como queria; yo certifico que procuró apoyarla con lo mejor que pudo, dándole mas casas nobles, que pudiera un rey de armas, y fuera repetirlas una letanía. Á los Guzmanes era donde se inclinaba mas, y certificó en secreto á mi madre, que á su parecer, segun le dictaba su conciencia, y

para descargo de ella, creia, por algunas indirectas, haber sido hija de un Caballero deudo cercano á los Duques de Medina-sidonia.

Mi abuela supo mucho, y hasta que murió tuvo que gastar, y no fué maravilla; pues le tomó la noche, cuando á mi madre le amanecia, y la halló consigo á su lado, que el primer tropezon le valió mas de cuatro mil ducados, con un rico perulero, que contaba el dinero por espuertas. Nunca falleció de su punto, ni lo perdió de su deber, ni se le fué cristiano con sus derechos, ni dió al diablo primicia. Aun si otro tanto nos aconteciera, el mal fuera menos, ó si como nací solo, naciera una hermana, arrimo de mi madre, báculo de su vejez, columna de nuestras miserias, puerto de nuestros naufragios, diéramos dos higas á la fortuna. Sevilla era bien acomodada para cualquier grangería, y tanto se lleva á vender como se compra; porque hay marchantes para todo; es patria comun, dehesa franca, nudo ciego, campo abierto, globo sin fin, madre de huérfanos, y capa de pecadores, donde todo es necesidad, y ninguno la tiene, ó sino la Corte, que es la mar, que todo lo sorbe, y adonde todo va á parar, qué no fuera yo menos hábil, que los otros, ni me faltaran entretenimientos, oficios, comisiones, y otras cosas honrosas con tal favor á mi lado, que era tenerlo en la bolsa; y á mal suceder, no nos pudiera faltar

que comer y beber como reyes, que el hombre, que lleva semejante prenda que empeñar, ó vender, siempre tendrá quien le compre, ó le dé sobre ella lo necesario. Yo fuí desgraciado, como habeis oido, quedé solo, sin árbol que me hiciese sombra, los trabajos á cuestas, la carga pesada, las fuerzas flacas, la obligacion mucha, la facultad poca: ved si un mozo como yo, que ya galleaba, fuera justo, con tan honradas partes, estimarse en algo.

El mejor medio que hallé fué probar la mano, para salir de miseria, dejando á mi madre, y tierra. Hícelo asi, y para no ser conocido, no me quise valer del apellido de mi padre; púseme el Guzman de mi madre, y Alfarache de la heredad adonde tuve mi principio: con esto salí á ver mundo, peregrinando por él, encomendándome á Dios, y buenas gentes, en quien hice confianza.

THE ASTOR LIBRARY NY

CAPÍTULO III.

Como Guzman salió de su casa un viernes por la tarde, y lo que le sucedió en una venta.

ERA yo muchacho vicioso, y regalado, criado en Sevilla, sin castigo de padre, la madre viuda, como lo has oido, cebado á torreznos, molletes y mantequillas, y sopas de miel rosada, mirado y adorado mas que hijo de mercader de Toledo, ó tanto: hacíaseme de mal dejar mi casa, deudos y amigos; demas que es dulce amor el de la patria. Siéndome forzoso, no pude excusarlo: alentábame mucho el deseo de ver mundo, ir á reconocer en Italia mi noble parentela: salí, que no debiera, bien pude decir, tarde, y con mal, creyendo hallar copioso remedio; perdí el poco que tenia: sucedióme lo que al perro con la sombra de la carne: apenas habia salido de la puerta, cuando sin poderlo resistir, dos Nilos reventáron de mis ojos, que regándome el rostro en abundancia, quedó todo de lágrimas bañado: esto, y querer anochecer, no me dejaba ver cielo, ni palmo de tierra por donde iba. Cuando llegué á san Lazaro, que está de la ciudad poca

distancia; sentéme en la escalera, ó gradas por donde suben á aquella devota ermita. Allí hice de nuevo alarde de mi vida, y discursos de ella: quisiera volverme, por haber salido mal apercebido, con poco acuerdo, y poco dinero para viage tan largo, que aun para corto no llevaba, y sobre tantas desdichas (que cuando comienzan vienen siempre muchas enzarzadas unas de otras como cerezas) era viernes en la noche, y algo oscura, no habia cenado, ni merendado: si fuera dia de carne, que á la salida de la ciudad, aunque fuera naturalmente ciego, el olor me llevara á alguna pastelería á comprar un pastel con que me entretuviera, y enjugara el llanto, el mal fuera menos. Entonces eché de ver cuanto se siente mas el bien perdido, y la diferencia, que se hace del hambriento al harto: todos los trabajos comiendo se pasan; donde la comida falta, no hay bien que llegue ni mal que no sobre, gusto que dure, ni contento que asista: todos riñen, sin saber por que, ninguno tiene culpa; unos á otros se la ponen, todos trazan, y son quimeristas, todo es entonces gobierno, y filosofía. Víme con ganas de cenar, y sin que poder llegar á la boca, salvo agua fresca de una fuente que allí estaba: no supe que hacer, ni á que puerto echar: lo que por una parte me daba osadía, por otra me acobardaba: hallábame entre miedos y esperanzas, el despe-

ñadero á los ojos, y lobos á las espaldas: anduve vacilando, quise ponerlo en las manos de Dios, entré en la iglesia, hice mi oracion breve, pero no sé si devota: no me diéron lugar para mas, por ser hora de cerrarla y recogerse. Cerróse la noche, y con ella mis imaginaciones, mas no los manantiales y llanto: quédéme con él dormido sobre un poyo del portal, acá fuera: no sé que lo hizo, si es que por ventura las melancolías quiebran el sueño, como lo dió á entender el Montañes, que llevando á enterrar á su muger, iba en piernas; descalzo, y el sayo al reves, lo de dentro á fuera. En aquella tierra estan las casas apartadas, y algunas muy lejos de la iglesia; y pasando por la taberna, vió que vendian vino blanco, fingió quererse quedar á otra cosa, y dijo: anden, señores, con la malograda, que en un trote los alcanzo. Asi se entró en la taberna, y de un sorbido en otro, emborrachóse, y quedóse dormido: cuando los del acompañamiento volviéron del entierro, le halláron tendido en el suelo le llamáron; él recordando les dijo: mal hora, señores, perdonen sus mercedes, que ma Dios non hay asi cosa, que tanta sed, y sueño poña como sinsaborios. Asi yo, que ya era del sábado el sol falido casi con dos horas, cuando vine á saber de mí: no sé si despertara tan presto, si los panderos, y bailes de unas mugeres, que venian á velar

aquel dia, con el tañer, y cantar, no me recordaran. Levantéme, aunque tarde, hambriento, y soñoliento, sin saber donde estaba, que aun me parecia cosa de sueño: cuando ví que eran veras, dije entre mí: Echada está la suerte, vaya Dios conmigo, y con resolucion comencé mi camino; pero no sabia por donde iba, ni en ello habia reparado. Tomé por el uno, que me pareció mas hermoso, fuera donde fuera: por lo de entonces me acuerdo de las casas, y Repúblicas mal gobernadas, que hacen los pies el oficio de la cabeza: donde la razon y entendimiento no despachan, es fundir el oro, salga lo que saliere, y adorar despues un becerro. Los pies me llevaban, yo los iba siguiendo, saliera bien ó mal, á monte ó á poblado. Quisome parecer lo que aconteció en la Mancha con un médico falso: No sabia letra, ni habia nunca estudiado: traia consigo gran cantidad de recetas, á una parte jarabes, y á otra de purgas; y cuando visitaba á algun enfermo, conforme al beneficio, que le habia de hacer, metia la mano, y sacaba una, diciendo primero entre sí: Dios te la depare buena; y asi le daba la con que primero encontraba. En sangrías no habia cuenta con vena, ni cantidad, mas de á poco mas ó menos, como le salia de la boca: asi se arrojaba por medio de los trigos. Pudiera entonces decir á mí mismo: Dios te la depare buena, pues no

sabia la derrota que llevaba, ni á la parte que caminaba: mas como su Divina Magestad envia los trabajos segun se sirve, y para los fines que sabe, todos enderezados á nuestro mayor bien, si queremos aprovecharnos de ello, por todo le debemos dar gracias, pues son señales, que no se olvida de nosotros, á mí me comenzáron á venir, y me siguiéron, sin dar un momento de espacio, desde que comencé á caminar, y asi en todas partes nunca me faltáron; mas no eran estos los que Dios enviaba, sino los que yo me buscaba: hay diferencia de unos á otros, que los venidos de la mano de Dios, él sabe sacarme de ellos, y son los tales minas de oro finísimo, joyas preciosísimas, cubiertas con una ligera capa de tierra, que con poco trabajo se pueden descubrir y hollar; mas los que los hombres toman por sus vicios, y deleites, son píldoras doradas, que engañando la vista con apariencia falsa de sabroso gusto, dejan el cuerpo descompuesto y desbaratado: son verdes prados, llenos de ponzoñosas víboras, piedras al parecer de mucha estima, y debajo estan llenas de alacranes, muerte eterna, que engaña con breve vida.

Este dia, cansado de andar solas dos leguas pequeñas, que para mí eran las primeras que habia caminado, ya me pareció haber llegado á los Antípodas, y como el famoso Colon, descubierto un nuevo mundo: llegué á una venta

sudando, polvoroso, despeado, triste, y sobre todo, el molino picado, el diente agudo, y el estómago débil: seria mediodia, pedí de comer, dijéron que no habia sino solos huevos; no tan malo si lo fueran, que á la bellaca de la ventera, con el mucho calor, ó que la zorra le matase la gallina, se quedáron empollados, y por no perderlo todo, los iba encajando con otros buenos; no lo hizo así conmigo, que cuales ella me los dió, le pagué Dios la buena obra: vióme muchacho, boquirubio, chiampollado, chapeton: parecíle un Juan de buena alma, y que para mí bastara lo que quisiera. Preguntóme: ¡De donde sois, hijo! Díjele, que de Sevilla: llegóse mas, y dándome con su mano unos golpecitos debajo de la barba, me dijo: ¡Y á donde va el bobito! ¡Oh poderoso Señor! y como con aquel su mal resuello me pareció que contraje vejez, y con ella todos los males: y si tuviera entonces ocupado el estómago con algo, lo trocara en aquel punto, pues me hallé con las tripas junto á los labios. Díjele, que iba á la Corte, que me diese de comer. Hízome sentar en un banquillo cojo, y encima de un poyo me puso un barredero de horno, con un salero hecho de un suelo de cántaro, un tiesto de gallinas lleno de agua, y una media hogaza, mas negra que los manteles. Luego me sacó en un plato una tortilla de huevos, que pudiera llamarse mejor em-

plastro de huevos, ellos, el pan, jarro, agua, salero, sal, manteles, y la huéspeda, todo era de lo mismo. Halléme bozal, el estómago apurado, las tripas de posta, que se daban unas con otras de vacías, comí, como el puerco la bellota, todo á hecho; aunque verdaderamente sentia crujir entre los dientes los tiernecicos huesos de los sin ventura pollos, que era como hacerme cosquillas en las encías. Bien es verdad, que se me hizo novedad, y aun en el gusto, que no era como el de los otros huevos, que solia comer en casa de mi madre; mas dejé pasar aquel pensamiento con la hambre, y cansancio, pareciéndome que la distancia de la tierra lo causaba, y que no eran todos de un sabor, ni calidad: yo estaba de manera, que aquello tuve por buena suerte. Tan proprio es al hambriento no reparar en salsas, como al necesitado salir á cualquier partido: era poco, pasélo presto con las buenas ganas: en el pan me detuve algo mas, comílo á pausas, porque siendo muy malo, fué forzoso llevarlo de espacio, dando lugar unos bocados á otros que bajasen al estómago por su órden: comencéle por las cortezas; y acabéle en el migajon, que estaba hecho engrudo; mas tal cual no le perdoné letra, ni les hice á las hormigas migaja de cortesía mas que si fuera poco, y bueno. Asi acontece si se juntan buenos comedores en un plato de fruta, que picando primero en la

mas madura, se comen despues la verde, sin dejar memoria de lo que allí estuvo. Entonces comí, como dicen, á rempujones media hogaza, y si fuera razonable, y hubiera de llenar á mis ojos, no hiciera mi agosto con una entera de tres libras. Era el año estéril de seco, y en aquellos tiempos solia Sevilla padecer, que aun en los prósperos pasaba trabajosamente; mirad lo que seria en los adversos: no me está bien ahondar en esto, ni el decir el por que; soy hijo de aquella ciudad, quiero callar, que todo el mundo es uno, todo corre unas parejas, ninguno compra regimiento con otra intencion, que para grangería, ya sea pública ó secreta: pocos arrojáron tantos millares de ducados para hacer bien á pobres, sino á sí mismos, pues para dar medio cuarto de limosna, la examinan. Asi pasó con un regidor, que viéndole un viejo de su pueblo exceder de su obligacion, le dijo: ¿Como Fulano N. eso no es lo que juraste, cuando en Ayuntamiento os recibiéron, que habíades de volver por los menudos? El respondió, diciendo. Ya no veis como lo cumplo, pues vengo por ellos cada sábado á la carnicería; mi dinero me cuestan; y eran los de los carneros. De esta manera pasa todo en todo lugar: ellos traen entre sí la masa rodando, hoy por mí, mañana por tí, déjame comprar, dejaréte vender: ellos hacen los estancos en los mantenimientos: ellos hacen las posturas

como en cosa suya, y asi lo venden al precio que quieren, porque todo es suyo cuanto se compra, y vende. Soy testigo, que un regidor de una de las mas principales ciudades de Andalucia, y reino de Granada, tenia ganado, y porque hacia frio no se le gastaba la leche de él, todos acudian á los buñuelos: pareciéndole que perdia mucho si la Cuaresma entraba, y no lo remediaba; propuso en su ayuntamiento, que los Moriscos buñoleros robaban la república: dió cuenta por menor de lo que les podian costar, y que salian á poco mas de doce maravedis, y asi los hizo poner á ocho, dándoles moderada ganancia: ninguno los quiso hacer, porque se perdian en ellos; y en aquella temporada él gastaba su esquilmo en mantequillas, natas, queso fresco, y otras cosas, hasta que fué tiempo de cabaña, y cuando comenzó á quesear, se los hizo subir á doce maravedis, como estaban antes, pero ya era verano, y fuera de sazon para hacerlos. Contaba él este ardid, ponderando como los hombres habian de ser vividores. Alejádonos hemos del camino, volvamos á él, que no es bien cargar solo la culpa de todo al regimiento, habiendo á quien repartir. Demos algo de esto á proveedores y comisarios, y no á todos, sino á algunos, y sea de cinco á los cuatro, que destruyen la tierra, robando á los miserables y viudas, engañando á sus mayores, y

mintiendo á su Rey : los unos por acrecentar sus mayorazgos, y los otros por hacerlos, y dejar de comer á sus herederos. Esto tambien es diferente de lo que aquí he de tratar, y pide un entero libro: de mi vida trato en este, quiero dejar las agenas, mas no sé si podré, poniéndome los cabes de pala, dejar de tirarles, que no hay hombre cuerdo á caballo; cuanto mas, que no hay que reparar de cosas tan sabidas : Lo uno, y lo otro todo está recibido, y todos caminan á viva quien vence : mas ay ! como nos engañamos, que somos los vencidos, y el que engaña es el engañado. Digo, pues, que Sevilla, por fas, ó por nefas (considerada su abundancia de frutos, y la carestía de ellos) padece esterilidad, y aquel ayo hubo mas, por algunos desórdenes ocultos, y codicias de los que habian de procurar el remedio, que solo atendian á su mejor fortuna. El secreto andaba entre tres ó cuatro, que sin considerar los fines, tomáron malos principios, y endemoniados medios, en daño de su república. He visto siempre en todo lo que he peregrinado, que estos ricachos, poderosos, muchos de ellos son ballenas, que abriendo la boca de la codicia lo quieren tragar todo, para que sus casas esten proveidas, y su renta multiplicada, sin poner los ojos en el pupilo huérfano, ni el oido á la voz de la triste doncella, ni los hombros al reparo del flaco, ni las ma-

nos de caridad en el enfermo, y necesitado; antes con voz de buen gobierno, gobierna cada uno como mejor vaya el agua á su molino: publican buenos deseos, y ejercítanse en malas obras, hácense ovejitas de Dios, y esquílmalas el diablo. Amasábase pan de centeno, y no tan malo: el que tenia trigo, sacaba para su mesa la flor de la harina, y todo lo restante traia en trato para el comun: hacíanse panaderos, abrasaban la tierra, los que debieran dejarse abrasar por ella. No te puedo negar, que tuvo esto su castigo, y que habia muchos buenos á quien lo malo parecia mal; pero en las necesidades no se repara en poco; demas que el tropel de los que lo hacian, arrinconaban á los que lo estorbaban, porque eran pobres, y si pobres, basta, no te digo mas, haz tu discurso.

No ves mi poco sufrimiento, como no pude abstenerme, y como sin pensar corrió hasta aquí la pluma! Arrimáronme el acicate, y torcíme á la parte que me picaba: no sé que disculpa darte, sino es la que dan los que llevan por delante sus bestias de carga, que dan con el hombre que encuentran contra una pared, ó le derriban por el suelo, y despues dicen, perdone. En conclusion, todo el pan era malo, aunque entonces no me supo muy mal; regaléme comiendo; alegréme bebiendo, que los vinos de aquella tierra son generosos. Recobré-

me con estò, y los pies cansados de llevar el vientre, aunque vacío, y de poco peso, ya siendo lleno, y cargado, llevaban á los pies; y asi proseguí mi camino, no con poco cuidado de saber que pudiera ser aquel tañerme castañetas los huevos en la boca: fuí dando, y tomando en esta imaginacion, y cuando mas la seguia, mas géneros de desventuras se me representaban, y el estómago se me alteraba, porque nunca sospeché cosa menos que asquerosa, viéndolos tan mal guisados, el aceite negro, que parecia de suelos de candiles, la sarten puerca, y la ventera legañosa. Entre unas, y otras imaginaciones encontré con la verdad, y teniendo andada otra legua, con solo aquel pensamiento, fué imposible resistirme; porque como á muger preñada, me iban, y venian erutaciones del estómago á la boca, hasta que de todo punto no me quedó cosa en el cuerpo; y aun el dia de hoy me parece, que siento los pobrecitos pollos piándome acá dentro. Asi estaba sentado en falda del vallado de unas viñas, considerando mis infortunios, harto arrepentido de mi mal considerada partida, que siempre los mozos se despeñan tras el gusto presente, sin reparar, ni mirar el daño venidero.

THE ASTOR LIBRARY NY

CAPÍTULO IV.

En que Guzman de Alfarache refiere lo que un arriero le contó, que le habia pasado á la ventera de donde habia salido aquel dia, y una plática que hiciéron.

CONFUSO, y pensativo estaba recostado en el suelo sobre el brazo, cuando acertó á pasar un arriero, que llevaba la recua de vacío, á cargarla de vino en la villa de Cazalla de la Sierra. Viéndome de aquella manera, muchacho, solo, afligido, mi persona bien tratada, comenzó (á lo que entonces de él creí) á dolerse de mi trabajo, y preguntándome, que tenia? le dije lo que en la venta me habia pasado. Apenas lo acabé de contar, cuando le dió tan extraña gana de reir, que me dejó casi corrido, y el rostro, que antes tenia de color de difunto, se mé encendió en ira contra él; mas como no estaba en mi muladar, y me hallé desarmado en un desierto, reportéme por no poder cantar como quisiera, que es discrecion saber disimular lo que no se puede remediar, haciendo el regaño risa, y los fines dudosos de conseguir en los principios se han de reparar, que son las opiniones varias, y las honras vi-

driosas, y si allí me descomediera, quizá se me atreviera, y sin aventurar á ganar, iba en riesgo, y aun cierto de perder, que las conferencias se han de huir, y si forzoso las ha de haber, sea con iguales; y si con mayores, no á lo menos tan aventajados á tí, que te atropellen: en todo hay vicio, y tiene su cuenta, mas aun que me abstuve, no pude menos, que con viva cólera decirle: ¡Vos, hermano, me veis alguna coroza, ó de que os reis? El, sin dejar la risa, que pareció tenerla por destajo, segun se daba la prisa, que abierta la boca, dejaba caer á un lado la cabeza, poniéndose las manos en el vientre, y sin poderse ya tener en el asno, parecia querer dar consigo en el suelo: por tres, ó cuatro veces probó á responder, y no pudo: siempre volvia de nuevo á principiarlo, porque le estaba hirviendo en el cuerpo. Dios, y en hora buena, buen rato despues de sosegadas algo aquellas avenidas (que no suelen ser mayores las de Tajo) á remiendos, como pudo, medio tropezando, dijo: Mancebo, no me rio de vuestro mal suceso, ni vuestras desdichas me alegran, ríome de lo que á esa muger aconteció en menos de dos horas á esta parte: ¿Encontraste por ventura dos mozos juntos, al parecer soldados, el uno vestido de una mezclilla verdosa, y el otro de vellorin, un jubon blanco, muy acuchillado? Los dos de esas señales, le respondí, si mal no me

acuerdo, cuando salí de la venta quedaban en ella, que entonces llegáron, y pidiéron de comer. Esos, pues (dijo el arriero) son los que os han vengado, y de la burla que han hecho á la ventera es de lo que me rio: si vais este viage, subid en un jumento de esos, y os diré por el camino lo que pasa. Yo se lo agradecí segun lo habia menester, rindiéndole las palabras, que me pareciéron bastar por suficiente paga; que á buenas obras, pagan buenas palabras, cuando no hay otra moneda, y el deudor está necesitado. Con esto, aunque mal ginete de albarda, me pareció aquella silla de manos, litera, ó carroza de cuatro caballos; porque el socorro en la necesidad, aunque sea poco, ayuda mucho, y una niñería suple infinito. Es como pequeña piedra arrojada en agua clara, que hace cercos muchos y grandes; y entonces es mas de estimar, cuando viene á buena coyuntura, aunque siempre llega bien, y no tarda si viene. Ví el cielo abierto, él me pareció un ángel, tal se me representó su cara, como la del deseado médico al enfermo, digo deseado, porque como habrás oido decir, tiene tres caras el médico, de hombre, cuando le vemos y no lo habemos menester; de ángel, cuando de él tenemos necesidad; y de diablo, cuando se acaban á un tiempo la enfermedad y la bolsa, y él por su interes persevera en visitar: como sucedió á un caballero en Madrid, que habien-

do llamado á uno para cierta enfermedad, le daba un escudo á cada visita; el humor se acabó, y él no de despedirse. Viéndose sano el caballero, y que porfiaba en visitarle, se levantó una mañana, y se fué á la iglesia: como el médico le viniese á visitar, y no le hallase en casa, preguntó á donde habia ido! no faltó un criado tonto (que para el daño siempre sobran, y para el provecho todos faltan) que le dijo donde estaba en misa. El doctor espoleando aprisa su mula, y andando en su busca, hallóle, y díjole: ¡pues como ha hecho Vm. tan gran exceso, salir de casa sin mi licencia! El caballero, que entendió lo que buscaba, y viendo que ya no le habia menester, echando mano á la bolsa, sacó un escudo, y dijo: Tome, señor doctor, que á fe de quien soy, que para con Vm. no me ha de valer sagrado. Ved á donde llega la codicia de un médico necio, y la fuerza de un pecho hidalgo y noble. Yo recogí mi jumento, y dándome del pie, me puse encima: comenzámos á caminar, y á poco andado, allí luego, no cien pasos tras el mismo vallado estaban dos Clérigos sentados, esperando quien los llevara caballeros á la vuelta de Cazalla: eran de allá, y habian venido á Sevilla con cierto pleito. Su compostura, y rostro daban á conocer su buena vida, y pobreza: eran bien hablados, de edad el uno hasta treinta y seis años, y el otro de mas de

cincuenta. Detuviéron al arriero, concertáron con él, y haciendo como yo, subiéronse en dos borricos, y seguímos nuestro viage. Era todavía tanta la risa del bueno del hombre, que apenas podia proseguir su cuento, porque soltaba el chorro tras de cada palabra, como cosas de por vida, con cada quinientos un par de gallinas, tres veces mas lo reido, que lo hablado. Aquella tardanza era para mí lanzadas, que quien desea saber una cosa, querria que las palabras unas atropellasen á otras, para salir juntas, y presto de la boca. Grande fué la preñez que se me hizo, y el antojo que tuve por saber el suceso: reventaba por oirlo, esperaba de tal máquina, que habia de resultar una gran cosa: sospeché si fuego del Cielo consumió la casa, y lo que en ella estaba, ó si los mozos la habian quemado, y á la ventera viva, ó por lo menos, y mas barato, que colgada de los pies en una oliva la hubiesen dado mil azotes, dejándola por muerta, que la risa no prometió mucho menos, aunque si yo fuera considerado, no debiera esperar, ni presumir cosa buena de quien con tanta pujanza se reia, porque aun la moderada en cierto modo causa facilidad, mucha imprudencia, poco entendimiento, y vanidad; y la descompuesta es de locos de todo punto rematados, aunque el caso la pida. Quiso Dios, y en hora buena, que los montes pariéron un raton: díjonos en resolucion, con

mil paradillas, y corcobos, que habiéndose detenido á beber un poco de vino, y á esperar á su compañero, que atras dejaba, vió que la ventera tenia en un plato una tortilla de seis huevos, los tres malos, y los otros no tanto; que se los puso delante, y yéndola á partir, le pareció que un tanto se resistia, yéndose unos tras otros pedazos miráron que lo podria causar, porque luego les dió mala señal, no tardó mucho en descubrirse la verdad, porque estaban con unos altos, y bajos, que si no fuera solo á mí, á otro cualquiera desengañara en verla; mas como niño debí pasar por ello; ellos eran mas curiosos, ó curiales, espulgáronla de manera que halláron á su parecer tres bultillos, como tres mal cuajadas cabezuelas, que por estar los piquillos algo mas duras, deshiciéron la duda, y tomando uno entre los dedos, queriéndola deshacer, por su proprio pico habló, aunque muerta, y dijo cuya era llanamente: Asi cubriéron el plato con otro, y de secreto se habláron, lo que pasó no lo entendí, aunque despues fué manifiesto, porque luego el uno dijo: ¡Huéspeda, que otra cosa teneis que darnos! Habianle poco antes, en presencia de ellos, vendido un sábalo, teníalo en el suelo para escamarle, y respondióles. De este, si quereis un par de ruedas, qué no hay otra cosa. Dijéronle: madre mia, dos asareis luego, porque nos queremos ir, y si os pareciere, ved

cuanto quereis en todo de ganancia, y lo llevarémos á nuestra casa. Ella dijo, que hecho piezas, cada rueda le habia de valer un real, ni menos una blanca: ellos que no, que bastaba un real de ganancia en todo. Concertáronse en dos reales, que el mal pagador, ni cuenta lo que recibe, ni regatea en lo que le fian. Á ella se le hacia de mal el darlo, aunque la ganancia en cuatro reales dos, por solo un momento que le faltáron de la bolsa, la puso llana. Hízolo ruedas, asóles dos: con que comiéron, metiéron lo restante en una servilleta de la mesa; y despues de satisfechos, y mal contentos, en lugar de hacer cuenta con pago, hiciéron el pago sin la cuenta; que el un mozuelo, tomando la tortilla de los huevos en la mano derecha, se fué donde la vejezuela estaba deshaciendo un vientre de oveja montecina, y con terrible fuerza le dió en la cara con ella, fregándosela por ambos ojos: dejóselos tan ciegos, y dolorosos, que sin osarlos abrir, daba gritos como loca; y el otro compañero, haciendo como que le repreendia la bellaquería: le esparció por el rostro un poco de ceniza caliente, y asi se saliéron por la puerta, diciendo: vieja bellaca, quien tal hace, que tal pague. Ella era desdentada, boquisumida, hundidos los ojos, desgreñada y puerca; quedó toda enharinada, como barbo para frito, con un gestillo tan gracioso de fiero, que no

podia sufrir la risa cuando de ello y de él se acordaba. Con esto acabó su cuento, diciendo, que tenia de que reirse para todos los dias de su vida : yo de que llorar, le respondí, para toda la mia, pues no fuí para otro tanto, y esperé venganza de mano agena; pero yo juro á tal, que si vivo, ella me lo pague de manera, que se acuerde de los huevos y del muchacho. Los Clérigos abomináron el hecho, reprobando mi dicho, haberme pesado del mal que no hice : volviéronse contra mí, y el mas anciano de ellos, viéndome con tanta cólera, dijo : la sangre nueva os mueve á decir lo que vuestra nobleza muy presto me confesará por malo, y espero en Dios ha de fructificar en vos de manera, que os pese por lo presente de lo dicho, y enmendeis en lo por venir el hecho.

Refiérenos el sagrado Evangelio por san Marcos, en el capítulo quinto, y san Lucas en el sexto : Perdonad á vuestros enemigos, y haced bien á los que os aborrecen. Habeis de considerar lo primero, que no dice : haced bien á los que os hacen mal, sino á los que os aborrecen; porque aunque el enemigo os aborrezca ; es imposible haceros mal, si vos no quereis ; porque como sea verdad infalible, que tendrémos por bienes verdaderos á los que han de durar para siempre, y los que mañana pueden faltar, como faltan, mas propriamente pueden llamarse males, por lo mal que usamos

de ellos, pues en su confianza nos perdemos; y los perdemos, llamarémos á los enemigos ciertos amigos, y á los amigos proprios enemigos, en razon de los efectos que de los unos y otros vienen á resultar, pues nace de los enemigos todo el verdadero bien, y de los amigos el cierto mal. Bien verémos como el mayor provecho que podrémos haber del mas fiel amigo de este mundo será que nos favorezca ó con su hacienda, dándonos lo que tuviere, ó con su vida, ocupándola en las cosas de nuestro gusto, ó con su honra, en los casos que se atravesare la nuestra; y esto ni esotro hay quien lo haga, ó son tan pocos, que dudo si en alguno pudiésemos dar el ejemplo en este tiempo. Mas cuando asi sea, y todo junto lo hayan hecho, es mucho menos que un punto geométrico, si en lo que no es puede haber mas y menos; porque cuando me dé cuanto tiene, ya es poca substancia para librarme del infierno; demas, qué no se expenden ya las haciendas con los virtuosos, antes con otros tales que les ayudan á pecar, y á esos tienen por amigos, y dan su dinero. Si por mí perdiere su vida, no con ello se aumenta un minuto de tiempo en la mia: si gastare su honra, y la estragare, digo, que no hay honra que lo sea, mas de servir á Dios; y lo que saliere fuera de esto es falso, y malo: de manera, que todo cuanto mi amigo me diere, siendo

temporal, es inútil, vano y sin substancia; mas mi enemigo todo es grano, todo es provechoso cuanto de él me resulta, queriendo valerme de ello, porque del quererme mal, saco yo el quererle bien, y por ello Dios me quiere bien: si le perdono una liviana injuria, á mí se me perdonan, y remiten infinito número de pecados; y si me maldice, le bendigo: sus maldiciones no me pueden dañar, y por mis bendiciones alcanzo la bendicion: *Venid benditos de mi Padre;* de manera que con los pensamientos, con las palabras, con las obras mi enemigo me las hace buenas, y verdaderas. ¡Cual, si pensais, es la causa de tan grande maravilla, y la fuerza de tan alta virtud! Yo lo diré: de que asi lo manda el Señor; es voluntad, y mandato expreso suyo; y si se debe cumplir el de los príncipes del mundo, sin comparacion mucho mejor el del príncipe celestial, á quien se humillan todas las coronas del cielo, y tierra, y aquel decir: *Yo lo mando*, es un almíbar que se pone á lo desabrido de lo que se manda, como si ordenasen los médicos á un enfermo que comiese flor de azahar, nueces verdes, cáscaras de naranjas, cogollos de cidros, raices de escorzonera, ¡qué diria! tate, señor, no me deis tal cosa, que aun en salud un cuerpo robusto no podrá con ello; pues para que se pueda tragar, y le sepa bien, hacénselo confitar; de manera, que

lo que de suyo era dificultoso de comer, el azúcar lo ha hecho sabroso, y dulce. Esto mismo hace el almíbar de la palabra de Dios: *Yo mando que ameis á vuestros enemigos.* Está una golosina hecha en la misma cosa que antes nos era de mal sabor; y asi, aquella en que hace mas fuerza nuestra carne, aquello á que mas contradice por ser amargo, y anhelar á nuestras concupiscencias, diga el espíritu: ya eso está almibarado, sabroso, y dulce, pues Cristo nuestro redentor lo manda; y que si me hirieren la una mejilla ofrezca la otra, que esa es honra guardar con puntualidad las órdenes de los mayores, y no quebrantarlas. Manda un general á su capitan que se ponga en un paso fuerte, por donde habia de pasar el enemigo, de donde, si quisiese, podria vencerle, y matarle; mas dícele: Mirad que importa, y es mi voluntad, que cuando pasase no le ofendais, no embargante que os ponga en la ocasion, y os irrite á ello. Si cuando el enemigo pasase fuese diciendo bravatas, y palabras injuriosas, llamando al capitan cobarde, ¿haríale por ventura en ello alguna ofensa? No por cierto, antes debe reirse de él, pues como á vano, y á quien pudiera destruir fácilmente, no lo hace por guardar la órden que se le dió, y si la quebrantara hiciera mal, y contra el deber, siendo merecedor de castigo. ¿Pues qué razon hay para no andar cuidadosos en la ob-

servancia de las órdenes de Dios ! ¿Por qué se han de quebrantar! Si el capitan por su sueldo, y cuando mas aventure á ganar, por una encomienda estará puntual; ¿por qué no lo serémos, pues por ello se nos da la encomienda celestial! En especial, cuando el mismo que hizo la ley la estrenó, y pasó por ella, sufriendo de aquella sacrílega mano del ministro una gran bofetada en su sacratísimo rostro, sin por ello responderle mal, ni con ira. Si esto padece el mismo Dios, la nada del hombre, ¿qué se levanta, y gallardea ! Y para satisfaccion de una simple palabra, cargándose de duelos, espulga el duelo, buscando entre infieles, como si fuese uno de ellos, lugar donde combatirse, que mejor diríamos abatirse á las manos del demonio su enemigo, huyendo de las de su criador, del cual sabemos que estando de partida, cerrando el testamento, clavado en la cruz, el cuerpo despedazado, rotas las carnes, doloroso y sangriento, desde la planta del pie hasta el pelo de la cabeza, que tenia bañado en su preciosa sangre, cuajada, y dura como un fieltro, con las crueles heridas de la corona de espinas, queriendo despedirse de su madre, y discípulo, entre las últimas palabras, como por última manda, la mas encargada, y en la agonía mas fuerte de arrancarse el alma de su divino cuerpo, pide á su eterno padre perdon para los que allí le pusiéron. Imitóle san cristóval, que dándole

un gran bofeton, acordándose del que recibió su magestad, dijo: Si yo no fuera cristiano me vengara; luego la venganza miembro es apartado de los hijos de la iglesia nuestra madre. Otro diéron á san Bernardo en presencia de sus frailes, y queriéndole ellos vengar, los corrigió, diciendo: Mal parece querer vengar injurias agenas el que cada dia pide perdon de las proprias. San Estevan, estándole apedreando, no hace sentimiento de los golpes fieros, que le quitan la vida, sino de ver que los crueles ministros perdian las almas, y dolido de ellas, pide á Dios entre las bascas de la muerte perdon para sus enemigos, especialmente para Saulo, que engañado, y zeloso de su ley, creia merecer en guardar las capas, y vestidos á los verdugos, para que desembarazados le hiriesen con mas fuerza; y tanto pudo su oracion, que trajo á la fe al glorioso Apóstol san Pablo, el cual, como sabio doctor, experimentado en esta doctrina, viendo ser importantísima y forzosa á nuestra salvacion, dice: olvidad iras, y nunca os anochezca con ellas. Bendecid á vuestros perseguidores, y no les maldigais; dadles de comer si tuvieren hambre, y de beber cuando esten con sed, que si no lo hiciéredes, con la misma medida seréis medidos, y como perdonáredes, perdonados. El Apóstol Santiago dice: sin misericordia, y con rigor de justicia serán juzgados los que no tuvieren mi-

sericordia. Bien temeroso estaba, y resuelto en guardar este divino precepto Constantino Magno, que viniéndole á decir como sus enemigos, por afrentarle, en vituperio, y escarnio suyo le habian apedreado su retrato, hiriéndole con piedras en la cabeza, y rostro, fué tanta su modestia, que despreciando la injuria, se tentó con las manos por todas partes de su cuerpo, diciendo: ¡Qué es de los golpes? ¡qué es de las heridas! Yo no siento ni me duele cuanto habeis dicho que me han hecho, dando á entender, que no hay deshonra que lo sea, sino al que la tiene por tal; demas que no por esto habeis de entender, que quien os injuria se sale con ello, aunque vos no lo vengueis, y aunque se lo perdoneis de vuestra parte, que el agravio que os hizo á vos, tambien lo hizo á Dios, cuyo sois, y él es dueño de esta hacienda: que si en el palacio de un príncipe, ó en su corte á uno se hiciere afrenta, se haria juntamente al señor de ella; y no bastará el perdon del afrentado para ser perdonado absolutamente, porque con aquella sinrazon ó agravio tambien estarán injuriadas las leyes de ese príncipe, y su casa ó su tierra vituperada; y asi dice Dios: *A mi cargo está, y á su tiempo lo castigaré: mia es la venganza yo la haré por mi mano.* Pues desdichado del amenazado, si las manos de Dios le han de castigar, mas le valiera no ser nacido. Asi, que nunca deis

mal por mal, si no quisiérades que os venga mal: demas, que mereceis en ello y os pagaréis de vuestra mano, que imitando al que os lo manda, os vendréis á simbolizar con él: dad, pues, lugar á las iras de vuestros perseguidores, para poder merecer: volvedles gracias por los agravios, y sacaréis de ellos glorias y descansos.

Mucho quisiera tener en la memoria la buena doctrina que á este propósito me dijo, para poder aquí repetirla, porque todo era del cielo finísima escritura sagrada: desde entonces propuse aprovecharme de ella con muchas veras; y si bien se considera, dijo muy bien. ¡Cuál hay mayor venganza que poder haberse vengado? ¡qué cosa mas torpe hay que la venganza, pues es pasion de injusticia, ni mas fea delante de los ojos de Dios, y de los hombres, porque solo es dado á las bestias fieras? Venganza es cobardía, y acto femenil; perdon es gloriosa victoria; el vengativo se hace reo, pudiendo ser actor perdonando. ¡Qué mayor atrevimiento puede haber, que quiera una criatura usurpar el oficio á su criador, haciendo caudal de hacienda que no es suya, levantándose con ella como propia? Si tú no eres tuyo, ni tienes cosa tuya en tí, ¿qué te quita el que dices que te ofende? Las acciones competen á tu dueño, que es Dios, déjale la venganza: el señor la tomará de los malos, tarde ó tem-

prano, y no puede ser tarde lo que tiene fin; quitársela de las manos es delito, desacato, y desvergüenza; y cuando te tocará la satisfaccion, dime: ¿qué cosa es mas noble que hacer bien? pues ¿cual mayor bien hay que no hacer mal? Uno solo, el cual es hacer bien al que no te le hace, y te persigue, como nos está mandado, y tenemos obligacion: que dar mal es oficio de Satanas: hacer bien á quien te hace bien, es deuda natural de los hombres: aun las bestias lo reconocen; y no se enfurecen contra el que no las persigue: procurar, y obrar bien á quien te hace mal, es obra sobrenatural, divina escalera, que alcanza gloriosa eternidad, llave de cruz, que abre el cielo, sabroso descanso del alma, y paz del cuerpo. Son las venganzas vida sin sosiego, unas llaman á otras, y todas á la muerte. ¿No es loco el que si el sayo le aprieta, se mete un puñal por el cuerpo ¿Qué otra cosa es la venganza sino hacernos mal por hacer mal? quebrarnos los ojos por cegar á uno? escupir al Cielo, y caernos en la cara? Admirablemente lo sintió Séneca, como en la plaza le diese una coz un enemigo suyo, todos le incitaban á que de él se querellase á la justicia, y riéndose, les dijo: ¿No veis que seria locura llamar un jumento á juicio? como si dijera: con aquella coz vengó como bestia su saña, y yo la menosprecio, como hombre. ¿Hay bestialidad mayor que

hacer mal! ni grandèza que iguale á despreciarlo! Siendo el duque de Orliens injuriado de otro, despues que fué rey de Francia, le dijéron que se vengase, pues podia, de la injuria recibida; y volviéndose contra el que se lo aconsejaba, dijo: No conviene al rey de Francia vengar las injurias del duque de Orliens. Si vencerse uno á sí mismo lo cuentan por tan gran victoria; ¡por qué venciendo nuestros apetitos, iras, y rencores no ganamos esta palma pues demas de lo por ello prometido, aun en lo de acá, excusarémos muchos males, que quitan la vida, menguan la vana honra, y consumen la hacienda! ¡Ah buen Dios, como si yo fuera bueno, lo que á aquel buen hombre oí, debia bastarme! Pasóse con la mocedad, perdióse aquel tesoro, fué trigo que cayó en el camino. Su buena conversacion y doctrina nos entretuvo hasta Cantillana, donde llegámos casi el sol puesto, yo con buenas ganas de cenar, y mi compañero de esperar el suyo, mas nunca vino: los clérigos hiciéron rancho aparte, yéndose á casa de un su amigo, y nosotros á nuestra posada.

CAPÍTULO V.

De lo que á Guzman de Alfarache le aconteció en Cantillana con un mesonero.

LUEGO que dejámos á los camaradas, pregunté al mio ¿donde irémos? El me dijo: huésped conocido tengo, buena posada, y gran regalador. Llevóme al meson del mayor ladron que se hallaba en la comarca, donde no menos hubo de que hacerte plato con que puedes entretener el tiempo, y por saltar de la sarten caí en la brasa, dí en Syla, huyendo de Caribdis. Tenia nuestro mesonero para su servicio un buen jumento, y una yegüezuela galiciana; y como aun los hombres en la necesidad no buscan hermosura, edad, ni tragos, sino solo tocas, aunque las cabezas esten tiñosas, no es maravilla que entre brutos acontezca lo mismo: estaban siempre juntos á un establo, á un pesebre, en un prado, y el dueño no con mucho cuidado de tenerlos atados, antes de industria los dejaba sueltos, para que ayudasen á repasar las lecciones á las otras cabalgaduras de los huéspedes; de lo cual resultó que la yegua quedase preñada de esta compañía.

Es inviolable ley en Andalucía no permitir junta, ni mezcla semejante, y para ello tienen establecidas gravísimas penas; pues como á su tiempo la yegüezuela pariese un muleto, quisiera el mesonero aprovecharle, y que se criara. Detúvole escondido algunos dias, con grande recato, mas como viese no ser posible dejarse de sentir, por no dar venganza de sí á sus enemigos, con temor del daño, y codicia del provecho, acordó este, viernes en la noche, de matarle; hizo la carne postas, echólas en adobo, aderezó para este sábado el menudo, asadura, lengua y sesos. Nosotros, como dije, llegámos á buena hora, que el huésped con sol á honor, halla que cene, y cama en que se eche. Mi compañero, habiendo desaparejado, dió luego recado á su ganado: yo llegué tan demolido, que dando con mi cuerpo en el suelo, no me pude rodear por un gran rato: llegué los muslos resfriados, las plantas de los pies hinchadas de llevarlos colgando, y sin estribos, las asentaderas batanadas, las ingles doloridas, que parecia meterme un puñal por ellas; todo el cuerpo descoyuntado, y sobre todo hambriento. Cuando mi compañero acabó de dar cobro á su recua, viniéndose para mí, le dije: ¿Será bien que cenemos, camarada? Respondió, que le parecia muy justo, que era ya hora, porque otro dia queria tomar la mañana, y llegar con tiempo á Cazalla, y hacer

cargas. Preguntámos al huésped si habia que cenar : Respondió que si, y aun muy regaladamente. Era el hombre bullicioso, agudo, alegre, y decidor, y sobre todo grandísimo bellaco : engañóme, que como le ví de tan buena gracia y de antes no le conocia, mostró buena pinta, y en decir que tenia todo buen recado, alegréme en el alma. Comencé entre mí mismo á dar mil alabanzas á Dios, reverenciando su bendito nombre, que despues de los trabajos, da descansos, con las enfermedades medicina : tras la tormenta bonanza : pasada la afliccion holgura : y buena cena tras la mala comida. No sé si os diga un error de lengua gracioso, que sucedió á un labrador, que yo conocí en Olías, aldea de Toledo : dirélo, por no ser escandaloso, y haber salido de pecho sencillo, y cristiariano viejo. Estaba con otros jugando á la primera, y habiéndose el tercero descartado, dijo el segundo : Tengo primera, bendito sea Dios, que he hecho una mano; pues como iba el labrador viendo sus naipes, hallólos todos de un linage, y con la alegría de ganar la mano, dijo : No muy bendito, que tengo flux; si tal disparate se puede traer á cuento, es este el lugar, por lo que me aconteció. Mi compañero preguntó : Pues bien, ¿qué hay aderezado? Respondióle el socarron : de ayer tengo muerta una hermosa ternera, que por estar la madre flaca, y no haber pasto

con la sequía del año, luego la maté de ocho dias nacida : el despojo está guisado, pedid lo que mandáredes. Tras esto, diciendo aires bola, levantó la pierna, y en el aire dió por delante una zapatera, con que me alivié un poco, y me holgué mucho de oirle decir, que habia menudo de ternera, que solo en mentarlo me enterneció; y despidiendo el cansancio, con alegre rostro, le dije : Huésped, sacad lo que quisiéredes : al punto puso la mesa, con ropa limpia en ella, el pan no tan malo como el pasado, el vino bueno, un plato de fresca ensalada, que para tripas tan lavadas como las mias no era de mucho momento, y se lo perdonara por el vientre de ternera ó una mano de ella; mas no me pesó, porque las premisas engañaban cualquiera discreto juicio, emborrachando el gusto de cualquier hombre hambriento. Dice bien el Toscano, aconsejando que de mugeres, marineros, ni hosteleros no hagamos confianza en sus promesas, mas que de los que se alaban á sí mismos, porque de ordinario, por la mayor parte, regulado el todo, todos mienten. Tras la ensalada comímos dos platillos, en cada uno una poca de asadura guisada, digo poca, rezelaba dar mucha, porque con la abundancia, satisfecha la necesidad, á vientre harto, fuera fácil conocer el engaño : asi, yendo con tiento acechaba con el gusto que entrábamos en ello, y ponia mas hambre,

deseando de comer mas. De mi compañero no hay tratar de él, porque nació entre salvages, de padres brutos, y le paladeáron con un diente de ajo; y la gente rústica grosera, no tocando á su bondad, y limpieza, en materia de gusto, pocas veces distingue lo malo de lo bueno: fáltales á los mas la perfeccion en los sentidos; y aunque ven, no ven lo que han de ver, oyen, y no lo que han de oir, y asi en los demas, especialmente en la lengua, aunque no para murmurar, y mas de hidalgos: son como los perros, que por tragar no mascan, ó como el avestruz, que se engulle un hierro ardiendo, y si le halla delante, se comerá un zapato de dos suelas, que en Madrid haya servido tres inviernos; porque yo le he visto quitar con el pico una gorra de un page, y tragársela entera; ¡mas qué yo criado en regalo, de padres políticos, y curiosos, no sintiese el engaño! grande fué mi hambre, y esta excusa me disculpa: el deseo de comer algo bueno era grande, todo se les hizo á mis ojos pequeño: el traidor del mesonero lo daba destilado, no es maravilla, cuando tuviera defectos mayores, me pareciera banquete formado. ¡No has oido decir, que á la hambre no hay mal pan! digo que se me hizo almíbar, y me dejó goloso. Pregunté si habia otra cosa: Respondió, si queríamos los sesos fritos en manteca, con unos huevos: dijimos que sí; mas tardámos en decirlo, que

él en ponerlo por obra, y casi en aderezarlos. En el interin, porque no nos aguásemos, como postas corridas, nos dió un paseo de revoltillos hechos de las tripas, con algo de los callos del vientre: no me supo bien, olióme á paja podrida, díle de mano, dejándolo á mi compañero, el cual entró por ello como en viña vendimiada: no me pesaba, antes me alegré, creyendo que si de aquello hiciera su pasto, me cupiera mas de los sesos. Al reves me salió, que no por eso dejó de picar con tan buena gracia, como si en todo aquel dia ni noche hubiera comido bocado. Pusiéron los huevos, y sesos en la mesa, y cuando vió la tortilla mi arriero, dióse á reir cual solia, con toda la boca: yo me amohiné, creyendo que gustaba de refrescarme la memoria, estragándome el estómago: y como el huésped nos mirase á los dos, y estuviese sobre ascuas para oir lo que decíamos, viendo su descompuesta risa, tan mal sazonada, se alborotó, creyendo que lo habia sentido, que á tal tiempo, sin haberse ofrecido de que, no pudiera reirse de otra cosa; y como el delincuente siempre trae la barba sobre el hombro, y de su sombra se asombra, porque su misma culpa le representa la pena, cualquiera movimiento entiende que es contra él, y que el aire publica su delito, y á todos es notorio. Este pobreton, aunque bellaco, habituado en seme-

jantes maldades, y curtido en hurtos, esta vez cortóse con el miedo; demas que los tales de ordinario son cobardes, y fanfarrones, porque imaginan que uno raja, mata, hiende, y hace fieros. Yo te lo diré, por atemorizar con ellos, y suplir el defecto de su ánimo, como los perros, que pocos de los que ladran muerden, son guzquejos, todo ladrido, y alboroto, y de volver á mirarlos huyen: nuestro mesonero se turbó, como digo, que es propio en quien mal vive temor, sospecha, y malicia: perdió los estribos, no supo adonde, ni como reparar, diciendo: Voto á tal, que es de ternera, no tiene de que reirse, cien testigos le daré si es necesario. Púsosele con estas palabras el rostro encendido en fuego, que sangre parecia verter por los carrillos, y salirle centellas por los ojos de corage. El arriero alzando el rostro, le dijo: ¿Quien lo ha con vos, hermano, ni os preguntan los años que habeis? ¿Hay arancel en la posada que ponga tasa de que, y cuanto se ha de reir el huésped que tuviere gana? ¿Ó ha de pagar algun derecho que esté impuesto sobre ello? Dejad á cada uno que llore, ó ria, y cobrad lo que os debiere; yo soy hombre que si hubiera de reirme de cosa vuestra, os lo dijera libremente; acordéme ahora por estos huevos de otros que mi compañero comió este dia tres leguas de aquí en la venta. Tras esto le fué refiriendo todo el cuento, segun de mí

lo habia oido, y lo que despues pasó en su presencia con los mancebos, que parecia estarse bañando en agua rosada, segun los afectos, risas, visages, y meneos con que lo decia. El mesonero no cesaba de santiguarse, haciendo exclamaciones, llamando, y reiterando el nombre de Jesus mil veces; y levantando los ojos al cielo, dijo: Válgame nuestra señora, que sea conmigo: mal haga Dios á quien mal hace su oficio; y como en hurtar él era tan buen oficial, tenia por cierto no tocarle la maldicion, hurtando bien. Comenzóse á pasear, siguiendo asombros y extremos, voceaba: ¿Como no se hunde aquella venta? ¿Como consiente Dios, y disimula el castigo de tan mala muger! ¿como esa vieja, bruja y hechicera vive hoy en el mundo, y no la traga la tierra? Todos los huéspedes van quejosos de ella: todos veo que blasfeman su trato: ninguno sale sabroso: todos con pesadumbre; ó son todos malos, ó ella lo es, que no puede la culpa ser de tantos; por estas cosas, y otras tales no quiere nadie parar en su casa, todos la santiguan, y pasan de largo; pues á fe que podia estar escarmentada del jubon que trae debajo de la camisa, con cien botones abrochado, y se lo vistiéron por otro tanto. Mandado le tienen que no sea ventera, no sé como vuelve al oficio, y no vuelven á castigarla: no sé en que estriba, en algo debe de ir, como dijo la hor-

miga : misterio debe tener, que con la misma libertad roba hoy que ayer, y como el año pasado; y lo peor es, que hurta como si se lo mandasen, y debe de ser asi, pues el guarda, el malsin, el cuadrillero, el alguacil todos lo ven, y hacen la vista gorda, sin que alguno la ofenda : á estos tales trae contentos, y les pecha con lo que á los otros pela; y asi es menester, que de otro modo se perdiera, y le volvieran á dar otro paseo : aunque mas pierde la mal aventurada en desacreditar su casa; que si diera buen recado, con buen trato y término, acudieran á ella, y de muchos pocos hiciera mucho; que llevando de cada camino un grano, abastece la hormiga su granero para todo el año : nadie le tuviera el pie sobre el pescuezo : maldita ella sea, que tan mala es. Cuando aquí llegó, entendí que lo dejaba, mas volvió, diciendo : loada sea la limpieza de la Vírgen María, que con toda mi pobreza, no hay en mi casa mal trato, cada cosa se vende por lo que es, no gato por conejo, ni oveja por carnero : limpieza de vida es lo que importa, y la cara sin vergüenza descubierta por todo el mundo : lleve cada uno lo que fuere suyo, y no engañar á nadie. Aquí paró con el resuello, y no hizo poco : segun llevaba el trote, creí teníamos labor cortada para sobre cena; pero acabó con esto, dándonos para postre de la nuestra unas aceitunas gordales co-

mo nueces. Rogámosle, que por la mañana nos aderezase un poco de ternera, encargóse de ello, y nosotros fuímos á buscar en que dormir, y en el suelo mas llano tendímos unas jalmas, donde pasámos la noche.

CAPÍTULO VI.

En que Guzman de Alfarache acaba de contar lo que sucedió con el mesonero.

No sé si me pusieran en medio de las plazas de Sevilla, ó á la puerta de mi madre, cuando amaneció el Domingo, si hubiera quien me conociera, porque fué tanto el número de pulgas que cargó sobre mí, que pareció ser tambien para ellas año de hambre, y les habian dado conmigo socorro; y asi, como si hubiera tenido sarampion, me levanté por la mañana, sin haber parte de todo mi cuerpo, rostro, ni manos, donde pudiera darse otra picada en limpio: mas fuéme la fortuna favorable, en que con el cansancio del camino, y la noche antes haber cargado la mano sobre el jarro mas de mi ordinario, dormí soñando paraisos, y sin sintir alguna cosa, hasta que recordando mi compañero, con el cuidado de oir misa temprano, y tener tiempo de caminar siete leguas que le faltaban me despertó; nos levantámos con la luz antes que el sol saliese: luego pidiendo el almuerzo se nos trajo, no me supo tan bien como á él, que cada bocado parecia

darle en una pechuga de un pavo; nunca le pareció haber comido mejor cosa, segun lo alababa: fuéme forzoso tenerlo por tal en fe del gusto ageno, atribuyendo la falta heredada del asno de su padre á mi mal paladar; pero hablando verdad ello era malo, y decia bien quien era. Hízoseme duro, y desabrido, y de lo poco que cené quedé empachado sin poderlo digerir en toda la noche; y aunque con temor de ser del compañero reprendido, dije al huésped: ¡Esta carne como está tan tiesa, y de tan mal sabor que no hay quien hinque los dientes en ella! Respondióme: No ve señor que es fresca, y no ha tomado el adobo! Mi camarada dijo: no lo hace el adobo, sino que este gentilhombre se ha criado con rosquillas de alfajor, y huevos frescos, todo se le hace duro, y malo. Encogí los hombros, y callé pareciéndome que ya era otro mundo, y que á otra jornada no habia de entender la lengua; pero no me satisfice con esto, quedé como resabiado sin saber de que. Y entonces me vino á la memoria el juramento tan fuera de tiempo que hizo la noche antes afirmando que era ternera: Parecióme mal, y que por solo haberlo jurado mentia; porque la verdad no hay necesidad que se jure fuera del juicio, y de mucha necesidad: demas que toda satisfaccion, prevenida sin queja, es en todo tiempo sospechosa. No sé que me tuve, ó que me dió, que aunque real-

mente de cierto no concebí mal, tampoco presumí algun bien. Fué un toque de la imaginacion en que no reparé, ni hice caso. Pedí la cuenta, y mi compañero dijo que la dejase que él daria recaudo; hiceme á una parte, dejélo creyendo ser amistad, y que de tan poco escote no me lo queria repartir. Quedéle agradecidísimo entre mí sin cesar de cantarle alabanzas, que tan franco se mostró desde que me halló en aquel camino dándome graciosamente caballería, y de comer. Parecióme que todo habia de ser asi, hallando en toda parte quien me hiciera la costa, y llevara caballero. Alentéme, comencé de olvidar la teta como si acibar me pusieran en ella, y en todas las cosas que dejaba; y porque no se dijese por mí que de los ingratos estaba lleno el infierno: en tanto que él pagaba quise comedirme llevándole á beber los asnos; volvílos á sus pesebres para que en cuanto los aparejaba comiesen algunos bocados, y acabasen la cebada: ayudéle á todo estregándoles las frentes, y orejas. En tanto que me ocupaba en esto tenia mi capa puesta sobre un poyo, y como azogue al fuego, ó humo al viento se desapareció entre las manos, que nunca mas la ví, ni supe de ella. Sospeché si el huésped, ó mi compañero por burlarme la hubiesen escondido: ya pasaba de burlas, porque me juráron que no la tenian en su poder, ni sabian quien la tuviese: miré hácia la puer-

ta, estaba cerrada, que no la habian abierto: alli no habia mas que nosotros, y el solo huésped: parecióme, y fué imposible faltar, y que la habia puesto en otra parte donde no me acordaba; díme á buscar todo el meson, y andando del palacio á la cocina voy á parar á un trascorral donde estaba una gran mancha de sangre fresca, y luego allí junto extendido un pellejo de un muleto cada pie por su parte que aun estaban por cortar; tenia tendidas las orejas con toda la cabeza de la frente, luego á par de ella estaban los huesos de la cabeza, que solo faltaban la lengua, y sesos donde confirmé mi duda. Salgo en un punto á llamar á mi compañero, á quien cuando le enseñé los despojos de nuestro almuerzo, y cena, dije: ¡Paréceos ahora que no es todo alfajor, ni huevos frescos lo que los hombres comen en sus casas! Esto era la ternera que con tanta solemnidad me alabásteis, y el huésped regalador que prometísteis! ¿Qué os parece de la cena, y almuerzo que nos ha dado? ¿Y qué bien os ha tratado el que no vende gato por conejo, ni oveja por carnero; el de la cara sin vergüenza descubierta por todo el mundo; el que blasfemaba de la ventera, y de su mal trato? El se quedó tan corrido, y admirado de lo que vió, que enmudeció, y bajando la cabeza se fué para comenzar á caminar; tal se puso que en todo aquel dia, hasta que nos apartámos,

nunca palabra le oí mas de para despedirnos, y esa que habló entonces la hubiera de echar por los ijares, como sabréis adelante.

Aunque para mí fué la pena que cada uno podrá imaginar si semejante caso le aconteciera; con todo eso para estancar aquellos flujos de risa con que por momentos me atravesaba el alma, holgué de mi desventura, que por lo que le tocaba ya no me atormentara tanto. Con esto, y creer que fuese sueño pensar que no tuviese mi capa el huésped tomé alguna osadía. Tanto puede la razon que aumenta las fuerzas, y anima los pusilánimes. Comencé con veras á pedirla, y él con risitas á negarla: hízome descomponer hasta que le hube de amenazar con la justicia; pero no le toqué pieza, ni hablé palabra de lo que habia visto. Como él me vió muchacho desamparado, y un pobrete, ensoberbecióse contra mí, diciendo, que me azotaria, y otros oprobios dignos de hombres cobardes y semejantes: mas como con los agravios los corderos se enfurecen, de unas palabras en otras venimos á las mayores, y con mis flacas fuerzas, y pocos años arranqué de un poyo, y tiréle un medio ladrillo, que si con el golpe le alcanzara, y tras un pilar no se escondiera creo que me dejara vengado, mas él se me escapó, y entró corriendo en su aposento, de donde salió con una espada desnuda. Mirad quien son estos feroces que ya no trata de valerse de sus tan

fuertes brazos y robustos contra los débiles y tiernos mios : olvidósele el azotarme, y quiere ofenderme con fuerza de armas siendo un simple, y desarmado pollo. Vínose contra mí, que ya temiéndome de lo que fué, me previne de dos guijarros que arranqué del empedrado del suelo : él cuando me vió con ellos en las manos fuese deteniendo. Á la grita, y vocería del meson alborotado se convocó todo el barrio acudiendo los vecinos, y con ellos gran tropel de gente, justicias, y escribanos : eran dos alcaldes, llegáron juntos; queria cada uno advocar á sí la causa, y prevenirla : los escribanos por sus intereses decian á cada uno que era suya metiéndolos en mal. Sobre á cual pertenecia se comenzó de nuevo entre ellos otra guerilla no menos bien reñida, ni de menos alboroto, porque los unos á los otros desenterráron los abuelos diciendo quienes fuéron sus padres, no perdonando á sus mugeres proprias, y á las devociones que habian tenido : quizá que no mentian, ni ellos querian entenderse, ni nosotros nos entendíamos. Llegáronse algunos regidores, y gente honrada de la villa, pusiéronlos medio en paz, y asiéron de mí, que siempre quiebra la soga por lo mas delgado : el forastero, el pobre, el miserable, el sín abrigo, favor, ni reparo, de ese asen primero. Quisiéron saber que habia sido el alboroto, y por que, pusiéronme á una parte, tomáronme

la confesion de palabra, dije llanamente lo que pasaba; pero porque podian oirme algunos que estaban cerca me aparté con los alcaldes, y en secreto les dije lo del machuelo: Ellos quisiéron verificar primero la causa; mas pareciéndoles haber tiempo para todo, comenzáron las diligencias por la prision del mesonero, que bien descuidado estaba de poder ser por aquel delito, y creyendo solo era por la capa lo hacia todo risa como cosa de burla por la falta de informacion que habia, y de quien contestara con el arriero de haberme visto entrar allí con ella. Mas como vió que poco á poco salian á plaza los pedazos de adobo, pellejo, y zarandajas del machuelo, quedó helado tanto que tomándole la confesion, viendo presentes todos los despojos, confesando de plano quedó convencido, y confesó cuanto habia pasado sin que cosa negase, ni tuvo ánimo para ello; que es muy cierto en los hombres viles de vida infame y mal trato ser pusilánimes, de poco pecho, como antes dije, que sin darle tormento, ni amenazándole con él, declaró sin serle pedido hurtos y bellaquerías que hizo, asi en aquel meson, como siendo ganadero, salteando caminos, de donde vino á tener caudal con que ponerse en trato. Yo á todo estaba el oido atento si de entre la colada salia mi capa; pero con el odio que me cobró la dejó entre renglones. Hice mis diligencias para que pareciese,

ninguna fué de provecho. Acabadas de tomar las declaraciones del arriero, y mia por ser forasteros nos ratificáron en ellas. Y si por la pendencia me habian de llevar preso (como dicen, tras paciente aporreado) hubo diversos pareceres; holgáronse de ello los escribanos, y lo pretendiéron; mas uno de los alcaldes dijo haber yo tenido razon, y ninguna culpa. ¡Que qué me pedian pues iba en cuerpo, y me habian quitado la capa! Con esto me mandáron soltar llevando á la cárcel al mesonero. Nosotros acabámos de cargar, y seguir nuestro camino; pasámos por donde los Clérigos estaban esperando, cada uno tomó su caballería: contéles el suceso, quedáron admirados de ello condoliéndose de mi necesidad, mas como no la podian remediar encomendáronlo á Dios. Yo, y mi compañero con los alborotos, y breve partida, que casi salíamos huyendo, nos quedámos sin oir misa: yo la solia oir todos los dias por mi devocion, desde aquel se me puso en la cabeza que tan malos principios era imposible tener buenos fines, ni podia sucederme cosa buena, ni hacérseme bien. Y asi fué, como adelante lo verás, que cuando las cosas se principian, dejando á Dios, no se puede esperar menos.

CAPÍTULO VII.

Como creyendo ser ladron Guzman de Alfarache fué preso, y habiéndole conocido le soltáron. Promete uno de los Clérigos contar una historia para entretenimiento del camino.

ANTIGUAMENTE los Egipcios, como tan agoreros, entre otros muchos errores que tuviéron adoraban á la Fortuna creyendo que la hubiera: celebrábanla una fiesta, el primer dia del año, poniendo suntuosas mesas, haciéndole grandes banquetes, y opulentos convites en agradecimiento de lo pasado, y suplicándole por lo venidero. Tenian por muy cierto ser esta Diosa la que disponia en todas las cosas dando y quitando á su eleccion porque como suprema lo gobernaba todo. Hacian esto por faltarles el conocimiento de un solo Dios verdadero en quien adoramos, por cuya poderosa mano, y divina voluntad se rigen cielo, y tierra con todo lo en ella criado, invisible y visible. Parecíales cosa viva, ver cuando las desgracias comienzan á venir, como llegaban las unas, cuando las otras dejaban, sin dar hora de sosiego, hasta desmayar, y descomponer un hombre: y otras veces, que, como cobardes; aco-

metian de tropel muchas á un tiempo, para dar con la casa en el suelo, y por el contrario, no sube el aire á la cumbre de los altos montes tan ligero como ella los levanta por medios y modos no vistos, ni imaginados, nó dejándolos firmes en uno ni otro estado, de modo que el abatido desespere, ni el encumbrado confie. Si la lumbre de la Fe me faltara, como á ellos, por ventura creyendo su error, pudiera decir, cuando semejantes desgracias me vinieren: bien vengas mal, si solo vienes. Quejéme ayer de mañana de un poco de cansancio, y dos semipollos que comí, disfrazados en hábito de romeros, para ser desconocidos: vine despues á cenar el hediondo vientre de un machuelo; y lo peor, comer de la carne y seso que casi era comer de mis proprias carnes, por la parte que á todos toca la de su padre, y para fin de desdichas, hurtarme la capa: poco daño espanta, y mucho amansa. ¡Qué conjuracion se hizo contra mí! ¡cual estrella infelice me sacó de mi casa! Si despues que puse el pie fuera de ella, todo se me hizo mal, siendo las unas desgracias presagio de las venideras, y agüero triste de lo que despues me vino, que como tercianas dobles iban alzándose con algun reposo. La vida del hombre milicia es en la tierra: no hay cosa segura, ni estado que permanezca, perfecto gusto, ni contento verda-

dero, todo es fingido, y vano; ¿quiéreslo ver? pues oye:

Habiendo el Dios Júpiter criado todas las cosas de la tierra, y á los hombres para gozarlas, mandó, que el dios Contento residiese en el mundo, no creyendo, ni previniendo á la ingratitud que despues tuviéron, alzándose con el real, y el trueco, porque teniendo á este Dios consigo, no se acordaban de otro: á él hacian sacrificio, á él ofrecian las víctimas, á él celebraban con regocijo y cantos de alabanzas. Indignado de esto Júpiter, convocó todos los dioses, haciéndoles un largo parlamento: dióles cuenta de la mala correspondencia de los hombres, pues á solo el Contento adoraban, sin considerar los bienes recibidos de su pródiga mano, siendo hechura suya, y habiéndolo criado de no nada, que diesen su parecer, para remedio de semejante locura. Algunos, los mas benignos, movidos de clemencia, dijéron: Son flacos, de flaca materia, y es bien sobrellevarlos, que si fuera posible trocar nuestra suerte á la suya, y fuéramos sus iguales, sospecho que hiciéramos lo mismo: no se debe hacer caso de ello, y cuando mucho, dándoles una honesta correccion, tendrémos por muy cierto, que, será bastante remedio por lo presente. Momo quiso hablar, comenzando por algunas libertades, y mandáronle callar, que despues hablaria. Bien quisiera en aquella ocasion indignar á Júpiter,

por haberse ofrecido, como lo deseaba; mas obedeciendo por entonces, fué recapacitando una larga oracion que hacer á su propósito, cuando llegasen á su voto; pero entretanto no faltáron otros de condicion easi de su igual, que dijéron: Ya no es justo dejar sin castigo tan grave delito, que la ofensa es infinita, hecha contra Dioses infinitos, y asi debe ser infinita la pena: parécenos conviene destruirlos, acabando con ellos, no criando mas de nuevo, pues no es necesidad forzosa que los haya. Otros dijéron no convenir asi, mas que arrojándoles gran número de poderosos rayos, los abrasase todos, y criase otros buenos. Asi fué-ron dando sus pareceres diferentes, de mas ó menos rigor, conforme su calidad y complexion, hasta que llegando á dar Apolo el suyo; pedida licencia y captada la benevolencia, con voz grave y rostro sereno, dijo:

Supremo Júpiter, piadosísimo, la grave acusacion que haces á los hombres es tan justa, que no te se puede negar, ni contradecir cualquier venganza que contra ellos intentes, ni tampoco puedo, por lo que te debo, dejar de advertir desapasionadamente lo que siento: Si destruyes el mundo, en vano son las cosas que en él criaste; y es imperfeccion en tí deshacer lo que hiciste, para quererlo enmendar, ni pesarte de lo hecho, que te desacreditas á tí mismo, pues tu poder de criador se estrecha á

tan extraordinarios medios para contra tu criatura. Perderlos, y criar otros de nuevo, tampoco te conviene, porque les has de dar ó no libre albedrío: si se lo das, han de ser necesariamente tales cuales fuéron los pasados; y si se lo quitas, no serán hombres, y habrás criado en balde tanta máquina de cielo, tierra, estrellas, luna, sol, composicion de elementos, y mas cosas, que con tanta perfeccion hiciste: de modo, que te importa no se innove mas de en una sola cosa, con que se previene de remedio. Tú, señor, le diste al Dios Contento, que lo tuviesen consigo por el tiempo de tu voluntad, pues todo pende de ella: si se supiera conservar en gratitud y justicia, cosa fuera repugnante á la tuya no ampararlos, ampliándoles siempre los favores; mas pues lo han desmerecido, por inobediencia, restringiendo las penas, debes castigarlos, que no es bien tiranamente posean tantos dones, para ofenderte con ellos, antes les debes quitar este su dios, y en lugar suyo, enviarles al descontento su hermano, pues tanto se parecen: con que de aquí adelante reconocerán su miseria y tu misericordia, tus bienes y sus males, tu descanso, y su trabajo, su pena, y tu gloria, tu poder, y su flaqueza, y por tu voluntad repartirás el premio al que lo mereciere, con la benignidad que fuere tu gusto, no haciéndolo general á buenos y malos, gozando igualmente

todos una bienaventuranza: con esto me parece quedarán castigados y reconocidos. Haz ahora, ó Júpiter clementisimo, lo que mas á tu voluntad sea conveniente, del modo que te sirvas.

Con este breve razonamiento acabó su oracion. Quisiera Momo, con la emponzoñada saña, acriminar el delito, por la enemistad vieja que con los hombres tenia; y conocida su pasion, reprobáron su parecer, loando todos el de Apolo: se cometió la ejecucion de ello á Mercurio, que luego, desplegadas las alas, rompiendo por el aire, bajó á la tierra, donde halló á los hombres con su dios del Contento haciéndole fiestas y juegos, descuidados que pudieran en algun tiempo ser enagenados de su posesion. Mercurio se llegó donde estaba, y habiéndole dado de secreto la embajada de los otros dioses, aunque de mala gana, fuéle forzoso cumplirla. Los hombres alteráronse del caso, y viendo que los llevaban su Dios, quisiéron impedirlo, y procurando todos esforzarse á la defensa, asidos de él, trabajaban fuertemente con todo su poder. Viendo Júpiter el caso, el motin y alboroto, bajó al suelo, y como los hombres estaban asidos á la ropa, usando de ardid, sacóles el Contento de ella, dejándoles el Descontento metido en su lugar, y proprias vestiduras, del modo que el Contento antes estaba, llevándoselo de allí consigo al Cielo, con que los hombres quedáron

gustosos, y engañados, creyendo haber salido con su intento, teniendo su dios consigo, y no fué lo que imaginaron.

Aun este yerro vive desde aquellos pasados tiempos, llegando con el mismo engaño hasta el siglo presente. Creyéron los hombres haberles el Contento quedado, y que lo tienen consigo en el suelo, y no es asi, que solo es el ropage y figura que le parece, y el descontento está metido dentro. Ageno vives de la verdad, si creyeres otra cosa, ó la imaginas: ¡quiéreslo ver! advierte.

Considera del modo que quisieres las fiestas, los regocijos, banquetes, danzas, músicas, deleites, y alegrías, y todo aquello á que mas te mueve la inclinacion, en el mas levantado punto que te podrá pintar el deseo; si te preguntare, á donde vas? podrásme responder muy orgulloso, á tal fiesta de contento. Yo quiero que allá lo recibas, y te lo den; porque los jardines estan muy floridos, y el son de las plateadas aguas y manantiales de aljófares, y perlas te alegráron: merendaste sin que el sol te ofendiese, ni el aire te enojase: gozaste tus deseos, tuviste gran pasatiempo, fuiste bien recibido, y acariciado; pues ningun contento pudo ser tal, que no se aguase con alguna pesadumbre, y cuando haya faltado disgusto, no es posible que cuando á tu casa vuelvas, ó en tu cama te acuestes, no te halles cansado,

polvoroso, sudado, ahito, resfriado, enfadado, melancólico, doloroso, y por ventura descalabrado, ó muerto, que en los mayores placeres acontecen mayores desgracias, y suelen servísperas de lágrimas, no vísperas que pase noche de por medio, al pie de la obra, enmedio de aquesa idolatría las has de verter, que no se te harán mas largo. Vendrásme á confesar ahora que la ropa te engañó, y la máscara te cegó: donde creiste que el contento estaba, no fué mas del vestido, y el descuento en él. ¿Ves ya como en la tierra no hay contento, y que está el verdadero en el cielo? Pues hasta que allá lo tengas no le busques acá.

Cuando determiné mi partida, que de contento se me representó, que aun me lo daba el imaginarla. Veia con la imaginacion el abril y la hermosura de los campos, no considerando sus agostos, ó como si en ellos hubiera de habitar impasible: los anchos y llanos caminos, como si no los hubiera de andar, y cansarme en ellos: el comer y beber en ventas y posadas, como el que no sabia lo que son venteros, y si dieran la comida graciosa ó si lo que venden fuera mejor de lo que has oido.

La variedad y grandeza de las cosas, aves, animales, montes, bosques, poblados, como si hubieran de traérmelo á la mano, todo se me figuraba de contento, y en casa no lo hallé,

sino en la buena vida : todo lo fabriqué próspero en mi ayuda, que en cada parte donde llegara, estuviera mi madre que me regalara, la moza que me desnudara, y trajera la cena á la cama, y me arropara, y á la mañana me diera el almuerzo. ¿Quien creyera que el mundo era tan largo? Habia visto unas mapas, y parecióme que asi todo estaba junto, y atropellado, ¿Quien imaginara que habia de faltarme lo necesario? No pensé que habia tantos trabajos, y miserias : mas ¡ó como es el no pensé de casta de tontos, y propio de necios, excusa de bárbaros, y acogida de imprudentes! que el cuerdo, y sabio siempre debe pensar, prevenir, y cautelar : hice como muchacho simple, sin entendimiento, ni gobierno : justo castigo fué el mio, pues teniendo descanso, quise saber del bien, y mal. ¿Cuantas cosas iba considerando cuando salí del meson, sin capa, y burlado? quise comer de las ollas de Egipto, que el bien hasta que se pierde no se conoce. Todos íbamos pensativos; á mi buen Arriero acabósele la cosecha y risa con la burla del mesonero : antes tiraba piedras á mi tejado; ahora encoge las manos, las tiene quedas, viendo que es el suyo de vidrio. Menos mal; discrecion es considerar antes que digan lo que pueden oir, y antes que hagan el daño que les pueden hacer. No es bien arrojarse al peligro, que á una libertad hay otra; lenguas

para lenguas, y manos para manos: todas las cosas tienen su razon, y á todos conviene honrar, el que de todos quiere ser honrado. ¡No consideras en tí, que aun tu secreto será, ó puede ser para el otro público, y te podrá responder con obras, ó palabras lo que no querrás oir, ni padecer! No estribes en fuerzas, ni en poderío, que si en tu rostro no dijere tu afrenta, irála publicando á todo el mundo. No ganes enemigos, de los que con buen trato puedes hacer amigos, que ningun enemigo es bueno, por flaco que sea: de una centelluela se levanta gran fuego. ¡Que cosa tan honrosa, que digna de hombres cuerdos, hidalgos, y valerosos andar medio arrendados, y ajustados con la razon, para que no se les atrevan, y los pongan en ocasion! ¡No ves como lo anduvo un arriero? Ya iba callando, no se reia; llevaba baja la cara; que de vergüenza no la levantaba. Los buenos de los Clérigos iban rezando sus horas, yo considerando mis infortunios, y cuando todos, cada uno mas enfoscado en su negocio, llegáron dos cuadrilleros en seguimiento de un page, que á su señor habia hurtado gran cantidad de joyas y dinero; y por las señas que les diéron debia ser otro yo. Asi como me viéron, levantáron la voz, ah ladron, ah ladron; aquí os tenemos, no podréis iros, ni escaparos. Luego á puñadas me apeáron del hermano asno, y teniéndome asido, buscáron

la recua, creyendo hallar el hurto : quitáron las enjalmas, tentáron las albardas, no perdonáron espacio de un garbanzo sin mirarlo. Decian : Ea, ladron, decid la verdad, que ahorcaros hemos aquí, si luego no lo dais. No querian oirme, ni admitir disculpa, que á pesar del mundo, sin mas que su antojo, yo era el dañador. Dábanme golpes, empujones y torniscones, que me atormentaban, y mas por no dejarme hablar, ni pronunciar defensa; y aunque mucho me dolia, mucho me alegraba entre mí, porque daban al compañero mas al doble, y recio, como á encubridor, que decian era mio. ¿No consideras la perversa inclinacion de los hombres, que no sienten sus trabajos, cuando son mayores los de sus enemigos? Yo iba mal con él; que por su ocasion perdí mi capa, y cené burro : sufria con menos pesadumbre el daño propio, por lo que cambiaba en el ageno : dábanle sin piedad, pedíanle que descubriese donde lo llevaba guardado. El pobre hombre, que como yo, estaba inocente de tal cosa, no sabia que hacer : al principio creyó ser burla, mas cuando de la raya pasáron, al diablo daba el muerto, y á quien le lloraba : no se le hacia conversacion de gusto, ni quisiera conocerme. Ya tenian espulgada la ropa, mirada y revuelta, y el hurto no parecia, ni el rigor de su castigo cesaba, y como si fueran jurídicos jueces nos maltrataban crudamente con obras,

y palabras, quizá lo traian por instruccion. Ya cansados de aporrearnos, y nosotros de sufrirlo, nos maniatáron para llevarnos á Sevilla. Líbrete Dios de delito contra las tres Santas, Inquisicion, Hermandad, y Cruzada; y si culpa no tienes, líbrete de la Santa Hermandad, porque las otras santas, teniendo, como tienen, Jueces rectos, de verdad, ciencia y conciencia, son los ministros muy diferentes; y los santos cuadrilleros en general es gente nefanda, y desalmada, y muchos, por muy poco jurarán contra tí lo que no hiciste, ni ellos viéron, mas del dinero que por testificar falso lleváron, si ya no fué jarro de vino el que les diéron. Son en resolucion de casta de porquerones, corchetes, ó belleguines, y por el consiguiente ladrones pasantes, ó punto menos, y como dirémos adelante, los que roban á bola vista en la república. Y tú cuadrillero de bien, que me dices que hablo mal, que tú eres muy honrado, y usas bien tu oficio, yo te lo confieso, y digo que lo eres, como si te conociera. Pero díme, amigo, para entre nosotros, sin que no nos oiga nadie, ¿no sabes tú que digo verdades de tu compañero? Si tú lo sabes, y ello es asi, con él hablo, y no contigo. Ya estábamos despedidos de los Clérigos, que se iban á pie su camino, y nosotros el nuestro: ¿quereis oirme lo que allí sentí? pues fué sin duda verme volver á mi tierra de aquella ma-

nera, que los golpes recibidos, ni la muerte, si allí me la dieran, si á otra partè á caso nos llevaran, siendo extraña, lo tuviera en poco, supuesto que iba salvo, y la verdad habia de parecer, y no ser yo el que buscaban. Estábamos atraillados como galgos, afligidos de la manera que puedes considerar, si tal te aconteciera. No sé como uno de aquellos benditos me miró, que dijo al otro; ¡Ola, hao, qué te digo? creo que nos habemos engañado con la priesa. El otro respondió: ¿Como asi? Volvióle á decir: ¿No sabes que el que buscamos tiene menos el dedo pulgar de la mano izquierda, y este está sano? Leyéron la requisitoria, refiriéron las señas, y viéron, que casi se engañáron en todas; y sin duda que debian de traer gana de aporrear, y diéron en lo primero que halláron. Luego nos desatáron, y pidiendo perdon y licencia, se fuéron, y nos dejáron bien pagados de nuestro trabajo, quitándole al arriero unos pocos de cuartos para la vista del pleito y remojar la palabra en la primera venta: no hay mal tan malo de que no resulte algo bueno. Si no me hubieran hurtado la capa, yendo cubierto con ella, no echaran de ver si estaba sano de mis dedos pulgares, y cuando lo vinieran á mirar, no fuera en tiempo, y quisiera primero haber padecido mil tormentos. En todo eché buena suerte; gastado, robado, hambriento, y deshechas las quijadas á puñetes,

desencajado el pescuezo á pescozadas, y bañados en sangre los dientes á mojicones : mi compañero, si no peor, no menos; y perdonen amigos, que no son ellos : ved que gentil perdon, y á que tiempo. Los clérigos iban cerca, luego los alcanzámos; admiráronse en vernos : supiéron de mí la causa de nuestra libertad, que mi cor pañero estaba tal, que no se atrevió á hablar, por no escupir las muelas. Cada uno subió en su caballería : comenzámos á picar, y no con los talones, que los de la albarda no alcanzaban : á fe os prometo que tuvímos bien que contar del vendaje, y grangería de la feria. El mas mozo de los Clérigos dijo : Ahora bien para olvidar algo de lo pasado, y entretener el camino con algun alivio, en acabando las horas con mi compañero, les contaré una historia, mucha parte de ella que aconteció en Sevilla : todos le agradecímos la merced, y porque ya concluian su rezado, estuvímos esperando en silencio, y deseo.

CAPÍTULO VIII.

En que Guzman de Alfarache refiere la historia de los dos enamorados Ozmin y Daraja, segun se la contáron.

LUEGO como acabáron de rezar, que fué muy breve espacio, cerráron los Breviarios, y metidos en las alforjas, siendo de los demas con gran atencion oido, comenzó el buen sacerdote la historia prometida, en esta manera.

Estando los Reyes Católicos, D. Fernando, y Doña Isabel sobre el cerco de Baza, fué tan pelcado, que en mucho tiempo de él no se conoció ventaja en alguna de las partes, porque aunque la de los Reyes era favorecida con el grande número de gente, la de los moros, habiendo muchos, estaba fortalecida con la buena disposicion del sitio: La reina Doña Isabel asistia en Jaen, previniendo las cosas necesarias, y el Rey Don Fernando acudia personalmente á las del ejército. Teníalo dividido en dos partes; en la una plantada la artillería, y encomendada á los marqueses de Cadiz y Aguilar, á Luis Fernandez Portocarrero, señor de Palma, y los comendadores de Alcántara, Calatrava, con otros capitanes, y soldados:

en la otra estaba su alojamiento, con los mas caballeros, y gente de su ejército, teniendo la ciudad en medio cercada, y si por ella pudieran atravesar, habia como distancia de media legua del un real al otro, mas por serle impedido el paso, rodeaban otra media por la sierra, y asi distaban una legua: y porque con dificultad podian socorrerse, acordáron hacer ciertas cabas y castillos, que el rey por su persona muy á menudo visitaba; y aunque los moros procuraban impedir no se hiciesen, los cristianos lo apoyaban, defendiéndolo valerosamente, sobre que cada dia no pasó alguno, sin que dos, ó mas veces escaramuzasen, habiendo de todas partes muchos heridos, y muertos; pero porque la obra no cesase, siendo tan importante, siempre con los que en ella trabajaban, asistian de guarda, noche y dia, las compañías necesarias. Aconteció, que estando de guarda Don Rodrigo, y Don Hurtado de Mendoza, Adelantado de Cazorla, y Don Sancho de Castilla, les mandó el rey no la dejasen, hasta que los condes de Cabra y Ureña, y el Marques de Astorga entrasen con la suya para cierto efecto. Los moros que, como dije, siempre se desvelaban, procurando estorbar la obra, subiéron como hasta tres mil peones, y cuatrocientos caballos por lo alto de la sierra contra Don Rodrigo de Mendoza. El Adelantado, y Don Sancho comenzáron con ellos la pelea; y

estando trabada, socorriéron á los Moros otros muchos de la ciudad. El Rey Don Fernando que lo vió, hallándose presente, mandó al Conde de Tendilla que por otra parte los acometiese, en que se trabó una muy sangrienta batalla para todos. Viendo el Rey al Conde apretado y herido, mandó al Maestre de Santiago acometer por una parte, y al Marques de Cádiz, y Duque de Najera, y á los Comendadores de Calatrava, y á Francisco de Bobadilla, que con sus gentes acometiesen por donde estaba la artillería. Los Moros sacáron contra ellos otra tercera escuadra, y peleáron valentísimamente, asi ellos como los cristianos, y hallándose el Rey en esta refriega, visto por los del Real, se armáron á toda priesa, yendo todos en su ayuda. Tanto fué el número de los que acudiéron, que no pudiendo resistir los Moros, diéron á huir, y los cristianos en su alcance, haciendo gran estrago, hasta meterlos por los arrabales de la ciudad, á donde muchos soldados entráron, y saqueáron grandes riquezas, cautivando algunas cabezas, entre las cuales fué Daraja, doncella mora, única hija del alcaide de aquella fortaleza. Era la suya una de las mas perfectas y peregrinas hermosuras que en otra se habia visto: seria de edad hasta die[illegible] z y siete años no cumplidos; y siendo en el g[illegible] a- do que tengo referido, la tenia en m[illegible] cho mayor su discrecion, gravedad y gracia [illegible] Tan

diestramente hablaba castellano que con dificultad se le conociera no ser cristiana vieja; pues entre las mas ladinas, pudiera pasar por una de ellas. El Rey la estimó en mucho, pareciéndole de gran precio: luego la envió á la Reina su muger, que no la tuvo en menos, y recibiéndola alegremente, asi por su merecimiento, como por ser principal, descendiente de Reyes, hija de un caballero tan honrado, como por ver si pudiera ser parte que le entregara la ciudad, sin mas daños, ni peleas. Procuró hacerle todo buen tratamiento, regalándola de manera, y con ventajas, que á otras de las mas llegadas á su persona; y asi, no como cautiva, antes como á deuda la iba acariciando, con deseo, que muger semejante y donde tanta hermosura de cuerpo estaba, no tuviera el alma fea. Estas razones eran para no dejarla punto de su lado, demas del gusto que recibia de hablar con ella, porque le daba cuenta de toda la tierra por menor, como si fuera de mas edad, y varon muy prudente, por quien todo hubiera pasado; y aunque los Reyes viniéron despues á juntarse en Baza (rendida la ciudad con ciertas condiciones) nunca la reina quiso deshacerse de Daraja, por la gran aficion que la tenia, prometiendo al alcaide su padre hacerle por ella particulares mercedes. Mucho sintió su ausencia, mas dióle alivio entender el amor que los Reyes le tenian, de

donde les habia de resultar honra y bienes, y asi no replicó palabra en ello. Siempre la reina la tuvo consigo; y llevó á la ciudad de Sevilla, donde con el deseo que fuese cristiana, para disponerla poco á poco, sin violencia, con apacibles medios, le dijo un dia: Ya entenderás, Daraja, lo que deseo tus cosas y gusto: en parte de pago de ello te quiero pedir una cosa en mi servicio, que trueques esos vestidos á los que te daré de mi persona, para gozar de lo que en el hábito nuestro se aventaja tu hermosura. Daraja respondió: Haré con entera voluntad lo que tu Alteza me manda, porque habiéndote obedecido, si hay algo en mi de alguna consideracion, de hoy mas estimaré por bueno, y lo será sin duda, que me lo darán tus atavíos, y suplirán mis faltas. Todo lo tienes de cosecha, le replicó la Reina, y estimo ese servicio, y voluntad con que le ofreces. Daraja se vistió á la castellana, residiendo en palacio por algunos dias, hasta que de allí partiéron á poner cerco sobre Granada: que asi por los trabajos de la guerra, como para irla saboreando en las cosas de nuestra fe, le pareció á la Reina seria bien dejarla en casa de Don Luis de Padilla (caballero principal, muy gran privado suyo) donde se entretuviese con Doña Elvira de Guzman su hija doncella, á quienes encargáron el cuidado de su regalo; y aunque allí lo recibia, mucho sintió verse lejos de su

tierra, y otras causas que le daban mayor pena, mas no las descubrió, que con sereno rostro, y semblante alegre mostró que en ser aquel gusto de su Alteza, lo estimaba en merced, y recibia por suyo.

Esta doncella la tenian sus padres desposada con un caballero moro de Granada, cuyo nombre era Ozmin: sus calidades muy conformes á las de Daraja: mancebo rico, galan, discreto, y sobre todo, valiente y animoso. Tan diestro estaba en la lengua española, como si en el riñon de Castilla se criara, y hubiera nacido en ella: cosa digna de alabanza de mozos virtuosos, y gloria de padres, que en varias lenguas, y nobles ejercicios ocupan á sus hijos. Amaba á su esposa tiernamente, y de modo idolatraba en ella, que si se le permitiera, en altares pusiera sus estatuas. En ella ocupaba su memoria, por ella desvelaba sus sentidos, de ella era su voluntad, y su esposa reconocida, nada le quedaba en deuda. Era el amor igual, como las mas cosas en ellos, y sobre todo un honestísimo trato en que se conservaban; la dulzura de razones que se escribian, los amorosos recaudos que se enviaban no se pueden encarecer: habíanse visto y visitado, pero no tratado sus amores á boca. Los ojos, parleros muchas veces, nunca perdiéron ocasion de hablarse; porque los dos, de muchos años antes, y no muchos, pues ambos tenian

pocos, para bien hablar, desde su niñez se amaban, y las visitas eran á deseo. Enlazóse la verdadera amistad en los padres, y amor en los hijos con tan estrechos nudos, que, de conformidad, todos deseáron volverlo en parentesco, y con este casamiento tuvo efecto; pero en hora desgraciada, y rigor de planeta, que apenas acabó de concluirse, cuando Baza fué cercada. Con esta revuelta y alborotos lo dilatáron, aguardando juntarlos con mas comodidad, y alegria, para solemnizar con juegos y fiestas, lo que aquella pedia, y casamiento de tan calificada gente. Daraja, ya dije quien era su padre: su madre fué sobrina, hija de hermana de Boabdelin, Rey de aquella Ciudad, que habia tratado el casamiento; y Ozmin primo hermano de Mahomet, Rey que llamáron Chiquito de Granada. Pues como sucediese al reves de sus deseos, mostrándose á todos la fortuna contraria, estando Daraja en poder de Reyes, habiéndola dejado en Sevilla, luego que su esposo lo supo, las exclamaciones que hizo, lástimas que dijo, suspiros que daba, tristeza que mostró, á todos repartia, y ninguno salia con pequeña parte; mas como el daño fuese tan solo suyo, y la pérdida tan de su alma, tanto creció el dolor en ella, que brevemente le cupo parte al cuerpo, adolesciendo de una enfermedad tan dificultosa de curar, cuanto lejos de ser conocida, y los remedios distantes.

Crecian los efectos con indicios mortales, porque la causa crecia, sin ser á propósito las medicinas, y lo peor, que el mal no se entendia, siendo lo mas esencial de su reparo. Asi de su salud los afligidos padres ya tenian perdida la esperanza; los médicos la negaban, confirmándose con los accidentes: todos en esta pena, y el enfermo casi en la última, se le representó una imaginacion, de que le pareció sacar algun fruto; y aunque con riesgo, mas puesto en parangon del que tenia, no podia ser otro mayor; y con las ansias de la ejecucion, procurando alcanzar á ver á su querida esposa, cobró aliento y algun esfuerzo, resistiendo animosamente á las cosas que podian dañarle: despidió las tristezas, y melancolías: pensaba solamente como tener salud; con esto vino á cobrar mejoría, á desesperacion de todos los que le viéron llegar á tal punto. Dice bien, que el deseo vence al miedo, atropella inconvenientes, y allana dificultades, y la alegría en el enfermo es el mejor jarabe, y cordial pictima, y asi es bien procurársela: cuando alegre lo vieres, cuéntalo por sano. Luego comenzó á convalecer, y apenas podia tenerse sobre sí, cuando previniéndose para guia de un moro astuto, que á los Reyes de Granada sirvió mucho tiempo de espía; joyas y dineros para el viage; en un buen caballo morcillo; un arcabuz en el arzon de la silla; su espada y daga

ceñida, en trage Andaluz, saliéron de la ciudad una noche, atrochando por fuera de camino, como los que sabian la tierra. Pasáron á vista del Real, y habiéndole dejado bien atras, por sendas, y veredas iban á Loja; cuando cérca de la ciudad su avara suerte los encontró con un capitan de campaña, que andaba recogiendo la gente, que del ejército huia, desamparando la milicia; pues como asi los viese, los prendió. Fingió el moro tener pasaporte, buscándole, ya en el seno, ya en la faltriquera; y como no le hallase, y los viese descaminados, tomando mala sospecha, los prendió, para volverlos al Real. Ozmin, sin alterarse alguna cosa, con libres palabras, aprovechándose del nombre del caballero, en cuyo poder estaba su esposa, fingió ser hijo suyo, llamándose Don Rodrigo de Padilla, y haber venido á traer un recaudo á los Reyes de parte de su padre, y cosas de Daraja, y por haber adolescido se volvia. Otrosi le afirmó haber perdido el pasaporte, y el camino; y que para tornar á él, habian tomado aquella senda. Nada le aprovechaba, que todavía insistia, queriéndolos volver, y no lo entendian. Solo fué su pretension, que un caballero tal como representaba, le quebrara los ojos con algunos doblones, que no hay firma de General, que iguale al sello Real, y tanto mas, cuanto en mas noble metal estuviere estampado. Para los mal trapillos y

soldados de tornillo tienen dientes, y en ellos muestran su poder, ejecutando las órdenes, que no en quien no pueden sacar algun provecho, que eso buscan. Ozmin, sospechando en lo que tantos fieros habian de parar, volvió á decirle : No entienda, señor capitan, que me diera pena volver atras otra vez, ni diez, ni reiterar el camino lo estimara en algo, si salud, como ve, no me faltara; mas pues consta la necesidad que llevo, suplícole no reciba vejacion semejante, por el riesgo de mi vida. Y sacando del dedo una rica sortija, la puso en su mano, que fué como si echaran vinagre al fuego, que luego dijo : Señor, Vm. vaya en buen hora, que bien se deja entender de hombre tan principal, que no se va con la paga del Rey, ni desampara su campo, menos que con la ocasion que tiene : iréle acompañando hasta Loja, donde le daré recaudo para que con seguridad pueda pasar adelante. Asi lo hizo, quedando muy amigos, y habiendo reposado, se despidiéron, tomando cada uno por su via.

Con estas y otras desgracias llegáron á Sevilla, donde por la relacion que traia supo la calle y casa donde Daraja estaba. Dió algunas vueltas á diferentes horas, y en diversos dias, mas nunca la pudo ver, que como no iba fuera, ni á la iglesia, todo el tiempo se ocupaba en su labor, y recrearse con su amiga Doña Elvira. Viendo, pues, Ozmin la dificultad que

tenia su deseo, y la nota que daba, como en comun la dan en cualquier lugar los forasteros, deseando saber quienes y de donde son, que buscan, y de que viven, especialmente si pasean una calle, y miran con cuidado á las ventanas ó puertas, de allí nace la envidia, crece la murmuracion, sale de balde el odio, aunque no haya interesados.

Algo de esto se comenzaba, y fué forzoso, evitando el escándalo, cesar por algunos dias: el criado hacia el oficio como persona de poca cuenta; mas no descubriéndosele camino, solo se consolaba con que por las noches á deshora pasando por su calle, abrazaba las paredes, besando las puertas y umbrales de la casa. En esta desesperacion vivió algun tiempo, hasta que por suerte llegó el que deseaba, que como su criado tuviese cuidado de dar algunas vueltas entre dia, vió que Don Luis hacia reparar cierta pared, sacándola de cimientos: asió de la ocasion por el capote, aconsejando á su amo, que comprando un vestidillo vil, hiciese como entrar por peon de Albañilería. Parecióle bien: púsolo en ejecucion, dejó á su criado por guarda de su caballo y hacienda, en la posada, para valerse de ello cuando se le ofreciese, y asi se fué á la obra: pidió, si habia que trabajar para un forastero; dijéron que sí. Bien es de creer, que no se reparó de su parte en el concierto. Comenzó su oficio, procurando

aventajarse á todos; y aunque con los disgustos que tenia, no habia cobrado entera salud, sacaba como dicen, fuerzas de flaqueza, que el corazon manda las carnes. Era el primero que á la obra venia, siendo el postrero que la dejaba: cuando todos holgaban, buscaba en que ocuparse, tanto, que siendo reprendido de sus compañeros (que hasta en las desventuras tiene lugar la envidia) respondia, no poder estar ocioso. Don Luis, que notó su solicitud, parecióle servirse de él en ministerios de casa, en especial del jardin. Preguntóle, si de ello entendia? Dijo que un poco, mas que el deseo de acertarle á servir, haria que con brevedad supiese mucho. Contentóse de su conversacion y talle, porque de cualquier cosa le hallaba tan suficiente, como solícito.

El albañil acabó sus reparos, y Ozmin quedó por jardinero, que hasta este dia nunca le habia sido posible ver á Daraja. Quiso su buena fortuna le amaneciese el sol claro, sereno y favorable el cielo, y deshecho el nublado de sus desgracias; descubrió la nueva luz, con que vió el alegre puerto de sus naufragios; y la primera tarde que ejercitó el nuevo oficio, vió que su esposa se venia sola paseando por una espaciosa calle, toda de arrayanes, mosquetas, jazmines, y otras flores, cogiendo algunas de ellas con que adornaba el cabello: ya por el vestido la desconociera, si el original verdadero

no concertara con el vivo traslado, que en el alma tenia; y vió, que tanta hermosura no podia dejar de ser la suya. Turbóse en haber de hablarle; y tan vergonzoso, como empachado, al tiempo que pasaba, bajó la cabeza, labrando la tierra con un almocafre, que en la mano tenia. Volvió á mirar Daraja al nuevo jardinero, y por un lado del rostro (aquello que cómodamente pudo descubrir) se le representó á la imaginacion el lugar donde siempre la tenia, por la mucha semejanza de su esposo, de donde le vino una tan súbita tristeza, que dejándose caer en el suelo, arrimada al encañado del jardin, despidió un ansioso suspiro, acompañado de infinitas lágrimas; y puesta la mano en la rosada mejilla, estuvo trayendo á la memoria muchas, que si en cualquiera perseverara, pudiera ser verdugo de su vida. Despidiólas de sí, como pudo, con otro nuevo deseo de entretener el alma con la vista, engañándola con aquella parte que de Ozmin le representaba. Levantóse temblando todo el cuerpo, y el corazon alborotado, contemplando de nuevo en la imágen de su adoracion, que cuanto mas atentamente la miraba, mas vivamente las transformaba en sí. Parecíale sueño, y viéndose despierta, temia ser fantasma: conociendo ser hombre, deseaba fuera el que amaba. Quedó perpleja y dudosa, sin entender que fuese, porque la enfermedad le tenia flaco, y falto de

colores; mas en lo restante de facciones, compostura de su persona y sobresalto, lo aseguraban: el oficio, vestido y lugar la despedian y desengañaban. Pesábale del desengaño, porfiando en su deseo, sin poder abstenerse de cobrarle particular aficion, por la representacion que hacia; y con la duda de saber quien fuese, le dijo: Hermano, ¿de donde sois? Ozmin alzó la cabeza, viendo su regalada y dulce prenda, y anudada la lengua en la garganta, sin poder formar palabra, ni siendo poderoso á responderle con ella, lo hiciéron los ojos, regando la tierra con abundancia de agua, que salia de ellos, cual si de dos represas alzaran las compuertas; con que los dos queridos amantes quedáron conocidos. Daraja correspondió con la misma órden, vertiendo hilos de perlas por su rostro. Ya quisieran abrazarse, ó á lo menos decir algunas dulces palabras y regalados amores, cuando entró por el jardin Don Rodrigo, hijo mayor de Don Luis, que enamorado de Daraja, siempre seguia sus pasos, procurando gozar las ocasiones de estarla contemplando: ellos por no darle á entender alguna cosa, Ozmin volvió á su labor, y Daraja pasó adelante. Don Rodrigo cónoció de su semblante triste y ojos encendidos, novedad en su rostro; presumió si habia sido algun enojo; y preguntóselo á Ozmin, el cual aunque no se habia bien vuelto á recobrar del pasado sentimiento, mas

esforzándose por la necesidad que tenia de ello, le dijo: Señor, del modo que la viste, la ví cuando aquí llegó, sin que conmigo hablase palabra; y asi no me lo dijo, ni sé cual sea su pasion; especialmente, que siendo hoy el dia primero que en este lugar entré, ni á mí fuera lícito preguntarla, ni á su discrecion comunicármela. Con esto se fué de allí, con intencion de saberlo de Daraja, mas en cuanto en estas palabras se detuvo, ella se subió á largo paso por un caracol á su aposento, y cerró tras sí la puerta.

Algunas tardes y mañanas pasaban de estas los amantes, gozando en algunas ocasiones algunas flores, y honestos frutos del árbol de amor, con que daban alivio á sus congojas, entreteniendo los verdaderos gustos, deseando aquel tiempo venturoso, que sin zozobras, ni embarazos pudieran gozarse. No mucho, ni con seguridad tuviéron este gusto, porque de la continuacion extraordinaria y verlos estar juntos hablándose en algarabía, y ella excusarse para ello de la compañía de su amiga Doña Elvira, ya daba pesadumbre á todos los de casa, y á Don Rodrigo rabioso cuidado, que se abrasaba en zèlos, no de entender que el jardinero tratase cosa ilícita, ni amores; sí ver que fuese digno de entretenerse con tanta franqueza en su dulce conversacion, lo cual no hacia con otro alguno tan desenvueltamente.

La murmuracion, como hija natural del odio y de la envidia, siempre anda procurando como manchar y oscurecer las vidas, y virtudes agenas, y asi en la gente de condicion vil y baja, que es donde hace sus audiencias, es la salsa de mayor apetito, sin quien alguna vianda no tiene buen gusto, ni está sazonada : es el ave de mas ligero vuelo, que mas presto se abalanza, y mas daño hace. No faltó quien pasó la palabra de mano en mano, unos poniendo, y otros componiendo sobre tanta familiaridad, hasta llegar á lo llano la bola, y á los oidos de Don Luis el chisme, creyendo sacar de ello su acrecentamiento, con honrosa privanza. Esto es lo que el mundo practica, y trata grangear á las mayores á costa agena, con invenciones y mentiras, cuando en las verdades no hay paño de que puedan sacar lo que desean : oficio digno de aquellos á quien la propria virtud falta, y por sus obras, ni persona merecen. Dióles Don Luis oido atento á las bien compuestas y afeitadas palabras que le dijéron : era caballero prudente y sabio, no se las dejó estar paradas donde se las pusiéron: pasólas á la imaginacion, dejando lugar desocupado para que cupiesen las del reo : abrió el oido, no lo consintió cerrado, aunque algo se escandalizó: muchas cosas pensaba, todas lejos de la cierta, y la que mas le turbó, fué sospechar si su jardinero era moro, que con cautela hubiera ve-

nido á robar á Daraja : creyendo que asi seria, cegóse luego; y lo que mal se considera, muchas veces, y las mas no ha salido bien la ejecucion por la puerta, cuando el arrepentimiento se entra dentro en casa. Con este pensamiento se resolvió á prenderlo : él sin resistirse, no mostrándose triste, ni alterado, se consintió encerrar en una sala; y dejándole con este seguro, fuese donde Daraja estaba, que ya con el alboroto de los ministros y sirvientes lo sabia todo, y aun de dias antes lo habia barruntado. Mostróse á Don Luis muy agraviada, formando quejas, como en la bondad y limpieza de su vida se hubiese puesto duda, dando puerta, que con borron semejante cada uno pensase lo que quisiese, pues para cualquier mala sospecha habian abierto senda. Estas, y otras bien compuestas razones, con afecto de ánimo recitadas, hiciéron á Don Luis con facilidad arrepentirse de lo hecho. Quisiera, segun Daraja lo deshizo, nunca haber tratado de tal cosa, indignándose contra sí mismo, y contra los que le impusiéron en ello; mas por no mostrarse fácil, y que sin mucha consideracion se hubiese movido á cosa tan grave, disimulando su arrepentimiento, le dijo de esta manera : Bien creo y conozco, hija Daraja, la razon que tienes, y lo mal que, con término semejante, contra tí se ha procedido, sin haber primero examinado el ánimo de los testigos, que en tu

ofensa han depuesto : conozco tu valor, el de tus padres y mayores de quien desciendes ; conozco que los méritos de tu persona sola tienen alcanzado de los Reyes mis señores todo el amor, que uno solo verdadero hijo puede ganar de sus amorosos y tiernos padres, haciéndote pródigas y conocidas mercedes. Con esto debes conocer, que te pusiéron en mi casa, para que fueses en ella servida con todo cuidado y diligencia, en cuanto fuese tu voluntad, y que debo dar de tí la cuenta, conforme á la confianza que de mí se hizo ; por lo cual, y por lo que mi deseo de tu servicio merece, has de corresponder como quien eres, con el buen trato que á mi lealtad y á lo demas referido se le debe. No puedo, ni quiero pensar pueda en tí haber cosa que se desdiga, ni degenere ; mas ha engendrado un cuidado la familiaridad grande que con Ambrosio tienes (que este nombre se puso Ozmin cuando entró á servir de peon) acompañada de hablar en arábigo, para desear todos entender lo que sea, ó cual fué su principio, sin haberle antes tú, ni yo visto, ni conocido ; y esto satisfecho, á muchos quitarás la duda ; y á mí un impertinente y prolijo desasosiego. Súplicote, por quien eres, nos absuelvas esta duda, creyendo de mí que en lo que fuere posible seré siempre contigo en cuanto se te ofrezca.

Curiosamente estuvo atenta Daraja en lo que

Don Luis le decia, para poderle responder, aunque su buen entendimiento ya se habia prevenido de razones para el descargo, si algo se hubiera descubierto; mas en aquel breve término, dejando las pensadas, le fué necesario valerse de otras mas á propósito á lo que fué preguntada, con que fácilmente, dejándole satisfecho, descuidase, cautelando lo venidero, para gozarse con su esposo segun solia, y dijo asi: Señor y padre mio, asi te puedo llamar señor, por estar en tu poder, y padre por las obras que de tal me haces: mal correspondiera con lo que soy obligada, y á las continuas mercedes que recibo de sus Altezas por tus manos, y con tus intercesiones en mi favor acrecientas, si no depositara en el archivo de tu discrecion mis mayores secretos, amparándolos con tu sombra, y gobernándome con tu cordura, y si con la misma verdad no dejara colmado tu deseo, que aunque trae á la memoria cosas, que me es forzoso recitarte, ha de ser para mí gran pesadumbre y aun de no pequeño martirio, con él te quiero pagar, y dejarte deudor de mi sentimiento, y de lo que me mandas asegurado.

Ya, señor, habrás entendido quien soy, que te es notorio, y como mis desgracias ó buena suerte (que no puedo hasta encerrar el fruto, viendo el fin de tantos trabajos, condenar lo uno, ni loar lo otro) me trajéron á tu casa,

despues de haberse tratado de casarme con un caballero de los mejores de Granada, deudo muy cercano y descendiente de los reyes de ella. Este mi esposo, si tal puedo llamarle, se crió, siendo como de seis ó siete años, con otro niño cristiano cautivo, y de su misma edad, que para su servicio, y entretenimiento le compráron sus padres. Andaban siempre juntos, jugaban juntos, juntos comian y dormian de ordinario, por lo mucho que se amaban (ved si eran prendas de amistad las que he referido) asi le amaba mi esposo como si igual ó deudo suyo fuera: de él fiaba su persona, por ser muy valiente, era depósito de sus gustos, compañero de sus entretenimientos, erario de sus secretos, y en substancia otro él: ambos en todo tan conformes, que la ley sola los diferenciaba, que por la mucha discrecion de ambos, nunca de ella se tratáron, por no deshermanarse. Merecíalo bien el cautivo (dije mal, mejor dijera hermano, y tál debiera llamarle) por su trato fiel, compuestas costumbres é hidalgo proceder, que si no conociéramos haber nacido de humildes padres labradores, que con él fuéron cautivos en una pobre alquería, creyéramos por cierto descender de alguna noble sangre y generosa casa. Este, habiéndose tratado de mis bodas, era la estafeta de nuestros entretenimientos, que como tan fiel, en otra cosa no se ocupaba: traíame pa-

peles y regalos, volviendo los retornos debidos á semejantes portes; pues como Baza fuese entregada, y él estuviese allí, fué puesto en libertad con los demas cautivos que allí se halláron. Mal sabré decir si el gozo de cobrarla fué tanto como el dolor de perdernos: de él podrás fácilmente saberlo, con lo demas que quisieres entender, porque es Ambrosio el que en tu servicio tienes, que para refrigerio de mis desdichas Dios fué servido que á el viniese. Sin pensar le perdí, y acaso le he vuelto á hallar: con él repaso los cursos de mis desgracias, despues que en ellas me gradué: con él alivio las esperanzas de mi enemiga suerte, y entretengo la penosa vida, para engañar el cansancio del prolijo tiempo. Si este consuelo, por ser en mi favor, te ofende, haz tu voluntad, que será la mia en cuanto lo dispusieres. Don Luis quedó admirado, tanto de la extrañeza, como del caso lastimoso, segun el modo de proceder que en contarlo tuvo, sin pausa, turbacion, ó accidente, de donde pudiera presumirse que lo iba componiendo: demas, que lo acreditó vertiendo de sus ojos algunas eficaces lágrimas que pudieran ablandar las duras piedras, y labrar finos diamantes. Con esto fué suelto de la prision Ambrosio, sin preguntarle alguna cosa, por no hacer ofensa en ello á la informacion de Daraja, solo poniéndole los brazos al cuello,

con alegre rostro le dijo : Ahora conozco Ambrosio, que debes tener principio de alguna valerosa sangre, y si esta faltara, tú la dieras por tus virtudes y nobleza, que segun lo que de tí he sabido, en obligacion te estoy por ello, para hacerte de hoy mas el tratamiento que merezcas. Ozmin le dijo : En ello, señor, harás como quien eres, y el bien que recibiere, podré preciarme siempre que de tu largueza y casa me ha procedido. Con esto se le permitió que volviese al jardin con la misma familiaridad que primero, y mas franca licencia : las veces que querian se hablaban, sin que alguno de ello ya se escandalizase.

En este intermedio siempre tuviéron los Reyes cuidado de saber de la salud y estado de las cosas de Daraja, de que les era dado particular aviso; y se holgaban de saberlo, encomendándola mucho por sus cartas.

Pudo tanto este favor, que por el deseo de privanza y méritos de la doncella, asi Don Rodrigo como los mas principales caballeros de aquella ciudad deseaban fuese cristiana, pretendiéndola por muger : mas como Don Rodrigo la tuviese, como dicen, de las puertas adentro, era entre los demas opositores el de mejor accion al comun parecer. El caso era llano, y la sospecha verisímil, pues de su condicion, costumbres y trato ella tenia hecha experiencia, y

las ostentaciones de esta calidad no suelen ser de poco momento, ni el escalon mas bajo haber uno hecho alarde público de sus virtudes y nobleza, donde por ellas pretende ser conocido, y aventajado; mas como los amantes tuviesen las almas trocadas, y ninguno poseyese la suya, tan firmes estaban en amarse, cuanto agenos de ofenderse. Nunca Daraja dió lugar con descompostura, ni otra causa, á que alguno se le atreviese; aunque todos la adoraban cada uno buscaba los medios y echaba sus redes, cercando con rodeos, mas ninguno tenia fundamento.

Visto por Don Rodrigo cuan poco aprovechaban sus servicios, cuan en balde su trabajo, y el poco remedio que tenia, pues en tantos dias pasados de continua conversacion, estaba como el primero, vínole al pensamiento valerse de Ozmin, creyendo por su intercesion alcanzar algunos favores, y tomándole por el mas acertado medio, estando una mañana en el jardin, le dijo: Bien sabrás, Ambrosio hermano, las obligaciones que tienes á tu ley, a tu Rey, á tu natural, al pan que de mis padres comes, y al deseo que de tu aprovechamiento tenemos: entiendo que como cristiano de la calidad que tus obras publican, has de corresponder á quien eres: vengo á tí con una necesidad que se me ofrece, de donde pende todo el acrecentamiento de mi honra y el rescate de mi vida: que

está en tu mano, si tratando con Daraja, entre las mas razones la dispusieras con las buenas tuyas, á que dejara la secta falsa que sigue, y se volviera cristiana. Lo que de ello podrá resultar bien te es notorio; á ella salvacion, servicio á Dios, á los Reyes gusto, honra en tu patria, y á mí total remedio, porque pidiéndola por muger, vendré á casarme con ella y no será poco el útil que sacarás de este viage, que siéndote honroso, te será juntamente provechoso, y tanto cuanto puede ponderar tu buen entendimiento, porque siendo de Dios galardonado por el alma que ganas, yo de mi parte notificaré con muchas veras la vida que dieres con la buena obra y amistad que por intercesion tuya recibiere: no dejes de favorecerme, pues tanto puedes; y donde tantas obligaciones fuerzan juntas, no es justo serte importuno. Y cuando ya tuvo acabada de hacer su exhortacion, Ozmin le respondió lo siguiente:

La misma razon con que has querido ligarme, señor Don Rodrigo, te obligará á que creas cuanto deseo que Daraja siga mi ley, á que con muchas veras infinitas, y diversas veces la tengo persuadida: no es otro mi deseo sino el tuyo, y ási haré la diligencia en causa propia, como en cosa que soy tan interesado, pero amando tan de corazon a su esposo y mi señor, tratar de volverla cristiana, es doblarle la pa-

sion, sin otro fruto alguno, que aun en ella viven algunas esperanzas que podria mudar la fortuna, dándose trazas como conseguir su deseo. Esto es lo que he sabido de ella, y siempre me ha dicho, y lo en que la he visto firme; mas para cumplir con lo que me mandas, no obstante que no ha de ser de fruto, la volveré á hablar, y á tratar de ello, y te daré su respuesta. No mintió el moro palabra en cuanto dijo, si hubiera sido entendido, mas con el descuido de cosa tan remota, creyó D. Rodrigo no lo que quiso decir, sino lo que formalmente dijo: y asi, engañado, llevó alguna confianza, que quien de veras ama, se engaña con desengaños.

Ozmin quedó tan triste de ver al descubierto la instancia que en su daño se hacia, que casi salia de juicio con los zelos. De manera lo apretó, que de allí adelante no le pudo mas ver el rostro alegre, pareciéndole lo imposible posible. Luchaba consigo mismo, imaginando que el nuevo competidor, como poderoso en su tierra y casa, pudiera valerse de trazas y mañas con que impedirle su intento, siendo cual era tanta su solicitud: temíase no se la mudasen, que las muchas baterías aportillan los fuertes muros, y con secretas minas los postran y arruinan. Con este rezelo discurria por el pensamiento á trágicos fines y funestos acaecimientos que se le representaban; mucho los

temia y algo los creia, como perfecto amador. Viendo Daraja tantos dias tan triste á su querido esposo, deseaba con ansia saber la causa, mas ni él se la dijo, ni trató alguna cosa de lo que con Don Rodrigo habia pasado. Ella no sabia que hacer, ni como poderle alegrar, aunque con dulces palabras, dichas con regalada lengua, risueña boca y firme corazon, exageradas con los hermosos ojos, que las enternecian con el agua que de ellos á ellas bajaban, asi le dijo:

Señor de mi libertad, Dios que adoro y esposo que obedezco, ¿qué cosa puede ser de tanta fuerza, que estando viva y en vuestra presencia, en mi ofensa os atormente? ¿Podrá por ventura mi vida ser el principio de vuestra alegría? ¿ó como la tendréis, para que con ella salga mi alma del infierno de vuestra tristeza, en que está atormentada? Deshaga el alegre cielo de vuestro rostro las nieblas de mi corazon: si con vos algo puedo, si el amor que os tengo algo merece; si los trabajos en que estoy á piedad os mueven, si no quereis que en vuestro secreto quede sepultada mi vida, suplícoos me digais que os tiene triste? Aquí paró, que la ahogaba el llanto, haciendo en los dos un mismo efecto, pues no le pudo responder de otro modo que con ardientes y amorosas lágrimas, procurando cada uno con las propias enjugar las agenas; siendo todas unas, por estar

impedida la lengua. Ozmin con la opresion de los suspiros, temiendo si los diera ser sentido, tanto les resistió, volviéndolos al alma, que le dió un recio desmayo, como si quedara muerto. No sabia Daraja que hacerse, con que volverlo, ni como consolarle, ni pudo entender cual pudiera ser ocasion de tanta mudanza, en quien estaba siempre alegre. Ocupábase limpiándole el rostro, enjugándole los ojos, poniendo en ellos sus hermosas manos, despues de haber mojado un rico lienzo, que en ellas tenia, matizado de oro, y plata, con otras varias colores, entretejidas en ellas aljófares, y perlas de mucha estimacion. Tanto se transformaba en esta pena, tan ocupada con sus sentidos todos estaba en remediarla, que si se descuidara un poco, los hallara Don Rodrigo poco menos que abrazados; porque Daraja le tenia la cabeza reclinada en su rodilla, y él recostado en sus faldas, en cuanto en sí volvia, y habiendo ya cobrado mejoría, queriendo despedirse, entró por el jardin. Daraja con la turbacion se apartó como pudo, dejándose en el suelo el curioso lienzo, que brevemente fué por su dueño puesto en cobro; y viendo que Don Rodrigo se acercaba, ella se fué, y ellos quedáron solos. Preguntóle que habia negociado? Respondióle lo que siempre, tan firme la halló en el amor de su esposo, que no solo dejará de ser, como pretendes, cristiana, pero

que si lo fuera, por él dejara de serlo, volviéndose mora, que á tal extremo llega su locura, el amor de su ley, y el de su esposo. Habléle de tu negocio, y á tí porque lo intentas, y á mí porque lo dije, nos ha cobrado tal odio, que ha propuesto, si de ello mas la hablo, no verme; y de tí, en verte venir, se fué huyendo; asi que no te canses; ni en ello gastes tiempo, que será muy en vano. Entristecióse mucho Don Rodrigo de tan resuelta respuesta, dada con tal aspereza. Sospechó, que antes Ozmin era en su daño, que de provecho: parecióle que á lo menos, cuando Daraja le diera tan desabrida, él no debiera referirla con accion semejante, haciéndose casi dueño del negocio; y es imposible amor y consideracion: tanto uno se desbarata mas, cuanto mas ama. Representósele la muy estrecha amistad que se decia tener con su primer amo: parecióle que aun seria viva: y no de creer haberse resfriado las cenizas de aquel fuego. Con este pensamiento; reforzado de pasion, se determinó echarle de casa, diciéndole á su padre cuan dañoso era permitir donde Daraja estuviese, quien pudiera entretenerla con sus pasados amores, ni hablar de ellos en especial, siendo la intencion de sus Altezas volverla cristiana, y en cuanto Ambrosio allí estuviese, lo tenia por dificultoso. Hagamos, dijo, señor, el ensayo con apartarlos unos dias, en que veamos lo que resulta. No

pareció mal á Don Luis el consejo de su hijo, y luego, formando queja de lo que no las pudo haber (que al poderoso no hay pedirle causa, y suele el capitan con sus soldados hacer con dos ochos quince) le despidió de su casa, mandándole que aun por la puerta no pasase. Cogióle de sobresalto, que aun despedirse no pudo; y obedeciendo á su amo, fingiendo menor dolor del que sentia, sacó de allí el cuerpo, prenda que tuvo, porque el alma tenia dueño, en cuyo poder la dejó.

Viendo Daraja tan súbita mudanza, creyó que la tristeza pasada hubiera nacido de la sospecha de aquel nuevo suceso, y que ya lo sabia. Con esto, juntándose un mal á otro, pesar á pesar, y dolor á dolores, careciendo de ver á su esposo, aunque la pobre señora disimulaba cuanto podia, era eso lo que mas le dañaba. Llore, gima, suspire, grite, y hable el que se viere afligido, que cuando con ello no quite la carga de la pena, á lo menos la hace menor y mengua el colmo, Tan falta de contento andaba; tan sin gusto desabrida, cual se le conocia muy bien de su rostro, y talle. No quiso el enamorado moro mudar estado, que como antes andaba, tal se trató siempre, y en hábito de trabajador seguia su trabajada suerte: en él habia tenido la buena pasada, y esperaba otra con mejoría. Ocupábase ganando jornal en la parte que le hallaba, yendo de esta manera

probando ventura, por ver si entrando en unas y otras partes oyese, ó supiese algo que le importase, que no por otro interes, pues podia con larga mano gastar por muchos dias de los dineros y joyas, que sacó de su casa. Mas asi por lo dicho, como por haberse dado á conocer en aquel vestido, teniendo franca licencia, y andar mas desconocido, sin que sus designios le pudieran ser desbaratados, perseveró en él por entonces. Los caballeros mancebos que servian á Daraja, conociendo el favor que con ella Ozmin tenia, y que ya no servia en casa de Don Luis, cada uno le codició para sí, por sus fines, que presto en todos fuéron públicos. Adelantóse Don Alonso de Zuñiga, Mayorazgo en aquella ciudad, caballero mancebo, galan, y rico, fiado que la necesidad, y su dinero, por medio de Ambrosio le dieran ganado el juego: mandóle llamar, concertóse con él, hízole ventajas conocidas, dióle regaladas palabras, comenzáron una manera de amistad (si entre señor, y criado puede haberla, no obstante, que en cuanto hombres es compatible, pero su proprio nombre comunmente se llama privanza) con que pasados algunos lances, le vino á descubrir su deseo, prometiéndole grandes intereses, que todo fué volverle á manifestar las heridas, refrescando llagas; y si antes rezelaba de uno, ya eran dos, y en poco espacio supo de muchos, que el amo le descu-

brió, y los caminos por donde cada uno marchaba, y de quien se valia: díjole, que otros no queria, ni buscaba mas que su buena inteligencia, creyendo por cierto seria sola su intercesion bastante á efectuarlo.

No sabré decir, ni se podrá encarecer lo que sintió verse hacer segunda vez alçahuete de su esposa, y cuanto le convenia pasar por todo con discreta disimulacion. Respondióle con buenas palabras, temeroso no le sucediera lo que con Don Rodrigo; y si con todos hubiera de arrojarse, mucho le quedaba por andar, todo lo perdiera, y de nada tuviera conocimiento. (Paciencia, y sufrimiento quieren las cosas, para que pacíficamente se alcance el fin de ellas.) Fuéle entreteniendo, aunque se abrasaba vivo: batallaba con varios pensamientos, y como por varias partes le daban guerra, y le tiraban garrochas, no sabia donde acudir, ni tras quien correr; ni para sus penas hallaba consuelo que lo fuese: la liebre una, los galgos muchos y buenos corredores, favorecidos de alcones caseros, amigas, conocidas, banquetes, visitas, que suelen poner á las honras fuego, y en muchas casas, que se tienen por muy honradas, entran muchas señoras, que al parecer lo son, á dejarlo de ser, debajo de título de visita, por las dificultades que en las proprias tienen, y otras por engaño, que de todo hay, todo se platica; y para la gente prin-

cipal, y grave, no se descuidó el diablo de otras tales cobijaderas, y cobijas. Todo lo temia, y mas Don Rodrigo, á quien él y los otros competidores tenian gran odio, por su arrogancia falsa: cautelaba con ella, para que los otros desistiesen, desmayados en creer seria el orígen de ella los favores de Daraja. Hablábanle bien, queríanle mal; vertíanle almíbar por la boca, dejando en el corazon ponzoña; metíanlo en sus entrañas, deseando vérselas despedazadas, haciéndole rostro de risa, y era la que suele hacer el perro á las abispas, que tal es todo lo que hoy corre, y mas entre los mejores. Volvamos á decir de Daraja los tormentos que padecia, el cuidado con que andaba para saber de su esposo, donde se fué, que se hizo, si estaba con salud; en que pasaba; si amaba en otra parte; y esto le daba mas cuidado, porque aunque las madres tambien lo tienen de sus hijos ausentes, hay diferencia, que ellas temen la vida del hijo, y la muger al amor del marido, si hay otra que con caricias, y fingidos alhagos lo entretenga. ¡Que dias tan tristes aquellos ¡que noches tan prolijas! que tejer, y destejer pensamientos, como la tela de Penélope, con el casto deseo de su amado Ulises. Mucho diré callando en este paso, que para pintar tristeza semejante, fuera poco el ardid que usó un pintor famoso en la muerte de una doncella, que despues de pintada muerta en su

lugar, puso á la redonda sus padres, hermanos, deudos, amigos, conocidos, y criados de la casa en la parte, y con el sentimiento que cada uno en su grado podia tocarle; mas cuando llegó á los padres, dejólos por acabar las caras, dando licencia que pintase cada uno en semejante dolor segun lo sintiese; porque no hay palabras, ni pincel que llege á manifestar amor, ni dolor de padres, sino solas algunas obras, que de los gentiles hayamos leido: asi lo habré de hacer. El pincel de mi ruda lengua será brochon grosero, y ha de formar borrones, cordura será dejar á discrecion del oyente, y del que la historia supiere, como suelen sentirse pasiones cual esta: cada uno lo considere, juzgando el corazon ageno por el suyo. Andaba tan triste, que las muestras exteriores manifestaban las interiores. Viéndola Don Luis en tal extremo de melancolía, y Don Rodrigo su hijo, ambos, por alegrarla, ordenáron una fiesta de toros, y juego de cañas, y por ser la ciudad tan acomodada para ello, brevemente tuvo efecto. Juntáronse las cuadrillas, de sedas y colores diferentes cada una, mostrando los cuadrilleros en ellas sus pasiones, cual desesperando, cual con esperanza, cual cautivo, cual amartelado, cual alegre, cual triste, cual zeloso, cual enamorado; pero la paga de Daraja igual á todos.

Luego que Ozmin supo la ordenada fiesta,

y ser su amo en ella cuadrillero, parecióle ser esta la mejor ocasion, y no perder tiempo de ver á su esposa, dando muestra de su valor, señalándose aquel dia; el cual como fuese llegado al tiempo, que se corrian los toros, entró en su caballo, ambos bien aderezados: llevaba con un tafetan azul cubierto el rostro, y el caballo tapados los ojos con una venda negra: fingió ser forastero: iba su criado delante con una gruesa lanza: dió á toda la plaza vuelta, viendo muchas cosas de admiracion que en ella estaban. Entre todo ello asi resplandecia la hermosura de Daraja, como el dia contra la noche, y en su presencia todo era tinieblas. Púsose frontero de su ventana, donde luego que llegó, vió alterada la plaza, huyendo la turba de un famoso toro que á este punto soltáron. Era de Tarifa, grande, madrigado, y como un Leon de bravo. Asi como salió, dando dos ó tres ligeros brincos, se puso en medio de la plaza, haciéndose dueño de ella, con que á todos puso miedo: encarábase á una y otra parte, de dondé le tiráron algunas varas, y sacudiéndolas de sí, se daba tal maña, que no consentia le tirasen otras desde el suelo, porque hizo algunos lances, y y ninguno perdido. Ya no se le atrevian á poner delante, ni habia quien á pie lo esperase, aun de muy lejos: dejáronle solo, que otros mas del enamorado Ozmin, y su criado no pa-

recian allí cerca. El toro volvió al caballero como un viento, y fuéle necesario sin pereza tomar su lanza, porque el toro no la tuvo en entrarle, y levantando el brazo derecho, que con el lienzo de Daraja traia por el molledo atado con graciosa destreza, y galan aire lo atravesó por medio del gatillo todo el cuerpo, clavándole en el suelo la uña del pie izquierdo, y cual si fuera de piedra, sin mas menearse, le dejó allí muerto, quedándole en la mano un trozo de lanza, que arrojó por el suelo, y se salió de la plaza. Mucho se alegró Daraja en verle, que cuando entró le conoció por el criado, el cual tambien lo habia sido suyo, y despues en el lienzo del brazo. Todos quedáron con general murmullo de admiracion y alabanza, encareciendo el venturoso lance y fuerzas del embozado. No se trataba otra cosa que ponderar el caso, hablándose los unos á los otros: todos lo viéron, y todos lo contaban; á todos pareció sueño, y todos volvian á referirlo, aquel dando palmadas, el otro dando voces; este hablaba de mano, aquel se admira; el otro se santigua, este alza el brazo y dedo, llena la boca y ojos de alegría; el otro tuerce el cuerpo y se levanta; unos arqueando las cejas, otros reventando de contento, hacen graciosos matachines, que todo para Daraja eran grados de gloria. Ozmin se recogió fuera de la ciudad entre unas huertas de donde habia sali-

do, y dejando el caballo, trocado el vestido, con su espada ceñida, volviendo á ser Ambrosio, se vino á la plaza. Púsose en parte donde veia lo que deseaba, y era visto de quien le queria mas que á su vida. Holgaban en contemplarse, aunque Daraja estaba temerosa, viéndole á pie, no le sucediese desgracia. Hízole señas, que se subiese á un tablado: disimuló, que no lo entendia, y estúvose quedo en tanto que los toros se corriéron.

Veis aquí al caer de la tarde cuando entran los del juego de cañas, en la forma siguiente:

Lo primero de todo trompetas ministriles y atabales con libreas de colores, á quien seguian ocho acémilas cargadas con haces de cañas. Eran de ocho cuadrilleros que jugaban, cada una su repostero de terciopelo encima, bordadas en él con oro y seda, las armas de su dueño. Llevaban sobrecargas de oro y seda, con los garrotes de plata.

Entráron tras esto doscientos y cuarenta caballos de cuarenta caballeros, de cada uno cinco, sin el que servia de entrada, que eran seis; pero estos que entráron delante del diestro, venian en dos hileras de los dos puestos contrarios. Los primeros dos caballos, que iban pareados, á cada cinco por banda, llevaban en los arzones á la parte de afuera, colgando las adargas de sus dueños, pintadas en ellas enigmas, motes, puestas bandas y borlas, cada una

como quiso. Los mas caballos llevaban solamente sus pretales de cascabeles, y todos con jaeces tan ricos y curiosos, con tan soberbios bozales de oro y plata, llenos de riquísima pedrería, cuanto se puede exagerar: baste por encarecimiento ser en Sevilla, donde de no hay poco, ni saben de él, y que los caballeros eran amantes, competidores, ricos, mozos, y la dama presente. Esto entró por una puerta de la plaza, y habiendo dado vuelta por toda en torno, salian por otra que estaba junto á la por donde entráron, de manera, que no se impedian los de la entrada con los de la salida, y asi pasáron todos.

Habiendo salido los caballos, entráron los caballeros corriendo de dos en dos las ocho cuadrillas: las libreas como he dicho, sus lanzas en las manos, que vibradas en ellas, parecian juntar los cuentos á los hierros, y cada hasta cuatro, animando con alaridos á los caballos, que heridos del agudo acicate, volaban, pareciendo los dueños y ellos un solo cuerpo, segun en las ginetas iban ajustados. No es encarecimiento, pues en toda la mayor parte de Andalucía, como Sevilla, Córdoba, Jerez de la Frontera sacan los niños, como dicen, de las cunas á los caballos, á la manera que se acostumbra en otras partes á dárselos de caña; y es cosa de admiracion ver en tan tiernas edades tan duros aceros, y tanta destreza; porque ha-

cerles mal tienen por su ordinario ejercicio. Diéron á la plaza vuelta, corriendo por las cuatro partes de ella, y volviendo á salir, hiciéron otra entrada como antes, pero los caballos mudados, y embrazadas las adargas, y cañas en las manos.

Partiéronse los puestos, y seis á seis, á la costumbre de la tierra, se trabó un bien concertado juego, que habiendo pasado en él como cuarto de hora, entráron de por medio algunos otros caballeros á esparcirlos, comenzando con otros caballos una ordenada escaramuza los del uno y otro puesto, tan puntual, que parecia danza muy concertada, de que todos en mirarla estaban suspensos y contentos: esta desbarató un furioso toro que soltáron de postre. Los de á caballo, con garrochones que tomáron, comenzáron á cercarle á la redonda, mas el toro estábase quedo, sin saber á cual acometer: miraba con los ojos á todos, escarbando la tierra con las manos; y estando en esto esperando su suerte cada uno, salió de traves un mal trapillo haciéndole cocos: pocos fuéron menester, para que el toro como un rabioso, dejando los de á caballo, viniera para él; volvióse huyendo, y el toro le siguió hasta ponerse debajo de la ventana de Daraja, donde Ozmin estaba, que pareciéndole haberse acogido el mozuelo á lugar privilegiado, y haciendo caso de injuria de su dama y suya, si allí reci-

biera mal tratamiento, tanto por esto, como abrasado de los que allí habian querido señalar sus gracias, por medio de la gente salió contra el toro, que dejando al que seguia, se fué para él. Bien creyéron todos debia de ser loco, quien con aquel ánimo acometia para semejante bestia fiera, y esperaban sacarle de entre sus cuernos hecho pedazos : todos le gritaban, dando grandes voces, que se guardase. Su esposa, ya se puede considerar cual estaria, no sé que diga, salvo que como muger, sin alma propia ya el cuerpo no sentia de tanto sentir. El toro bajó la cabeza para darle el golpe, mas fué humillarse al sacrificio, pues no volvió á levantarla, que sacando el moro el cuerpo á un lado, y con extraña ligereza la espada de la cinta todo á un tiempo, le dió tal cuchillada en el pescuezo, que partiéndole los huesos del celebro, se la dejó colgando del gaznate y papadas, y allí quedó muerto. Luego como si nada hubiera hecho, envainando su espada, se salió de la plaza; mas el populacho novelero, tanto algunos de á caballo, como gente de á pie, le comenzáron á cercar, por conocerle : poníansele delante, admirados de verle, y tantos cargáron que casi le ahogaban. En ventanas y tablados comenzáron otro nuevo murmullo de admiracion, cual el primero, y en todos tan general alegría, y por haber sucedido cuando se acababan las fiestas, que otra cosa no se

hablaba sino los dos maravillosos casos de aquella tarde, dudando cual fuese mayor, agradeciendo el buen postre que se les habia dado, dejándoles el paladar y boca sabrosa para contar hazañas tales por inmortales tiempos.

Tuvo Daraja este dia, como habeis visto, salteados los placeres, aguada la alegría, los bienes falsos, y los gustos desabridos: apenas llegaba el contento de ver lo que deseaba, cuando al momento la ejecutaba el temor del peligro: tambien la martirizaba el acordarse de no saber con cual ocasion otra vez le veria, ni como apacentaria su corazon, satisfaciendo la hambre de los ojos en los manjares de su deseo; y como el placer no llega á donde deja el pesar, no se le pudo conocer en el rostro si las fiestas le hubiesen sido de entretenimiento, aunque le trataron de ellas. Esto, y quedar los galanes algo mas picados que antes, encendidos en la mucha hermosura de Daraja, deseosos como mas agradarla, y ocasion con que volver á verla, con aquel orgullo y sangre caliente, ordenáron una justa, haciendo mantenedor á Don Rodrigo. El cartel se publicó una de aquellas noches, con grande aparato de músicas y hachas encendidas, que las calles, y plazas parecian arderse con el fuego: fijáronlo en la parte que á todos fuera notorio, pudiendo ser leido. Habia una tela puesta junto á la puerta que llaman

de Córdoba, pegada con la muralla (que la vi en mis tiempos, y la conocí, aunque maltratada) donde se iban á ensayar y corrian lanzas los caballeros. Allí Don Alonso de Zuñiga, como novel, tambien se ejercitaba deseoso de señalarse por la grande aficion que á Daraja tenia.

Temíase perder en la justa, y asi lo decia en la conversacion públicamente, no porque el ánimo ni fuerzas le faltasen; mas como la práctica en las cosas hace á los hombres maestros de ellas, y con la teórica sola se yerran los mas confiados, él no quisiera errar, hallábase atajado y cuidadoso.

Por otra parte Ozmin deseaba tener de los enemigos los menos, y ya que él no podia justar, ni le fuera posible, quisiera entrara en la tela quien á Don Rodrigo derribara la soberbia, por ser de quien mas se rezelaba. Con este ánimo, y no de hacer á su amo servicio, le dijo: Señor, si me das licencia para decir lo que quiero, diré lo que por ventura te podrá ser de algun provecho en ocasion honrosa: D. Alonso muy remoto y descuidado que le pudiera tratar de tales ejercicios, creyendo antes fuesen cosas de sus amores, le dijo: Ya tardas, que crecen el pensamiento y deseo hasta saberlo. He visto, le dijo, señor, que á la fiesta divulgada de esta justa es forzoso que salgas; y no me maravillo, que donde el pre-

mio de glorioso nombre se atraviesa, los hombres anden temerosos, con codicia de ganarle. Yo tu criado te serviré, adiestrándote en lo que saber quieres de ejercicios de caballería, y en breve tiempo, de manera que sean de fruto mis lecciones : no te admire, ni escandalice mi poca edad, que por ser cosas en que me crié, tengo de ellas alguna noticia. Holgóse Don Alonso en oirlo, y agradeciéndoselo, dijo : Si lo que ofreces cumples, á mucho me obligas. Ozmin le respondió : Quien promete lo que no piensa cumplir, lejos está de ello; entretiene y busca achaques; mas el que está como yo, donde no los puede haber, si no es loco, queda forzado á cumplir con obras mas de lo que prometen sus palabras. Manda, señor, apercibir las armas de tu persona y mia, que presto conocerás cuanto mas he tardado en ofrecerlo, que me podré ocupar en salir de esta deuda libre, y no de la obligacion de servirte. Mandó luego D. Alonso aprestar lo necesario, y prevenido, se saliéron á lugar apartado, á donde aquel dia y los mas siguientes hasta el determinado de la justa, se ocupáron en ejercicios de ella, de modo, que brevemente Don Alonso estuvo en la silla tan firme y cierto en el ristre, sacando la lanza con tan buen aire, y llevando en ella tanta gracia, que parecia lo habia ejercitado muchos años : á todo lo cual era de

gran importancia, y asi le ayudaban su gentileza de cuerpo y buenas fuerzas.

De la destreza de subir á caballo en ambas sillas, del proceder en las lecciones, del talle, compostura, término, costumbres y habla de Ozmin, le nació á Don Alonso un pensamiento, ser imposible llamarse Ambrosio, ni ser trabajador, sino trabajado, segun mostraba. Descubria por sus obras un resplandor de persona principal y noble, que por algun vario suceso anduviese de aquella manera, y no pudiendo reportarse, sin salir de este cuidado, apartándole á solas, en secreto le dijo: Ambrosio, poco habrá que me sirves y á mucho me tienes obligado: tan claro muestran quien eres tus virtudes y trato, que no lo puedes encubrir: con el velo del vil vestido que vistes y debajo de aquesa ropa, oficio y nombre hay otro encubrimiento. Claro entiendo por las evidencias que tuyas he tenido, que me tienes, ó por mejor decir, que me has tenido engañado; pues á un pobre trabajador que representas, es dificultoso y no de creer, sea tan general en todo, y mas en los actos de caballería, y siendo tan mozo. He visto en tí, y entiendo, que debajo de aquesos terrones y conchas feas está el oro finísimo y perlas orientales. Ya te es notorio quien soy, y á mí oscuro quien tú seas, aunque como digo, se conocen las causas de los efectos, y no te me puedes encubrir. Yo

prometo por la fe de Jesucristo, que creo, y órden de caballería que mantengo, de serte amigo fiel y secreto, guardando el que depositares en mí, ayudándote con cuanto de mi hacienda y persona pudiere : dame cuenta de tu fortuna, para que pueda en algo cancelar parte de las buenas obras de tí recibidas. Y Ozmin le respondió : tan fuertemente, señor, me has conjurado, asi me has apretado los usillos, que es forzoso sacar de mi alma lo que otra opresion, que los tornos de tu hidalgo proceder fuera imposible; y cumpliendo lo que me mandas, en confianza de quien eres y tienes prometido, sabrás de mí que soy caballero, natural de Zaragoza, en Aragon; es mi nombre Jaime Vives, hijo del mismo. Podrá haber pocos años que siguiendo una ocasion fuí cautivo, y en poder de moros, por una cautelosa alevosía de unos fingidos amigos : si lo causó su envidia, ó mi desdicha, es cuento largo; sabréte decir, que estando en su poder me vendiéron á un renegado, y para el tratamiento que me hizo el nombre basta. Metióme la tierra adentro hasta llevarme á Granada, donde me compró un caballero Zegri de los principales de ella. Tenia un hijo de mi edad, que se llamaba Ozmin, retrato mio asi en edad como en el talle, rostro, condicion y suerte, que por parecerle tanto, le puso mas codicia de comprarme y hacer buen tratamiento; causando

entre nosotros mayor amistad. Enséñele lo que pude y supe, segun aprendí de los mios en mi tierra, y con la mucha frecuentacion que en ella tenemos en semejantes ejercicios, de que no saqué poco fruto; porque tratando con el hijo de mi amo de ellos, aumenté lo que sabia, que de otra manera pudiera ser lo olvidara; y porque los hombres enseñando aprenden, de aquí vino á resultar afinarse en hijo, y padre la aficion que me tenian, fiando de mí sus personas y hacienda. Este mozo estaba tratado de casarse con Daraja, hija del Alcaide de Baza, mi señora, que tú tanto adoras; llegó á punto de tener efecto, por haberlo tenido las capitulaciones, si el cerco y guerras no lo impidieran: fuéles forzoso dilatarla: Baza se rindió, y quedáron suspensas estas bodas. Como yo era el que privaba iba y venia con presentes y regalos de una ciudad á otra: acerté á estar en Baza, por mi buena dicha, cuando vino á entregarse, y asi cobré mi libertad con los demas cautivos de ella. Quise volvermo á mi tierra; faltóme dinero; tuve noticia que estaba en esta ciudad un deudo mio: juntáronse dos cosas, el deseo de verla, por ser tan ilustre, y socorrer á mi persona. Estuve aqui mucho tiempo, sin hallar á quien buscaba; porque las nuevas de ello fuéron inciertas, y salió cierta mi perdicion, hallando le que no busqué, como acontece de ordinario. Íbame

por la ciudad vagueando, con poco dinero y mucho cuidado: vi una peregrina hermosura para mis ojos, cuando para los otros no lo sea, porque solo es hermoso lo que agrada. Entregüéle mis potencias; quedé sin alma; no supe mas de mi, ni cosa poseo que suya no sea: esta es Doña Elvira, hermana de D. Rodrigo, hija de Don Luis de Padilla mi señor; y como suelen decir, que de la necesidad nace el consejo, viéndome tan perdido en sus amores, y sin remedio de como podérselos manifestar con las calidades de mi persona, tomé por acuerdo acertado escribir mi libertad á mi padre, y que estaba en mil doblas empeñado, que me socorriera con ellas. Sucedió bien, que habiéndomelas enviado y un criado con un caballo en que me fuese, me valí de todo. Los primeros dias comencé á pasearle la calle, dando vueltas á todas horas, pero no la podia ver.

De la continuacion de mi paseo nació en alguna gente cierta nota, y me traian sobre ojos, de manera, que para desmentir las espías, me convino el recato. Mi criado á quien dí parte de mis amores, considerando algunas cosas, me dió por consejo, como mas en dias; viendo que en casa de mi señor andaba cierta obra, que comprando este vestido de trabajador y mudando el nombre, porque no se supiera quien fuese, me pusiese por peon de albañilería. Púseme á pensar que pudiera de ello sucederme,

mas como para el amor y muerte no hay cosa fuerte, todo lo vencí, todo se me hizo fácil, determinéme, y acerté. Acontecióme un caso no pensado, y fué, que acabada la obra, me recibiéron por jardinero en la misma casa. Fué tal entonces mi buena dicha, creció tanto mi luna, y el colmo de mi ventura, que el dia primero que asenté la plaza, y metí el pie dentro del jardin, fué hallarme con Daraja: se admiró de verme, no menos yo de verla: dímos finiquito de nuestras vidas, refiriendo nuestras desgracias, contando las suyas y yo las mias, y como los amores de su amiga me tenian de aquel modo. Supliquéle, que pues tenia tan clara noticia de mis padres y mia, y de la sangre de nuestro linage, me favoreciese con ella, de modo, que por su mano y buena intercesion, viniese con el santo matrimonio á gozar el fruto de mis esperanzas. Asi me lo prometió, y lo que pudo cumplió; mas como sea tan avara mi fortuna, cuando mas nuestros tiernos amores iban cobrando alguna fuerza, quebráronse los pimpollos; la flor se secó de un áspero solano, royó un gusano la raiz, con que todo se acabó. Salí desterrado de su casa, sin decirme la causa, cayéndome de la mas alta cumbre de bienes á la mas ínfima miseria de males. El que de la lanzada mató el toro; el que de una cuchillada rindió

el otro, yo soy, que en su servicio lo hice, bien me vió y conoció, y no poco se regocijó, que en el rostro se lo conocí; sus ojos me lo dijéron; si en esta ocasion fuera posible, tambien me procurara señalar, por el gusto de mi dama, que eternizará mis obras dando á conocer quien soy y lo que valgo. De no poder ejecutar este deseo reviento de tristeza: si pudiera comprarlo, diera en su cambio la sangre de mis venas. Ves aquí, señor, te he dicho todo el proceso de mi historia y remate de desgracias.

Don Alonso, acabándole de oir, le echó los brazos encima, apretándole estrechamente: Ozmin porfiaba en tomarle las manos para besárselas, mas no se lo consintió, diciendo: Estas manos, y brazos en tu servicio se han de ocupar, para merecer ganar las tuyas: no es tiempo de cumplimientos, ni que se altere de como hasta aquí, en tanto que tu voluntad ordene otra cosa, y no te ponga cuidado la justa, que en ella entrarás, no lo dudes. Otra vez quisiera Ozmin volver á tomarle las manos, bajando la rodilla en el suelo: Don Alonso hizo lo mismo, haciéndose muchas ofertas, con la fuerza de nueva amistad. Asi pasáron largas conversaciones aquellos dias, hasta que llegó el de la justa en que habian de señalarse. Ya dije de Don Rodrigo, como por su arrogancia era secretamente mal quisto. Parecióle á Don

Alonso haber hallado lo que deseaba; porque justando Jaime Vives, estaba muy cierto el descomponerle, humillándole la soberbia. Ozmin por su parte tambien lo deseaba, y antes de ser hora de armarse, por ver entrar á Daraja en la plaza se anduvo de espacio por ella paseando, admirándose de verla tan bien aderezada; tantas colgaduras de oro y seda, cuantas no se pueden significar; tanta variedad en las colores; tanta curiosidad en el ventanage; tanta hermosura en las damas; riqueza de sus aderezos y vestidos, con concurso de tan ilustre gente, que toda junta parecia un inestimable joyel, y cada cosa por sí preciosa piedra engastada en él. Estaba la tela, que dividiendo la plaza en dos iguales partes, atravesaba por medio de ella el tablado de los Jueces en lugar acomodado y frontero las ventanas de Daraja y de Doña Elvira: las cuales en dos blancos palafrenes enjaezados con guarniciones de terciopelo negro y chapería de plata con mucho acompañamiento entráron, y dando vuelta por toda la plaza, llegáron á su asiento; luego, dejándola en él, se salió de ella Ozmin, porque ya querian entrar los mantenedores, los cuales llegáron de allí á poco espacio muy bien aderezados. Comenzáron á sonar los ministriles, trompetas y otros instrumentos, tañendo sin cesar hasta que se pusiéron en su puesto. Entráron justa-

dores combatientes, y fué de los primeros D. Alonso, que corridas las tres lanzas, y muy bien, pues fuéron las mejores, luego se fué á su casa. Ya tenia ganada licencia para un caballero amigo suyo, que fingió esperaba de Jerez de la Frontera, y estaba Ozmin aguardando. Fuéronse á la tela juntos, y apadrinóle Don Alonso. Llevaba el moro las armas negras de todo punto, el caballo morcillo, sin plumas la celada, y en su lugar por ellas, hecha con gran curiosidad, una rosa del lienzo de Daraja, cierta señal en que luego por él fué conocido de ella. Púsose en el puesto, y quiso la suerte que la primera lanza cupiese á un ayudante del mantenedor: hiciéron señal, partiéron de carrera, Ozmin tocó al contrario en la vista, donde rompió la lanza, y volviéndole á dar de reencuentro con lo tieso de ella, le sacó de la silla, dando con él en el suelo por las ancas del caballo; pero no le hizo mas mal que el gran golpe de las armas. Para las dos últimas lanzas entró Don Rodrigo, el cual barreó la primera por encima del bracil izquierdo del Moro, quedando herido de él en el guarda brazo derecho, donde rompió la lanza por tres partes. En la última desbarró Don Rodrigo, y Ozmin rompió la suya en la junta de la babera, dejándose en ella un pedazo de la astilla; creyéron todos quedaba mal herido, mas defendióle

el almete, aunque le hizo gran daño; y asi, el moro, rotas las tres lanzas salió con victoria ufano, y mucho mas Don Alonso por haberle apadrinado, que no cabia de contento. Saliéron de la plaza, fuése á desarmar á su casa, sin dejarse conocer de otro alguno; y tomando su ordinario vestido, saliéron por un postigo de la casa ocultamente, volviéndose á contemplar en su Daraja, y ver lo que en la justa pasaba. Púsose tan cerca de la dama, que casi se pudieran dar las manos: mirábanse el uno al otro, empero él siempre los ojos tristes, y ella tristísimos, pensando que lo pudiera causar, que su vista no le hubiera alegrado. Estuvo confusa de haberle visto justar con armas, y caballo todo negro. Todo le causó profundísima melancolía, y tan de veras fué aposesionándose de ella, cargándole tan pesadamente, que las fiestas no eran bien acabadas cuando reventándole el corazon en el cuerpo, quitándose de la ventana, se fuéron á la posada. Los que con ella estaban se admiráron como de alguna cosa no recibia contento, y aun lo murmuraban, sospechando cada uno aquello con que mejor se casaba su malicia. Don Luis, como prudente caballero, en las partes que de ello se trataba, satisfacia, y asi lo hizo á sus hijos aquella noche, que murmurando de ello, les dijo: El alma triste en los gustos llora: ¿qué cosa puede alegrar al au-

sente de lo que bien quiere? Los bienes tanto se estiman en mas, cuanto se gozan con los conocidos y proprios: entre extraños puede haber holguras; pero no sienten, y tanto mas en el alma levantan el dolor, cuanto en las agenas ven alegría. No la culpo, ni me admiro; antes lo juzgo á su mucha prudencia y lo atribuyo á cordura, que fuera lo contrario liviandad notoria. Hállase sin sus padres, lejos de su esposo, y, aunque libre, cautiva en tierra extraña, sin saber de su remedio, ni tener para ello medio. Examine cada uno su pecho, póngase en el contrario puesto, sentirá lo que aquesto se siente, que no lo haciendo asi, es decir el sano al enfermo que coma. Pasada esta plática secreta entre ellos, tratáron en público lo bien que lo hizo el jerezano, y como (aunque deseáron saber quien hubiese sido) nunca Don Alonso dijo mas de lo primero, creyéron ser verdad. Las tristezas de Daraja iban muy adelante, ninguno las acertaba ni daba en el blanco, ni aun al terrero de cuantos le asestaban; todos juzgaban al reves, buscándole cuantos entretenimientos podia darle: ninguno era capaz, ni cuadraba en el circulo de sus deseos.

Tenia en el Aljarafe la casa y hacienda de su mayorazgo en un lugar Aldea de Sevilla: era el tiempo templado, á vueltas del Febrero; la caza y campo parece que alegran en tales

dias : acordáron ir á holgarse allá una temporada, por no dejar de andar esta vereda y ver si pudieran divertirla de sus tristezas. Á esto parece que mostró algo mas buen rostro, creyendo si salia de la ciudad, habria en el campo modos como ver y hablar á Ozmin. Aderezáron la recámara, y era cosa de alegría ver tanto bullicio; cual que lleva los galgos de trailla; cual va con los podencos y hurona; cuales llevan alcones; cual el buho; cual su escopeta al hombro, ó la ballesta; otros con las acémilas cargadas; todos iban de trulla, alborotados con la fiesta. Ya Don Alonso lo sabia, y habia dicho á Ozmin, que sus damas iban de campo á cierta huelga, y como se quedaban allá por entonces, no sabiendo cuando volverian. No les pareció mal, por dos cosas : la una, que allá tendrian por ventura menos competidores para tratar sus amores; la otra, mejor ocasion para no ser conocidos. Hacian las noches no claras, ni muy oscuras; no frio, ni calor, antes un agradable sosiego, con serenidad apacible. Los dos enamorados amigos acordáron probar la mano y su buena ventura, caminando á ver sus damas; vistiéronse de labradores : asi saliéron al poner el sol en dos rocines, y antes de llegar al Aldea un cuarto de legua, se apeáron en una casería, para que yendo á pie no hubiese nota : entonces les hubiera sucedido bien si la

fortuna no rodara, y les volviera las espaldas, porque llegáron á tiempo que las damas estaban en un balcon entretenidas en sus conversaciones. No se atrevió á llegar Don Alonso por no espantar la caza, y dijo al compañero, que fuera solo á negociar por ambos, que pues Doña Elvira le amaba, y Daraja le conocia, no habia de que rezelarse. Asi Ozmin poco á poco, con cuidadoso descuido, se fué paseando por delante, cantando en tono bajo como entre dientes, una cancion Arábiga, que para quien sabia la lengua, eran los acentos claros, y para la que no y estaba descuidado, le parecia el cantar de lala, lala. Doña Elvira dijo á Daraja: Aun en esta gente bruta puso Dios dones de precio si supiesen aprovecharse de ellos: no consideras aquel salvage, ¡qué voz entonada y suave que tiene, y va cantando la madre de los cantares! Es como el agua, que llueve en la mar sin provecho. Ahora sabes, dijo Daraja, que son las cosas todas como el sugeto en que estan, y asi se estiman. Estos Labradores, por maravilla, si tiernos no se trasplantan en vida política y los ingieren y mudan de tierras ásperas á cultivadas, desnudándolos de la rústica corteza en que nacen, tarde ó nunca podrán ser bien morigerados; y al reves, los que son ciudanos de político natural, son como la viña que dejándola de labrar algunos años, da fruto aun-

que poco, y si sobre ella vuelven reconociendo el regalo, rinde colmadamente el beneficio. Este que aquí canta, no será poderoso un carpintero con hacha, ni azuela para desalabearle, ni ponerle de provecho; pena me da oirle aquel cantar de tórtola: vámonos de aquí si te parece, que es hora de acostarnos. Bien se habian entendido los amantes, ella el canto, y él sus palabras y el fin con que las dijo. Fuéronse las damas, quedándose Daraja un poco atras, y en Arábigo le dijo, que esperase. El quedó aguardando, y en tanto que volvia, se paseaba por aquella calle. La gente villana siempre tiene á la noble, por propiedad oculta, un odio natural, como el lagarto á la culebra, el gallo al francolin, el langostin al pulpo, el delfin á la ballena, el aceite á la pez, la vid á la berza, y otros de este modo; que si preguntais deseando saber, que sea la causa natural, no se sabe otra mas de que la piedra iman atrae á sí el acero, el Eliotropio sigue al Sol, el Basilisco mata mirando, la Celedonia favorece á la vista; que asi como unas cosas entre sí se aman, se aborrecen otras por influjo celeste, que los hombres no han alcanzado hasta hoy razon que lo sea para ello. Que las cosas de diversas especies tengan esto, no es maravilla, porque constan de composiciones, calidades y naturaleza diversa; mas hombres racionales, los unos

y los otros de un mismo barro, de una carne, de una sangre, de un principio, para un fin, de una ley, de una doctrina, todos en todo lo que es hombres, tan una misma cosa, que todo el hombre naturalmente ame á todo hombre, y en esto haya este resabio, que aquella canalla endurecida, mas empedernida que nuez galiciana, persiga con tanta vehemencia la nobleza, es grande admiracion. Andábanse paseando aquella noche unos mozuelos; acertáron á ver á los forasteros, y en aquel punto, sin mas causa ni razon, sin darles alguna ocasion, comenzáron á convocarse, y llegados en tropa, viniéron diciendo: Al lobo, al lobo; y desembrazando piedra menuda, como si del cielo lloviera, los apedreáron de manera, que les fué forzoso huir, y no esperarlos; y asi se volviéron, que lugar no tuvo Ozmin de despedirse. Fuéronse donde estaban sus caballos, y en ellos á la ciudad, con ánimo de volver la noche siguiente algo mas tarde para no ser sentidos. De poco les aprovechó, que si rayos del cielo cayeran, y con ellos pensaran ser deshechos, habia villano, que antes dejara la vida, que de guardar el puesto, solo por hacer mal y daño; pues apenas la otra noche habian metido los pies en el pueblo, cuando junta una bandada de aquellos mozalvillos, habiéndolos reconocido, cual con honda, cual á brazo; unos con

azagayas, palos y chuzos; otros con asadores; no dejando segura la pala ó barredor del horno, como á perro que rabia, saliéron á ellos; pero halláronlos mas prevenidos que la noche pasada, porque ya traian buenas cotas, cascos acerados, y rodelas fuertes. De la una parte viérades pedradas, palos y alaridos; de la otra muy fuertes cuchilladas; y de entrambas tanto alboroto, que con el ruido parecia hundirse el pueblo con la trabada guerilla. Descuidóse Don Alonso, y al atravesar de una calle le diéron una muy mala pedrada en los pechos, de que cayó en tierra, sin hallarse con fuerzas para volver mas á la pelea, y como pudo se fué retirando, en tanto que Ozmin se iba entrando con ellos la calle arriba, haciéndoles mucho daño, porque algunos, y no pocos quedaban heridos, y tres muertos. Creciendo el alboroto, se convocó el pueblo todo: tomáronle el paso, que no pudo huir, aunque lo probó á hacer. Por otra parte llegó un destripa terrones, y dióle con una tranca de puerta en un hombro, que le hizo arrodillar; mas no le valió ser hijo del Alcalde, que antes que pudiera volver á darle segundo; yéndose para él, de una cuchillada le partió la cabeza por medio, como si fuera de cabrito, dejándole hecho un atun en la playa, rendida la vida, en pago de su desvergüenza. Tantos cargáron por una y otra

banda, tanto le acosáron, que no pudiendo defenderse quedó preso. Daraja, y Doña Elvira viéron el ruido desde su principio, y el alboroto de la prision, como le atáron las manos atras con un cordel, cual si fuera igual suyo. Unos, y otros le maltratáron dándole de puñadas, rempujones y coces, haciéndole mil ignominiosas afrentas, con que se vengaban del rendido. ¡Que cosa tan fea y torpe, solo de semejantes villanos usada, como propia! ¿Qué os parece tal desgracia? ¿Como lo sentiria la que adoraba su sombra? Esto por una parte, heridos y muertos de la otra, y su honra enmedio, que habiendo de saber Don Luis el caso, forzoso es preguntaria que buscaba Ambrosio en la Aldea. En esta confusion sacó de la necesidad consejo, previniéndose de una carta, y cerrada la metió en un cofrecillo suyo, para cuando viniese Don Luis hacer con ella su descargo. Ya era el otro dia amanecido y la gente no se sosegaba: habian enviado á la ciudad á dar noticia del caso, para que se hiciese la informacion, y venido el escribano, comenzáron á examinar testigos: acudió mucho número de ellos, aun sin ser llamados, que los malos para el mal se convidan ellos mismos, y se hacen amigos los enemigos. Unos juráron que con Ozmin venian seis ó siete: otros que saliéron de casa de Don Luis, y que

de la ventana dijéron : matadlos , matadlos ; otros que estando los del pueblo seguros y quietos, les acometiéron : otros que los fuéron á sacar de sus casas con desafío, sin haber hombre que jurase verdad. Líbreos Dios de villanos, que son tiesos como encinas, y de su misma calidad : el fruto dan á palos, y antes dejarán arrancarse de cuajo por la raiz quedando destruidos y sus haciendas asoladas, que dejarse doblar un poco, y si dan en perseguir, serán perjuros mil veces en lo que no les importa una paja, sino solo hacer mal; y es lo malo y peor, que piensan los desdichados que asi se salvan, y por maravilla se confiesan de aquella ponzoña. Las muertes, y heridas quedáron averiguadas , y el hombre cargado de hierro á buen recaudo. Don Luis cuando lo supo fué á la Aldea, informóse de su hija; díjole lo pasado de la manera que habia sido ; preguntóselo á Daraja, díjole lo mismo, y que ella envió á llamar á Ambrosio para darle una carta , que encaminase á Granada, y antes que le pudiera llegar á hablar le habian apedreado estas dos noches; de modo, que sin habérsela dado se le habia quedado escrita. Don Luis le pidió se la enseñase, para ver que podria enviar á decir ; y á sus excusas ella hizo como que le pesaba : no fué necesario rogárselo mucho, pues otra cosa no deseaba, y sacándola de donde la te-

nia, dijo: Doyla porque se entienda mi verdad, y no se sospeche que escribo cosas dignas de esconderse. Don Luis la tomó, y queriéndola leer, vió que estaba en Arábigo, y no supo. Buscó despues quien la leyese, y lo que iba escrito era decir á su padre el cuidado en que vivia, por saber de su salud, que ella la tenia; y si el deseo de verle no lo impidiera, estaba la mas contenta, y acariciada de Don Luis que de ninguno de sus hijos; y asi le suplicaba, que en reconocimiento de esta cortesía, y buen hospedage, le regalasen con un presente.

Como en semejantes alborotos las disensiones crecen, y cada uno canoniza su presuncion segun se le antoja, murmuraban de Don Luis, y de la gente de su casa, y á él se le subia la mostaza á las narices; mas como caballero cuerdo, tuvo por mejor disimular en algo, y volver á la ciudad su casa, y gente.

Cuando sucediéron estas cosas, ya Granada se habia rendido con los partidos que sabemos por las historias, y aun oímos á nuestros padres. Entre los Nobles que en ella quedáron, fuéron los dos consuegros Alboacen, padre de Ozmin, y el Alcaide de Baza: ambos pidiéron el bautismo, deseando ser cristianos, y siéndolo, el Alcaide suplicó á los Reyes le diesen licencia para ver á Daraja su hija: siéndole otorgada, dijéron, que le mandarian avisar co-

mo y cuando seria. Alboacen, creyendo que su hijo seria muerto, ó cautivo; hizo muchas diligencias para informarse donde pudieran darle alguna nueva, mas nunca descubrió rastro suyo. Estaba tan triste por ello, cuanto lo pedia pérdida de tal hijo, solo de padres principales, y ricos. No lo sentia menos el Alcaide, pues por tan su verdadero hijo le tenia, como propio padre, y por lo que Daraja sentiria cuando le diesen tan pesarosas nuevas. Los Reyes por su parte enviáron á Sevilla su mandado, y que luego Don Luis partiese á donde estaban, y trajese consigo á Daraja, con el respeto que de él confiaban. Vistas las cartas, y entendida esta órden, ella quedó fuera de sí, por serle forzoso en esta ocasion hacer ausencia, sin saber el fin que habia de tener, y el estrecho en que dejaba el preso. Hallóse confusa, imaginativa y triste, llamándose mil veces desdichada sobre la misma desdicha, y la mas lastimada de todas las mugeres. Queriendo atropellarlo todo, y perder con su esposo la vida, estuvo perpleja, y determinada de hacer un atrocísimo yerro, en señal del casto y verdadero amor que á Ozmin tenia, mas era de buen juicio; y corriendo sus crueles imaginaciones, volviendo sobre sí, determinó fiar sus desdichas en manos de la fortuna su enemiga, y esperando el fin que le daba, pues el último

mal era la muerte, no quiso desesperarse; mas no pudo la presa del sufrimiento resistir un mar de lágrimas, que le reventó de los ojos: todos creyéron era de alegría de volver á su patria, y engañábanse todos: cada uno la alentaba, y ninguno la consolaba. Llegó Don Rodrigo á despedirse de ella, y con el rostro bañado de las cristalinas corrientes de aquellos divinos ojos, le dijo tales palabras: Bien pudiera, señor Don Rodrigo, persuadiros con abundancia de razones á las obras que de vos en esta ocasion pretendo, y de suyo es cosa tan justa, que ni puedo dejar de pedirla, ni vos de concedérmela, por la mucha parte que teneis en ella. Ya sabeis la obligacion de hacer bien á cuanto nos estreche, si como ley natural divina con todos habla, y no hay bárbaro que la ignore: esta tiene tanta fuerza, cuántas mas razones se le allegan, entre las cuales una principal y no pequeña, es á los que dímos nuestro pan, y bastara para que correspondiendo á quien sois, no fuera mi intercesion necesaria; mas lo que quiero con ella pediros, es, que, como sabeis, Ambrosio fué criado de vuestros padres, y de los mios, tenémosle por ello particular deuda, y yo mayor, habiéndole puesto por mi culpa en la pena que padece, no teniendo para ello causa suya, mas de mi proprio interes: de mi mano está puesto en el peligro, de ello estoy

hecha cargo, si librarme quereis de él, si pretendeis obligarme al vuestro para que siempre quede agradecida, ha de ser, que cargando sobre vuestro cuidado mi proprio deseo, acudais á su libertad, que es la mia, con las veras que os lo suplico: Don Luis mi señor, antes que de aquí conmigo parta, hará su posible diligencia con sus amigos, y deudos, para que los unos ayudados de los otros en su ausencia, me saquen libre de esta deuda. Don Rodrigo se lo prometió, y asi se partiéron.

Como la pobre señora dejaba en tanto riesgo á su querido esposo, sentia su pena, y tanto mas, cuanto mas de él se alejaba, de manera, que cuando á Granada llegó no parecia ser ella. Lleváronla luego á Palacio, donde será bien que la dejemos, y volvamos al preso, á quien Don Rodrigo favorecia como si fuera su hermano. Don Alonso como escapó lastimado en los pechos, acostóse mal dispuesto; pero en sabiendo que habian traido el preso á Sevilla se levantó, y sin sosegar un momento, solicitaba el pleito cual si fuera suyo mismo; mas como las partes acusasen, y fuesen mal intencionados los actores; y los muertos y heridos muchos, no lo pudiéron defender que no fuese condenado á horca pública. Don Rodrigo se enojó de que á su padre, y á él se perdiera el respeto, ahorcando sin culpa su criado. Por otra parte Don

Alonso le defendia, diciendo no poder permitirse fuese ahorcado un caballero de noble sangre, tal como Jaime Vives, amigo suyo; que cuando el delito fuera mayor, la distancia de las calidades le salvaran la vida, y en especial de muerte de horca, y debiera ser degollado. La justicia quedó confusa sin saber que fuera el caso: Don Rodrigo le llama criado, y Don Alonso amigo: Don Rodrigo le defiende pidiendo por Ambrosio; y alega Don Alonso por Jaime Vives, caballero natural de Zaragoza, que en las fiestas de toros hizo las dos suertes de que toda la ciudad era testigo; y en la justa, siéndole padrino, derribó al un mantenedor, señalando valerosamente su persona. Era la diferencia tanta, los apellidos tan contrarios, las calidades alegadas tan distantes, que para salir de esta duda, se resolviéron los Jueces en tomar su declaracion. Preguntáronle si era caballero: Respondió ser noble, de sangre real, pero no llamarse Ambrosio, ni Jaime Vives. Pídenle que diga su nombre, y califique su persona. Respondió, que por no descubrirse excusará la pena; y que habiendo de morir indubitablemente, no era necesario decirlo, ni de importancia padecer una y otra muerte. Rogáronle dijese, si habia sido el que Don Alonso decia que tan señalado anduvo en los toros, y justa. Respondió ser asi, pero no tenia los

nombres que decian; y como tan de veras negase su linage, pareciéndoles hombre de calidad, fuéronse deteniendo algo con él, para verificar quien fuese, y por que los dos caballeros le defendian, y en general toda la ciudad deseaba su libertad, y le estaban aficionados. Con esto despacháron á Zaragoza que se averiguara la verdad, y supiera su nacimiento; mas habiéndose gastado algunos dias en ello, y hecho muchas diligencias, no se descubrió quien de él diese noticia, ni supiera quien pudiera ser el caballero de su nombre ni señas. Traido este mal despacho, aunque le importunáron sus amigos, y la Justicia le requirió diversas veces que se calificara, jamas lo quiso hacer, ni fué posible. Asi, pasados los términos, los Jueces muy contra su voluntad, condolidos de tanta mocedad y valentía, no pudiendo dejar de hacer justicia, siendo con importunacion pedida de los contrarios, confirmáron la sentencia.

Daraja, ni sus padres no dormian en cuanto esto pasaba, que ya tenian hecha relacion á sus Altezas de todo el caso. Dabánseles memoriales por momentos: Daraja personalmente solicitaba la vida de su esposo, pidiéndola de merced, y nada se respondia; pero secretamente despacháron luego á Don Luis con su Real provision á las Justicias, para que en el

estado que aquel pleito estuviese originalmente con el preso se lè entregasen, que asi convenia á su servicio. Don Luis partió con mucha diligencia como le fué mandado; y la pobre Daraja, padre y suegro, se deshacian en lágrimas considerando la priesa que la justicia se daria en despachar al pobre caballero, y que á sus peticiones, y merced suplicada se respondiese con tanto espacio. No sabian que decir de dilacion semejante, sin darles alguna buena ni mala respuesta, ni esperanza. Causábales mucha pena; no alcanzaban lance con que remediarlo, ni lo habian dejado por intentar, porque temian sobre todo el peligro en la tardanza.

En cuanto en esto vacilaban, ya como dije, Don Luis caminaba muy apriesa, y con mucho secreto .El entraba por las puertas de Sevilla, Ozmin salia por las de la cárcel á ser ajusticiado : las calles, y plazas por donde le paseaban estaban llenas de gente ; todo el lugar con gran alboroto , no habia persona que no llorase, viendo un mancebo tan de buen talle y rostro, valiente , y bien quisto por los famosos hechos que públicamente hizo; y mayor dolor ponia ver que moria sin querer confesar. Todos creian lo hacia por escapar ó dilatar la vida; mas palabra no hablaba, ni tristeza mostraba en el rostro ; antes con semblante casi risueño iba mirando á todos. Paráronse con él

un poco para persuadirle á que confesase, y no quisiese asi perder el alma con el cuerpo: á nada respondia, y á todo callaba. Estando asi todos en esta confusion, y la ciudad esperando el espectáculo triste, llegó Don Luis apartando la gente, para impedir la ejecucion. Los alguaciles creyéron era resistencia; pero con el temor que le tenian por ser arriscado y poderoso caballero, desamparando á Ozmin con gran alboroto fuéron á dar cuenta de lo pasado á sus mayores. Ellos venian á saber, quien pudiera causar desacato semejante. Salióles Don Luis al encuentro con el preso; enseñóles la órden, y el recaudo de los Reyes, que con gran gusto fué de ellos obedecida. Con mucho acompañamiento de todos los caballeros de aquella ciudad, y comun alegría de ella lleváron á Ozmin á casa de Don Luis, haciendo aquella noche una galana máscara, poniendo muchas hachas, y luminarias en las calles y ventanas, por el general contento y señal de regocijo: quisieran hacerlas públicas aquellos dias porque se supo entonces quien era; mas Don Luis no dió lugar á ello, que guardando la instruccion, se partió con el preso luego por la mañana, llevándole muy regalado.

Habiendo llegado á Granada, le tuvo consigo secretamente algunos dias, hasta que sus Altezas le mandáron llevar á palacio. Cuando

le pusiéron en su presencia se holgáron de verle, y teniéndole ante sí, mandáron salir á Daraja. Viéndose los dos en lugar semejante, y tan agenos de ello, podrás por tu pecho ser juez de la no pensada alegría que recibiéron, y lo que cada uno de ellos pudiera sentir. La Reina se adelantó, diciéndoles como sus padres eran cristianos, aunque ya Daraja lo sabia: pidióles que si ellos lo querian ser, les haria mucha merced, mas que el amor, ni temor les obligase sino solamente el de Dios y de salvarse; porque de cualquiera manera, desde aquel punto se les daba libertad para que de sus personas y hacienda dispusiesen á su voluntad. Ozmin quisiera responder por todas las coyunturas de su cuerpo, haciéndose lenguas con que rendir las gracias de tan alto beneficio, y diciendo que queria ser bautizado, pidió lo mismo en presencia de los Reyes á su esposa Daraja, que los ojos no habia quitado de su esposo, teniéndolos vertiendo suaves lágrimas, y volviéndolos entonces con ella á los Reyes, dijo: Que pues la voluntad de Dios habia sido darles verdadera luz, trayéndolos á su conocimiento por tan ásperos caminos, estaba dispuesta de verdadero corazon á lo mismo, y á la obediencia de los Reyes sus Señores, en cuyo amparo, y Reales manos ponian sus cosas. Asi fuéron bautizados, llamándolos

á él Fernando, y á ella Isabel segun sus Altezas que fuéron los padrinos de pila, y luego á pocos dias de sus bodas, haciéndoles cumplidas mercedes en aquella ciudad, á donde habitáron, y tuviéron ilustre generacion.

Con gran silencio veníamos escuchando aquesta historia, cuando llegámos á vista de Cazalla, que pareció haberla medido al gusto; aunque mas dilatada y con alma diferente nos la dijo de lo que yo la he contado. El arriero, que estuvo mudo desde que se comenzó (aunque todos tambien lo veníamos), ya habló, y lo primero fué decir: Ea, señores, apéense que he de ir por esta senda á los lugares; y á mí me dijo: y el señor mancebito hagamos cuenta, ¿Aun este trago me queda por pasar? dije entre mí, porque creí haber sido amistad lo pasado: cortéme, no supe que responder otra cosa mas de preguntarle ¿qué le debia por la caballería de nueve leguas? Déme lo que mandare como estos señores. De la mesa y posada montó tres reales: hízoseme caro el vientre del machuelo; demas que para pagarlo no habia dinero; díjele: hermano, lo del escote veislo aquí, pero la caballería no la debo, que vos me convidásteis con ella sin pedírosla. Aun eso seria el diablo, si quisiese haber venido caballero de balde. Volvíle á replicar: comenzámos á barajar sobre ello, pusiéronse

los clérigos de por medio, y condenáronme que pagase la cebada de mi jumento de aquella noche: paguéla, é hice balance de cuenta con la bolsa, sin dejar en ella mas de veinte maravedis, con que me ajusté aquella noche: el mozo se fué á su hacienda, los clérigos y yo entrámos en Cazalla, donde nos despedímos yéndose cada uno por su parte.

VIDA Y HECHOS

DE GUZMAN

DE ALFARACHE.

LIBRO SEGUNDO.

CAPÍTULO I.

Como Guzman de Alfarache, saliendo de Cazalla, á la vuelta de Madrid, en el camino sirvió á un ventero.

VESME aquí en Cazalla, doce leguas de Sevilla, lunes de mañana, la bolsa apurada, y con ella la paciencia, sin remedio y acusado ladron en profecía, El dia primero sentí mucho, aunque mas el segundo; porque creció el cuidado, y llovió sobre mojado, habia dinero y comia, que los duelos con pan son menos. Bueno es tener padre, bueno es tener madre, pero el comer todo lo tapa. El dia tercero fué casi de muerte, cargó todo junto; halléme como perro flaco ladrado de otros, que á to-

dos enseña dientes, todos le cercan, y acometiendo á todos, á ninguno muerde: trabajos me ladráron, teniéndome rodeado: todos me picaban, y mas que otro no haber que gastar, ni modo con que buscar el ordinario. Conocí entonces lo que es una blanca, y como el que no la gana no la estima, ni sabe lo que vale, en tanto que no le falta, fué la primera vez que ví á la necesidad su cara de herege. Por cifra entendí y despues consideré sus efectos: ¡Cuantos torpes actos acomete? ¡cuantas atroces imaginaciones representa! ¡cuantas infamias solicita! ¡á cuantos disparates espolea! ¡y cuantos imposibles intenta! Con este he visto lo poco que se contenta nuestra madre naturaleza, y por mucho que á todos dé ninguno está contento, todos viven pobres, publicando necesidad. Ó epicureo desbaratado pródigo, que locamente dices: ¡comer tantos millares de ducados de renta! dí que los tienes, y no que los comes; y si los comes, ¿de qué te quejas? Pues no eres mas hombre que yo, á quien podridas lentejas, cocosas habas, duro garbanzo, y rotonado bizcocho me tiene gordo: ¿no me dirás qué lo causa! Yo no lo sé; mas ya tengas necesidad ó te pongas en ella, (que es lo que mejor puede creerse) allá te lo hayas, mis duelos lloro: ella es maestra de todas las cosas, invencionera sútil, por quien

hablan los tordos, picazas, grajos y papagayos. Ví claramente como la contraria fortuna hace á los hombres prudentes; en aquel punto me pareció haber sentido nueva luz, que como en claro espejo me presentó lo pasado, presente y venidero. Hasta hoy habia sido bozal, cuadrábame bien el nombre: hijo de la viuda, bien consentido y mal doctrinado. Tenia mucho por desbastar; el primer golpe de azuela fué el de esté trabajo; de manera me escoció, que no lo sé encarecer: víme desbaratado, engolfado sin saber del puerto, la edad poca, la experiencia menos, debiendo ser lo mas y lo peor de todo, que conociendo por presagios mi perdicion queriendo tomar consejo, no conocia de quien poderle recibir. Entré conmigo en cuenta, hallémela muy mala, mucho cargo, y poca data; quisiera no pasar de allí, porque para ir adelante me faltaba recaudo, aunque tambien para volverme: hízoseme vergüenza, ya que salí, quedarme, como dicen, al quicio de la puerta, á ojos de mi madre, amigos, y deudos. ¡Válgame Dios, cuantas cosas he visto despues acá perdidas por este hízoseme vergüenza! ¿cuantas doncellas lo han dejado de ser, hallándose obligadas de un papel de confites, y unas coplas; ó porque un vano le hizo tañer á la puerta, y la enamoró con agena gracia de lo que cantó el otro por él? ¿Cuan-

tos majaderos han hecho fianzas, que han pagado la deuda, quedando perdidos, y sus hijos á los hospitales? ¡Cuanto dinero se prestó por hacer amistad, que se perdió el amigo, y la deuda está por cobrar, quien lo dió no lo come, y el que lo recibió lo tiene sobrado, y no se atreven á pedirlo por hacerles vergüenza? Hágote saber, si no lo sabes, que es la vergüenza como redes de telarejo, si un hilo se quiebra, toda se deshace, por él se va. Para las cosas de que puede resultarse daño, y estrecharse notablemente, dejarla ir, quiébrale los hilos, y te aseguro que no me digas mal por ello; y el pesar que has de recibir, hecha la cosa que te piden, llévelo el que te la pide, y no la hagas, que es muy de tontos la vergüenza para lo que les cumple. De ti mismo es bien que tengas vergüenza, para no hacer, aun á solas, cosa torpe, ni afrentosa, que para lo mas, ¿qué sabes tú de que color es, ni qué hechura tiene? Suéltala en lo que te importa, no la tengas encadenada, como á perro tras la puerta de tu ignorancia: dale cuerda, corra, trote; solo ten vergüenza de no hacer desvergüenza, como dije, pues lo que llamas vergüenza, no es sino necedad. Si á mí se me hiciera vergüenza, no gastara en contarte los pliegos de papel de este volúmen, y les pudiera añadir cuatro ceros adelante; mas voy por la posta, obligándome á decirte cosas mayores de

mi vida, si Dios para ello me la concede. Digo que sentí mucho volver sin capa habiendo salido con ella, ni quedarme, á manera del hablar, en el barrio. Hícelo punto de honra, que habiendo tomado resolucion en partirme, fuera pusilanimidad volverme. Ojo, pues, quien ejecuta otro tal, hícelo punto de honra. A las manos me ha venido la buena dueña, no creo saldrá de ellas con tocas en la cabeza: ella irá desmelenada, y sin reverendas: el agua la tengo á le boca, vengarme pienso, poniéndole los pies sobre el pescuezo, echándola á fondo. Pluguiera Dios (orgulloso mancebito, hombre desatinado, viejo sin seso) yo entonces entendiera, ó tú ahora supieras lo que es honra, para los dislates y simplezas que sigues. No quiero asi discantar sobre el canto llano de mis palabras, yo te cumpliré la mia diciéndote quien es, con que serás desengañado; quédese apuntado, que presto le daré alcance. Hícelo punto de honra, dije entre mí, confianza en Dios, que á nadie falta: con esto determiné pasar adelante, y por entonces á Madrid, que estaba allí la corte, donde todo florecia con muchos del Toyson, muchos Grandes, muchos Titulados, muchos Prelados, muchos Caballeros, gente principal, y sobre todo, rey mozo recien casado. Parecióme que por mi persona y talle todos me favorecieran, y allá llegado anduvieran á las puñadas, haciendo diligencia

sobre quien me llevaba consigo. ¡ O qué de cosas me ocurren juntas en esta simplicidad ! ¡ cuanto distan las obras de los pensamientos que he hecho ! ¡ qué frito , qué guisado, qué fácil es todo al que piensa ! ¡ qué deficultoso al que obra ! Pinto la imaginacion, que es el pensar, un bonito niño corriendo por lo llano en un caballo de caña , con una rehilandera de papel en la mano , y el obrar un viejo cano , valvo , manco y cojo , que sube con dos muletas á escalar una muralla muy alta, y bien defendida. ¿He dicho mucho ? Pues digo que no es menos. ¡ Qué bien se disponen las cosas de noche á oscuras, con el almohada ! ¡ como saliendo el sol , al punto las deshace, como á la flaca niebla en el estío ! ¡ Quien me pudiera ver cuanto esta cuenta hice, con cuanto cuidado y poca gana de dormir la fabriqué ! fuéron castillos en arena , fantásticas quimeras ; apenas me vestí, que todo estaba en tierra : tenia trazadas muchas cosas , ninguna salió cierta, antes al rebes, y de todo punto contrarias : todo fué vano, todo mentira , todo ilusion, todo falso , y engaño de la imaginacion, todo cisco y carbon, como tesoro de duende.

Luego proseguí mi camino, busqué una cañita que llevar en la mano; parecióme que con ella era llevar capa, pero no me honraba , ni abrigaba tanto; servíame de sustentar el brazo, para dar aliento á los pies. Acertáron á pasar

dos de mula, creí que yendo con ellos me harian la costa. Pescar con mazo no es renta cierta, ni el pensar es saber: no llevaban mozo, ni largo paso, pero corto el ánimo por lo que conmigo hiciéron: dí á caminar siguiéndolos, y á tres leguas de allí híciéron medio dia. Yo reventaba corriendo y galopeando por no quedarme atras, que aun su espacio, para mis cortas fuerzas, era priesa. Estos fuéron hombres, ó mejor dijera bestias, que palabra no habláron, y creo que de avarientos; y algunos lo son tanto, que la saliva no darán si saben que es medicina. Estos miserables callaban, por no ayudarme siquiera con buen entretenimiento: aun ya si fueran diciendo cuentos como el pasado, el cansancio no se sintiera tanto; que la buena conversacion, donde quiera es manjar del alma, alegra los corazones de los caminantes, esparce los ánimos, olvida los trabajos, allana los caminos, entretiene los males, alarga la vida, y por particular excelencia lleva caballeros á los de á pie. Llegámos á la posada juntos, y yo tal, que de mí á un difunto habia poca diferencia; pero por grangear un pedaso de pan, estamos obligados á salir de paso, y olvidar puntillos. Hice mas de lo que pude, humilléme, comedíme á servirles, meterles las mulas en la caballeriza, y entrar la ropa en el aposento. Ellos debian de tener salud, yo pestilencia, que al primer ofrecimiento

me dijo el uno : Á un lado, señor galan, desviesenos de aquí. ¡ Ó traidores, enemigos de Dios! ,dije, ¿con qué caridad comienzan, qué esperanza podré tener me darán la comida? ¿ó si en el camino me rindiere, me dejarán subir en ancas de una mula? Sentáronse á comer, apartéme á un poyo que estaba en frente, con pensar quizá me dieran algo de la mesa, pero nunca quisiéron. Llegó allí un fraile Francisco á pie, y sudando : sentóse á descansar, y de allí á poco sacó una talega en que llevaba pan y tocino. Yo estaba tan traspasado de hambre, que casi queria expirar; y no atreviéndome con palabras de vergüenza ó cobardía, con los ojos le pedí me diese un bocado por amor de Dios. El buen fraile, entendiéndome, dijo con un ahinco, cual si le fuera la vida en darlo : Vive el Señor, aunque me quedara sin ello, y cual tú estás ahora, te lo diera: toma hijo. ¡Bondad inmensa de Dios! ¡Eterna sabiduría! ¡Providencia divina! ¡Misericordia infinita, que en las entrañas de la dura piedra sustentas un gusano, y como con tu largueza celestial todo lo socorres! Los que podian y tenian, con su avaricia no me lo diéron, y hallélo en un mendigo y pobre frailecito : quien propias necesidades no tiene, mal se acuerda de las agenas. La mia estaba presente, viéronla, y mis pocos años, que iba reventando, cansado de tenerles compañía, y no se compadeció-

ron algo de mi necesidad. Mi buen fraile partió conmigo de su vianda, con que me dejó satisfecho. Si como aquel bienaventurado iba hácia Sevilla, llevara mi viage, fuera mi rescate; mas teníamos encontrado el camino. Al tiempo que se quiso ir, dióme otro medio panecillo que le quedaba, y dijo: Vete con Dios, que si mas llevara mas te diera. Metile en el forro del faldamento del sayo; y fuíme poco á poco mi camino: llegué á tener la noche otras tres leguas adelante, donde cené mi pan si otra cosa, ni hubo quien me la diera. Era jornada de arrieros; juntáronse algunos, mandóme el ventero entrar á dormir al pajar; hícelo asi: pasé mi trabajo, como el que mas no pudo. La cena fué ligera, bien se creerá sin juramento, que no me levanté á la mañana empachado el vientre; y queriendo irme, pidióme el huésped un cuarto de posada, no le tuve, ni se lo pude pagar: harto deseó el traidor quitarme el sayo, que era de buen paño: víme apretado, y casi se rasáron los ojos de agua. Movióse á lástima uno de los arrieros, que no todos son blasfemos y desalmados, y dijo: Dejadle, huésped, que yo le daré. Sus compañeros me preguntáron: ¿Muchacho, de donde eres? ¿Donde vas? Respondióles el que pagó por mí: ¿qué le preguntais? perdido, ¿no se le conoce? Amargo está de ver que va huyendo de casa de su padre, ó de su amo. Díjome el huésped:

¿Oyes mozuelo, quieres asentar soldada conmigo? No me pareció para de presente malo, aunque se me hacia duro aprender á servir, habiendo sido enseñado á mandar. Díjele que sí. Pues entra, y quédate, que no quiero que me sirvas de otra cosa, mas que en dar paja y cebada, teniendo buena cuenta con cada uno á quien la dieres. Harélo, le respondí, y asi me quedé por algunos dias, comiendo sin tasa, y trabajando con ella como por pasatiempo, que hasta las noches cuando venian los arrieros, todo lo restante con pasageros no era de consideracion. Allí supe adobar la cebada con agua caliente que creciese un tercio y medir falso, raer con la mano, hinchar el pulpejo, requerir los pesebres; y si alguno me encargaba diese recaudo á su cabalgadura, le esquilmase un tercio. Algunos mancebilletes de ligas y vigotes venian á lo pulido y sin mozo, haciendo de caballeros: con los tales era el escudillar, porque llegábamos á ellos, y tomándoles las cabalgaduras, las metíamos en su lugar, donde les dábamos libranza sobre las ventas de adelante para la media paga, que la otra media recibian allí luego de socorro, aunque mal medida; y aun para ella tenia por coadjutores las gallinas, y lechones de casa, si acaso faltaba el borrico; y otras veces entraban todos á la parte, porque no se repara entre buenos en poquedades; pero á fe, que á la cuenta lo pagaban por entero:

nuestras bocas eran medidas, no teniendo consideracion á posturas, ni aranceles, porque aquellos no se guardan; solo se ponen allí para que se pague cada mes al alcaldo y escribano los derechos de ello, y para tener un achaque, si tenian fijada la cedulilla, ó no, con que llevarles la pena. Las cabalgaduras, ya se sabe lo que come cada una, y en cuanto salen por cabeza de paja, cebada y posada. La cuenta de la mesa era para mí gracioso entretenimiento; porque siempre nos arrojábamos al vuelo, y estábamos diestros en decir: Tantos reales y tantos maravedis, y hágales buen provecho, cargando siempre un real mas, que una blanca menos. Muchos como cuerdos lo pagaban luego; y algunos noveles ó de la hoja, pedian de qué; y era cortarse las cabezas, porque subiendo los precios á todo, siempre buscábamos que añadir, aunque fuese de guisar la olla, y venian á faltar dineros, los que pagaban como por mandamiento de apremio. La palabra del ventero es una sentencia definitiva; no hay á quien apelar sino á la bolsa, y no aprovechan bravatas, que son los mas cuadrilleros, y por su mal antojo siguen á un hombre callando hasta poblado, y allí le probarán que quiso poner fuego á la venta, y les dió de palos, ó les forzó la muger ó hija, solo por hacer mal, y vengarse. Teníamos tambien en casa unas añagazas de municion para provisiones de pobretes pasage-

ros, y eran ellas tales, que ninguno entrara en la venta á pie, que dejara de salir á caballo. Pues olvídesete algo, ponlo á mal cobro, que luego lo hallarás. Qué de robos, qué de tiranías, cuantas desvergüenzas, qué de maldades pasan en ventas, y posadas; qué poco se teme á Dios, ni á sus ministros y justicias, pues para ellos no las hay, ó es que van á la parte, y no es tal cosa de creer; pero ya se ignore, ó se entienda, seria importante el remedio, que se dejan muchas cosas de seguir, y los acarreos detienen las mercaderías por la costa de ellos. Cesan los tratos por temor de venteros y mesoneros, que por mal servicio llevan buena paga, robando públicamente. Soy testigo haber visto cosas, que en mucho tiempo no podria decir de aquestas insolencias, que si las oyéramos pasar entre bárbaros, como á tales los culpáramos: no es pues, prometo, la reformacíon de los caminos, puentes y ventas, lo que requeria menos cuidado, que las muy graves, por el comercio y trato; aunque ya cuando yo de aquí salga poco me quedará que andar.

CAPÍTULO II.

Como Guzman de Alfarache, dejando al ventero, se fué á Madrid, y llegó hecho pícaro.

SIENDO aquella para mí una vida descansada, nunca me pareció bien, y menos para mis intentos; porque al fin era mozo de ventero, que es peor que de ciego. Estaba en camino pasagero; no quisiera ser allí hallado, y en aquel oficio, por mil vidas que perdiera. Pasaban mozuelos caminantes de mi edad y talle, mas y menos; unos con dinerillos, y otros pidiendo limosna, dije: ¡Pues pese á Al, he de ser mas cobarde, ó para menos que todos! pues no me pienso perder de pusilánime. Hice corazon, y buen rostro á los trabajos, con que dejando mi venta, me fuí visitando las de adelante con alguna moneda de vellon, ganada en buena guerra, y de algunos mandados que hice; era poco, y consumióse presto. Comencé á pedir por Dios; algunos me daban á medio cuarto, y los mas me decian: Perdona hijo. Con el medio cuarto, y otros que se le arrimaban, comia segun alcanzaba el gaudeamus, y con el perdona hijo, no remediaba letra, y perecía.

Dábase muy poca limosna, y no era maravilla, que en general era el año estéril, y si estaba mala la Andalucía, peor cuanto mas adentro del reino de Toledo, y mucha mas necesidad habia de los puertos adentro. Entonces oí decir: Líbrete Dios de la enfermedad que baja de Castilla, y de hambre que sube del Andalucía.

Como el pedir me valia tan poco, y lo compraba tan caro, tanto me acobardé, que propuse no pedirlo por extremo en que me viese: fuíme valiendo del vestidillo que llevaba puesto; comencéle á desencuadernar, malogrando de una en otra prenda, unas vendidas, otras enagenadas, y otras por empeño, hasta la vuelta; de manera, que cuando llegué á Madrid, entré hecho un gentil galeote, bien á la ligera, en calzas y camiza: eso muy sucio, roto y viejo, porque para el gasto fué todo menester. Viéndome tan despedazado, aunque procuré buscar á quien servir, acreditándome con buenas palabras, ninguno se aseguraba de mis obras malas, ni queria meterme dentro de su casa en su servicio; porque estaba muy asqueroso y desmantelado. Creyéron ser algun pícaro ladroncillo, que les habia de robar, y acogerme. Viéndome perdido, comencé á tratar el oficio de la florida picardía; la vergüenza que tuve de volverme, perdíla por los caminos, que como vine á pie y pesaba tanto, no pude traerla, ó quizá me la lleváron en la capilla de la

capa; y asi debió de ser, pues desde entonces tuve unos bostezos y calosfrios, que pronosticáron mi enfermedad. Maldita sea la vergüenza que me quedó, ni ya tenia, porque me comencé á desenfadar, y lo que tuve de vergonzoso, lo hice desenvoltura, que nunca pudiéron ser amigos el hambre y la vergüenza. Vi que lo pasado fué cortedad, y tenerla entonces fuera necedad, y erraba como mozo; mas yo la sacudí del dedo, cual si fuera víbora que me hubiese picado. Juntéme con otros torzuelos de mi tamaño, diestros en las presas: hacia como ellos en lo que podia, mas como no sabia los acometimientos, ayudábales á trabajar, seguia sus pasos, andaba sus estaciones, con que allegaba mis blanquillas. Fuíme asi dando bordos, y sondando la tierra. Acomodéme á la sopa, que la tenia cierta; pero habia de andar muy concertado relojero, que faltando á la hora, prescrivia, quedándome á oscuras. Aprendí á ser buen huésped esperar y no ser esperado. No dejaba de darme pena tanto cuidado, y andar holgazan; porque en este tiempo me enseñé á jugar á la taba, al palmo, y al hoyuelo; de allí subí á medianos, supe el quince, y la treinta y una, quínolas, y primera: brevemente salí con mis estudios, y pasé á mayores, volviéndolos boca arriba, con topo y hago. No trocara esta vida de pícaro, por la mejor que tuviéron mis pasados: tomé tiento á la corte,

íbaseme sutilizando el ingenio por horas; dí nuevos filos al entendimiento, y viendo á otros menores que yo hacer con caudal poco mucha hacienda, y comer sin pedir, ni esperarlo de mano agena, que es pan de dolor, pan de sangre, aunque te lo dé tu padre, con deseo de esta gloriosa libertad, y de que no me castigasen como á otros por vagamundo, acomodéme á llevar los cargos que podian cargar mis hombros.

Larga es la cofradía de los asnos, pues han querido admitir á los hombres en ella, y han estado comedidos en llevar las inmundicias con toda llaneza, por aliviarles el trabajo; mas hay hombres tan viles, que se lo quitan del seron, y lo cargan sobre sí, por tener una azumbre mas de vino para beber; ved á lo que se extiende su fuerza.

Dejando esto á una parte, te confieso, que á los principios anduve algo tibio, de mala gana, y sobre todo temeroso, que como cosa nunca usada de mí, se me asentaba mal, y le entraba peor; porque son dificultosos todos los principios; mas despues que me fuí saboreando con el almibar picaresco, de hilo me iba por ello á cierra ojos. ¡Qué linda cosa era, y qué regalada! sin dedal, hilo, ni aguja, tenaza, martillo, ni barrena, ni otro algun instrumento; mas de una sola capacha, como los hermanos de Anton Martin, aunque no con buena vida y

recogimiento, tenia oficio y beneficio: era bocado sin hueso, lomo descargado, ocupacion holgada, y libre de todo género de pesadumbre.

Poníame muchas veces á pensar la vida de mis padres, y lo que experiménté en la cortamia la que tan sin propósito sustentáron, y á tanta costa. ¡Ó, decia, lo que carga el peso de la honra, y como no hay metal que le iguale! ¡á cuanto está obligado el desventurado, que de ella hubiere de usar! ¡qué mirado, y medido ha de andar! ¡qué cuidadoso y sobresaltado! ¡por cuan altas, y delgadas maromas ha de correr! ¡por cuantos peligros ha de navegar! ¡en qué trabajo se quiere meter, y en qué espinosas zarzas enfrascarse! ¿Qué diz que ha de estar sujeta mi honra de la boca del descomedido, y de la mano del atrevido, el uno porque dijo, y el otro porque hizo lo que fuerzas ni poder humano pudiera resistirlo? ¿Qué frenesí de Satanas causó este mal abuso con el hombre, que tan desatinado le tiene! Como si no supiésemos que la honra es hija de la virtud; y tanto cuanto uno fuese virtuoso, será honrado, y será imposible quitarme la virtud, que es el centro de ella. Solo podrá la muger propria quitarmela, conforme á la opinion de España, quitándosela á sí misma; porque siendo una cosa conmigo, mi honra y la suya, son una y no

dos, como es una misma carne, que lo mas es burla, invencion y sueño. Vida dichosa, que no la conoces, ni sabes, ni tratas de ella. Parecíame, si quien la pretendia de veras abriera los ojos, considerando sin pasion sus efectos, que diera en el suelo con la carga, primero que tocarla con la mano. ¡Qué trabajosa es de ganar! ¡qué dificultosa de conservar! ¡qué peligrosa de traer! ¡y cuan fácil de perder, por la comun estimacion! Y si con el vulgo se ha de caminar á ella, es uno de los mayores tormentos que á quien con quietud quisiere pasar su carrera le puede dar la fortuna, ni padecer en esta vida; y con ver á los ojos que asi pasa, como si salvase las almas, las dan por ella. No haces honra de vestir al desnudo, ni hartar al necesitado, ni ejercer como debes las obras de tu ministerio, y otras que sé, y las callo, y tú las conoces de tí mismo, y las disimulas creyendo que otro no te las entiende, siendo públicas, que las dejo de escribir, por no señalarte con el dedo, y haces la del humo, y aun de menos. Haz honra de que esté proveido el hospital de lo que se pierde en tu botillería ó despensa, que tus acémilas tienen sábanas y mantas, y allí se muere cristo de frio: tus caballos revientan de gordos, y se te caen los pobres muertos á la puerta de flacos. Esta es honra que se debe tener, y buscar junta-

mente, que lo que llamas honra, mas propriamente se llama soberbia ó loca estimacion, que trae los hombres éticos y tísicos, con hambre canina de alcanzarla, para luego perderla, y con el alma, que es lo que se debe sentir y llorar.

CAPÍTULO III.

En que Guzman de Alfarache prosigue contra las vanas honras Declara una consideracion que hizo, de cual debe ser el hombre con la dignidad que tiene.

AUNQUE era muchacho, como padecia necesidad, todo esto pasaba con la imaginacion: antojábaseme, que la honra era como la fruta nueva por madurar, que dando por ella excesivos precios, todos igualmente la compran, desde el que puede, hasta el que no es bien que pueda; y es grande atrevimiento y desvergüenza, que compre media libra de cerezas tempranas un trabajador, por lo que le costaran dos panes para sustentar á sus hijos y muger. ¡O santas leyes, provincias virtuosas, donde en esto ponen freno, como á daño universal de la república! Compranla al fin, y comen de ella sin límite ni moderacion, que nunca se hartan de comprarla, ni de comerla: hacen el cuerpo de mala sustancia, engéndrales mal humor, vienen despues á pagarlo con gentiles calenturas ó accesiones y otras congojosas enfermedades. A fe que ha de costar mas de una purga tanto tragar de honra; nunca lo codicié,

ni le hice cara despues que la conocí. Tambien porque veia escuderos, criados, y oficiales de obra usada sacarlos de sus oficios para otros, de todo punto repugnantes, como el calor del frio, y tan distantes á su calidad como el cielo de la tierra: llamástelos ayer con tu criado, no dándoles mas de un vos muy seco, que aun apenas les cabia, ya te envian hoy á llamar con un portero, y para tu negocio se lo suplicas, no cansándote de arrojarles mercedes, pidiéndoles que te las hagan. ¡Dime, no es ese que ahora como fingido pabon hace la rueda, y extiende la cola, el que ayer no la tenia! Si, él mismo es, y el mal fuste sobre que diéron aquel bosquejo, presto, caida la pluma; quedará lo que antes era; y si bien lo consideras, hallarás los tales no ser hombres de honra, sino honrados, que los de honra ellos la tienen de suyo, nadie los puede pelar, que no les nazca nueva pluma, mas fresca que la primera; mas los honrados, de otro la reciben: ya los ves, ya no los ves, tanto duran las mayas como mayo: tanto los favores, como el favoreciente; pásase, y queda cada uno quien es: asi los veia salir ocupados á negocios graves y de calidad, á quien un hidalgo de muy buen juicio y partes pudiera acometer, y aun deseara alcanzar. Decíales yo desde mi lecho: ¡Donde vais, hermanos, con esos oficios! Y si me oyeran, pudieran responder: No se, por Dios; allá nos

envian para que nos aprovechemos, ganando cuatro reales. ¡Pues no consideras, pobre de tí, que lo que llevas á cargo no lo entiendes, ni es de tu profesion, y perdiendo tu alma, pierdes el negocio ageno, y te obligas á los daños en buena conciencia? ¿No sabes, que para salir de ello tienes necesidad forzosa de saber mas que coser, ó tundir, ó dar el brazo á la señora Doña fulana, que por dar ella mano al personage de quien te lo alcanzó lo llevas? ¿Preguntáronte por ventura, ó tú contigo mismo hiciste algun escrutinio, si te hallarás capaz, con suficiencia, si lo podrias ó sabias hacer bien sin encargar la conciencia, yéndote al infierno, y llevando contigo á quien te lo dió? Algun bachiller aquí vecino, y creo debe ser el oficial del barbero, que suelen ser climáticos hablatistas, me responde. Podemos: mira, cuerpo de tal, qué negocio de tantas tretas, y dificultades, todos somos hombres, y sabrémos darnos maña, que una vez comenzados, ellos mismos caminan, y se hacen. ¡O qué gran lástima, que aprendais el oficio cuando venir á usar de él! Teme el piloto el gobierno de la nave, no solo en la tormenta, sino en todo tiempo, aun en bonanza, por varios acaecimientos que suceden, con ser en su arte diestro; ¿y tú, que nunca viste la mar, ni conoces el arte de marear quieres gobernarla, y engolfarte donde no sabes? quien le pudiera decir á

este mocito de guitarra : ¿Y tú no ves que cuando lo vienes á entender, ó á pensar que lo entiendes que es lo mas cierto ya lo tienes perdido, y al dueño de él, con los dias que has ocupado, y disparates que has hecho! Usa tu oficio, deja el ageno, mas no es culpa tuya, sino del que te lo encargó : cambio es que corre sobre su conciencia. Vamos adelante. Asi, pues, yo conocia gente miserable y pobre, y mañana se levantaban desconocidos, como el que se tiñe la barba, de viejo, mozo entronizado, que esperaban ser saludados primero de otros á quien pudieran servir criados, y en oficios muy bajos. Yo me sabia muy bien por donde corria, quien guiaba el carro, y porque se violentaba, sacándole de su curso, quitándolo á sus dueños, para darlo á los extraños. Tambien sentia, que tenian razon los que de ello murmuraban, que debiendo dar á cada uno lo que le viene de su derecho, lo habian corrompido la envidia y la malicia, quedando infamados todos; porque cuanto las dignidades hacen ser mas conocidos á los que no las merecen, tanto mas los hacen ser menospreciados; y ellas no se quedan sin su paga, que como afrentan á los que las tienen sin merecerlas tener, tambien quedan deshonradas, por haberse dado á tales personas, dejando juntamente al que las dió con infamia, detraccion y obligacion.

Aquí se acaba de apear un pensamiento, que llegó de camino, de los de aquellos buenos tiempos: véndolo por mio, si no es esa la falta que le hallas: dirélo, por haberme parecido digno de mejor padre: tú lo dispon y compon segun te pareciere, enmendando las faltas; y aunque de pícaros, cree que todos somos hombres, y tenemos entendimiento, que el hábito no hace al monge: demas, que en todo voy con tu correccion.

Ya sabes mis flaquezas, quiero que sepas, que con todas ellas nunca perdí algun dia de rezar el rosario entero, con otras devociones; y aunque te oigo murmurar, que es muy de ladrones y rufianes no soltarle de la mano, fingiéndose devotos de nuestra señora, piensa y dí lo que quisieres, como se te antojare, que no quiero contigo acreditarme. Lo primero, cada mañana oia misa, luego me ocupaba en ir á mariscar para poder pasar. Como una vez me levantase tarde, y no bien dispuesto, parecióme no trabajar: era fiesta, fuíme á la iglesia, oí misa mayor, y un buen sermon de un docto Agustino, sobre el capítulo quinto de San Mateo, donde dice: Asi den luz vuestras buenas obras á vista de los hombres, que miradas por ellos, den gracias y alabanzas á vuestro Padre eterno, que está en los cielos, etc. Dió una rociada por los eclesiásticos, prelados, y beneficiados, que no les habian

dado tanto de renta, sino de cargo, no para comer, vestir, y gastar en lo que no es menester, sino en dar de comer y vestir á los que lo han menester, de quien eran mayordomos, ó propriamente administradores, como de un hospital; que haberles encargado la tal mayordomía, ó administracion, fué como á personas de mas confianza, menos interesadas, piadosas, retiradas del siglo y de sus confusiones, que con mas cuidado y menos ocupacion podian acudir á este ministerio: que abriesen los ojos á quien lo daban, como, y en quien lo distribuian, que era dinero ageno, de que se les habia de tomar estrecha cuenta. Nadie se duerma, todo el mundo vele, no quiera pensar hallar la ley de la trampa, ni la invencion de la zancadilla para defraudar un maravedí, que seria la sisa de Judas. Digo en general, que sus tratos, y costumbres fuesen como el farol en la Capitana, tras quien todos caminasen, y en quien llevasen la mira, sin empacharse en otros tratos ni grangerías, de las que se encargáron con el voto que hiciéron, y obligacion que firmáron en los libros de Dios, donde no puede haber mentiras, ni borrones. Harto me acordé de un amigo de mi padre, lo mal que distribuyó lo que cobró, y del mal ejemplo que dejó, y en tal paró él y ello. Muchas y buenas razones dejo, que por la indecencia de mi profesion callo, y no es lícito á mi hábito

referirlas. A la noche mi enfermedad crecia, la cama no era muy buena, ni mas mullida que un pedazo de estera vieja; en un suelo lleno de hoyos. Venia el ganado paciendo por la dehesa humana del mísero cuerpo, recordé al ruido; húbeme de rascar, y comencéme á desvelar: fuíme recapacitando todo mi sermon pieza por pieza, entendí, que aunque habló de religiosos, tocaba en comun á todos, desde la tiara, hasta la corona, desde el mas poderoso príncipe, hasta la vileza de mi abatimiento. ¡Válgame Dios! me puse á pensar, que aun á mí me toca, y yo soy alguien, cuenta se hace de mí, ¿pues qué luz puedo dár, ó como la puede haber en hombre de oficio tan oscuro, y bajo? Sí, amigo, me respondia, á tí te toca, y contigo habla, que tambien eres miembro de este cuerpo místico, igual con todos en sustancia, aunque no en calidad: lleva tus cargos bien y fielmente; no los vendimies, ni cercenes, ni faltes en el camino, pasando de la espuerta á los calzones, á tus escondrijos y valsopetos, lo que no es tuyo, ni quieras llevar á peso de plata los pasos que mueves, y tanto por carga de dos panes, como de dos vigas; modérate con todos, al pobre sirve de balde, dándolo á Dios de primicia: no seas deshonesto, gloton, vicioso, ni borracho: ten cuenta con tu conciencia, que haciéndolo asi (como la viejecita del evangelio) no faltará

quien levante su corazon, y los ojos al cielo, diciendo: Bendito sea el señor, que aun en pícaros hay virtud; y esto en tí será luz.

Pero á mi juicio de ahora y entonces, volviendo á la consideracion prometida, con quien habló mas, que á religiosos, y comunidad, fué con los príncipes y sus ministros de justicia, de quien iba hablando cuando esta digresion hice, que verdaderamente son luz, y en aquel sagrado capítulo, ó en la mayor parte de él, todo es luz, y mas luz, para que no aleguen que no la tuviéron. Consideré, que la luz ha de estar como agente en algun paciente sugeto en quien haga como en la cera, ya sea una hacha, ó lo que tú quisieres. Digo, habérseme representado la tal persona, ó tú como es verdad ser la luz, tus buenas obras, tus costumbres, tu zelo, tu santidad es lo que ha de resplandecer, y darla. ¿Pues qué piensas, que es darte un oficio, ó dignidad! Poner cera en esa luz, para que ardiendo resplandezca. ¿Qué es el oficio de la luz! Ir con su calor llamando, y chupando la cera hácia sí, para alumbrar mejor, y sustentarse mas. Eso pues, has de hacer de tu oficio; embeberle, incorporarle en esa luz de tus virtudes y honesta vida, para que todos las vean, y todos las imiten, viviendo tan rectamente, que ruegos no te ablanden, ni lágrimas te enternezcan, ni dones te corrompan, ni amenazas te espanten, ni la ira te

venza, ni el odio te turbe, ni la aficion te engañe. Oye mas: ¿cual vemos primero, la luz, ó la cera? no negarás que la luz. Pues haz de manera, que tu oficio que es la cera, se vea despues de tí, conociendo al oficio por tí, y no á tí por el oficio. Muchas veces acontece la cera ser mucha, y la luz poca, y ahogarse en ella: como si en un cirio grueso el pabilo fuese sutil; otras volver la luz ábajo, y derritiéndose la cera encima, luego apagarse: asi vemos, que lo bueno en tí es tan poco, y el oficio que te dan sobra tanto á la medida de tus méritos, que lo poco se te apaga y quedas á oscusas: otras veces vuelves al suelo tus virtudes, inclínaste mal, porque derrites el oficio encima, robando, baratando, forzando, menospreciando al pobre su causa, tratándola con dilacion, y la del rico con instancia: señálaste con rigor en el pobre, dispensando con el rico mansedumbre: al pobre atropellaste con soberbia, y al rico hablaste con veneracion y crianza. Con esto se te acaba de morir, y se te gasta, quedando perdido. Hay otros, que hacen del oficio luz, como dije antes; y habiéndolo ellos de ser, por el contrario, son la cera. ¿Estos tales, qué negocian, si sabes? Yo te lo diré. ¿cual es la propiedad de la cera? Irse poco á poco gastando, y consumiendo, llevando la luz violentada tras sí, hasta que se desaparecen el uno y el otro, y quedan acabados: esto

mismo les acontece: viven de manera, (teniendo escondidas las buenas obras, las virtudes, y lo bueno) que ni se precian de ello, ni lo estiman: estiman el oficio, que hiciéron luz; vanle violentando, por incorporarle en sí, por desquilmarle, por desnatarle, y aun desangrarle, y vanse poco á poco consumiendo con él; viven mal, y mueren mal; cual viviéron, asi muriéron. ¿Qué piensa el que se hace cera, cuando á uno le quita su justicia, ó lo que justamente merece, y lo trasmonta en el idiota, que se le antoja? ¿Sabes qué? derritese, y gastase sin sentir como ni de qué manera; acabásele la salud, consúmesele la honra, pierde la hacienda, fallecen los hijos, muger, deudos y amigos, en quien hacian estribos de sus pretensiones; andan metidos en profundísimas melancolías, sin saber dar causa de que la tienen. La causa es, amigo, que son azotes de Dios, con que temporalmente los castiga en la parte que mas les duele, demas de lo que para despues les aguarda; y asi permite su Devina Magestad, para consuelo de los justos, á los que disolutamente pecan haciendo públicos agravios, y sinrazones, castigarlos á ojos de los hombres, para que le alaben en su justicia, y se consuelen con su misericordia, que tambien lo es castigar al malo. ¿Quieres tener salud, andar alegre, y sin esos achaques de que te quejas, estar contento, abundar en riquezas,

y sin melancolías? toma esta regla : Confiésate como para morir : cumple con la difinicion de justicia , dando á cada uno lo que le toca por suyo : come de tu sudor, y no del ageno : sírvante para ello los bienes , y gages ganados limpiamente, andarás con sabor, serás dichoso, y todo se te hará bien.

Á buena fe que mi consideracion me iba metiendo muy adentro, donde quizá perdiera pie, y fuera menester socorro. Ya me engolfaba, ó me puse á pique para decir el por qué, y como se hace algo de esto : si corre por interes, ó si por aficion, ó pasion, quiero callar, y no habrá ley contra mí, ni secreto para mí, que al buen callar llaman santo ; pues aun conozco mi exceso en lo hablado, que mas es doctrina de predicacion, que de pícaro. Estos ladridos á mejores perros tocan, rómpanse las gargantas, descubran los ladrones; mas ay ! si por ventura les han echado pan á la boca , y callan !

CAPÍTULO IV.

En que Guzman de Alfarache refiere un soliloquio que hizo; y prosigue contra las vanidades de la honra.

LARGA digresion he hecho, y enojosa; ya lo veo mas no te maravilles, que la necesidad á donde acudimos era grande, y si concurren dos ó mas lesiones juntas en un cuerpo, es precepto acudir á lo mas principal, no poniendo en olvido lo menos. Asi corre en la guerra, y todas las mas cosas: yo te prometo, que no sabré decir cual de las dos fuese mayor, la que dije, ó la que tomé, por lo que importan ambas; mas volvamos á donde nos queda empeñada la prenda, siguiendo aquel discurso. Llevaba yo un dia en mi capacha ó esporton del rastro un cuarto de carnero á un oficial calcetero: halléme acaso unas coplas viejas, que á medio tono, como las iba leyendo, las iba cantando. Volvió mi dueño la cabeza, y sonriéndose dijo: Válgate la maldicion, mal trapillo, leer sabes? Respondíle, y muy mejor escribir. Luego me rogó, que le enseñase á hacer una firma, y me lo pagaria. Preguntéle: Diga, señor, firma sola ¿ para qué la quiere,

ó de qué le puede aprovechar? El me respondió: ¿Para qué? salgo á negocios, que me da fulano mi señor, porque yo calzo á sus niños (y nombró al personage) y querria siquiera saber firmar, por no decir que no sé cuando se ofrezca. Quedóse asi este nogocio, y yo haciendo un largo soliloquio, que fuí siguiendo buen rato en esta manera:

Aquí verás, Guzman, lo que es la honra, pues á estos la dan. El hijo de nadie que se levantó del polvo de la tierra, siendo vasija quebradiza, llena de agujeros, rota, sin capacidad que en ella cupiera cosa de algun momento, la remendó con trapos el favor, y con la soga del interes, ya sacan agua con ella, y parece de provecho. El otro hijo de Pedro sastre, que porque su padre, como pudo y supo, mal ó bien le dejó que gastar; y el otro que robando tuvo que dar y con que coechar, ya son honrados, hablan de bóveda, y se meten en corro: ya les dan lado y silla, quien antes los estimara para acemileros. Mira cuantos buenos estan arrinconados, cuantos hábitos de Santiago, Calatrava, y Alcántara cosidos con hilo blanco, y otros muchos de la envejecida nobleza de Lain Calvo, y Nuño Rasura atropellados. ¿Díme quien les da la honra á los unos, que á los otros quita? El mas ó menos tener. ¡Que buen decano de la facultad, ó que gentil rector, ó maestre-escuela! ¡qué dis-

cretamente graduan, y que buen exámen hacen! Díme mas: ¿Y á qué se obliga ese que lleva el oficio que decias primero, y esotro á quien el dinero entronizó en la *sancta sanctorum* del mundo? ¿Y como queda el hombre discreto, noble, virtuoso, y de claros principios, de juicio sosegado, cursado en materias, dueño verdadero de la cota, que dejándole sin ella, se queda pobre, arrinconado, afligido, y por ventura necesitado á hacer lo que no era suyo, por no incurrir en otra cosa peor? Mucho me pides para lo poco que sabré satisfacerte, mas diré conforme á lo que alcanzo, lo que de ello entiendo.

Cuanto para con Dios, son sus juicios ignotos á los hombres y á los ángeles: no me entremeto á mas de lo que con entendimiento corto puedo decir; y es, que él sabe bien dar á cada uno todo aquello de que tiene necesidad para salvarse; y pues aquel oficio faltó, no convino, por lo que el sabe, ó que con él se condenara, y le quiere salvar, que le tiene predestinado. Esto es cuanto para el que se queda sin lo que merece; pero para el poderoso, que se lo quita, que no es juez de intenciones, ni de corazones, ni los puede examinar; y por lo exterior, que solo conoce, pervierte la provision, si habemos de hablar en lenguage rústico, regulando el celestial, digo: Que á la márgen de la cuenta de este poderoso saca Dios (como acá solemos decir para advertir algo) un ojo,

y dice luego: ¡Qué le tengo de pedir! ¿qué causa tuvo de este agravio, sabiendo que los tengo amenazados? Jueces de la tierra, porque no juzgásteis bien, os tengo aparejado durísimo castigo: yo residiré en la sinagoga de los dioses, y los juzgaré. Lástima grande, que quieran, sabiendo esta verdad, hallarse delante de aquel juez recto, y verdadero, con acusacion cierta, que los ha de condenar, y faltos en la restitucion, que deben, sin la cual el pecado no puede ser perdonado, y no lo quieran remediar.

Verdad es que no faltará quien les diga: Si señor, bien pudistes, no pecastes, bien hicistes en darlo á vuestro deudo, conocido, amigo, ó al criado que está mas cerca. Pues en verdad que no pudísteis, porque lo quitásteis de su lugar, y lo pusísteis en el ageno. Vuelve sobre tí, considera hermano mio, que es yerro, que no pudiste, porque no pudiste; pecaste, y porque pecaste, no está bien hecho: no mires á dichos de tontos, ni de congraciadores en lo que te importa tanto, lo mejor seria que te ciñeses, y vieses lo que te aprieta, y lo repasases con tiempo, que hay confesores de grandes absolvederas, que son como sastres; dirante, que el vestido que ellos hiciéron te entalla bien; pero tú sabes mejor si te aprieta, si te aflige, si te angustia, ó como te viene; y permite Dios, que porque no buscaste quien, viviendo y gobernando, te dijese verdades, al tiempo de la

muerte, agonizando, no haya quien te las diga, y te condenes. Vela con los ojos, abre los oidos, y no dejes que te pongan las abejas de satanas la miel en ellos, ni hagan enjambre, que son caminos anchos de perdicion. Pero volviendo á estos tales, cuanto á Dios no dudo su castigo, y cuanto á los hombres te sabré decir, que abren puerta á la murmuracion, y que hagan de ello pública conversacíon, diciendo, como dije antes, los fines, que creí fueran secretos, teniendo lástima de tantos méritos tan mal galardonados, y de un trueco tan desproporcionado, viendo á los malos, por malos medios, valer mas, y á los buenos con su bondad excluidos, y desechados; mas yo te prometo que les tiene Dios contados los cabellos, y que ni uno se les pierda. Si los hombres les faltaren, consuélense que les queda buen Dios, que no les faltará.

Asi que de este modo van las cosas, pues ni quiero mandos, ni dignidades; no quiero tener honra, ni verla: estáte como te estás, Guzman amigo; séanse en hora buena ellos la conseja del pueblo, nunca se acuerden de tí, no entres donde no puedes libremente salir; no te pongas en peligro que temas; no te sobre que te quiten, ni falte para que pidas: no pretendas lisonjeando, ni enfrasques, porque no te inquieten, procura ser usufructuario de tu vida, que usando bien de ella, salvarte puedes en tu estado: ¿Quien te mete en ruidos, por lo que

mañana no ha de ser, ni puede durar? ¿Qué sabes, ó quien sabe del mayordomo del Rey Don Pelayo, ni del camarero del Conde Fernan-Gonzalez! Honra tuviéron, y la sustentáron, y de ellos, ni de ella se tiene memoria alguna; pues asi mañana será olvidado, ni se tendrá de tí. ¿Para que es tanto ahinco, tanta sed, y tantos embarazos! uno para la comida, que aun es tanta la vanidad, que comer mucho y desperdiciado califica; otro para el vestido, y otro para la honra. No, no te está bien, y con tales cuidados no llegarás á viejo, ó lo serás antes de tiempo: deja, deja la hinchazon de estos gigantes, arrímalos por las paredes, vístete en invierno de cosa que te abrigue, y en verano que te cubra, no andando deshonesto, ni sobrado: come con que vivas, que fuera de lo necesario es todo superfluo, pues no por ello el rico vive, ni el pobre muere, antes es enfermedad la diversidad y abundancia en los manjares, criando viscosos humores, y de ellos graves accidentes, y mortales apoplejías. ¡Ó tú dichoso dos, tres y cuatro veces, que á la mañana te levantas á las horas que quieres, descuidado de servir, ni ser servido! que aunque es trabajo tener amo, es mayor tener mozo, como luego dirémos. Al medio dia la comida segura, sin pagar cocinero, ni despensero, ni enviar por carbon mojado á la tienda, y que te traigan piedras y tierra, y sabe Dios por que

se disimula, sin cuidado de la gala, sin temor de la mancha, ni codicia del recamado, libre de guardar, sin rezelo de perder, no envidioso, no sospechoso, sin ocasion de mentir y maquinar para privar; mas te importa ir solo que acompañado; apriesa que despacio; riendo que llorando; comiendo que trepando; sin ser notado de alguno. Tuya es la mejor taberna, donde gozas del mejor vino: el bodegon donde comes el mejor bocado; tienes en la plaza el mejor asiento; en las fiestas el mejor lugar; en el invierno el sol; en el verano la sombra: pones mesa, haces cama por la medida de tu gusto, sin que pagues dinero por el sitio, ni alguno te lo vede, inquiete, ni contradiga: remoto de pleitos, ageno de demandas, libre de falsos testigos, sin rezelo que te repartan, y por temas te empadronen, descuidado que te pidan, seguro que te decreten, lejos de tomar fiado, ni de ser admitido por fiador, que no es pequeña gloria; sin causa para ser ejecutado, sin trato para ejecutar, quitado de pleitos, contiendas y debates; últimamente satisfecho, que nada te oprima, ni te quite el sueño, haciéndote madrugar, pensando en lo que has de remediar.

No todos lo pueden todo, ni se olvidó Dios del pobre, camino le abrió con que viviese contento, no dándole mas frio que como tuviese la ropa; y puede como el rico pasar si se quiere

regalar; mas esta vida no es para todos, y sin duda el primer inventor debió ser famosisimo filósofo, porque tan felice sosiego tuvo principio de algun singular ingenio; y hablando verdad, lo que no es esto, cuesta mucho trabajo, y los que asi lo pasan, son los que lo padecen, y pagan, caminando con sobresaltos, contiendas, y molestias, lisonjeando, idolatrando, ajustando por fuerza, encajando de mañana, trayendo de los cabellos lo que ni se sufre, ni llega, ni se compadece; y cerrando los ojos á lo que importa ver, los tienen de lince, para que lo útil no se pase, siendo cosas, que les importara mas estar de todo punto ciegos, pues andan armando lazos, haciendo embelecos, desvelándose en como pasar adelante, poniendo trampas en que los otros caigan, porque se queden atras: vanidad de vanidades y todo vanidad. ¡Que triste cosa es de sufrir tanto número de cnlamidades, todas asestadas, ó, por menos mal decir, hechas puntales, para que la frágil, y desventurada honra no se caiga, y el que la tiene mas firme, es el que vive con mayor sobresalto de reparos! Volvia considerando sin cesar, ni hartarme de decir: ¡Dichoso tú, que envuelto entre plomo y piedras con firmes ligaduras la sepultaste en el mal, donde mas no salga, ni parezca!

Acordábaseme lo que en las cosas domésticas costaba un criado bellaco, sisador, menti-

roso, como los de ogaño, y si va por el atajo, ha de ser tonto, puerco, descuidado, flojo, costal de malicias, embudo de chismes, lenguaz en responder, mudo en lo que importa hablar, necio, y desvergonzado en gruñir. Una moza ó ama, que quiere servir de todo, sucia, ladrona, con un hermano, pariente ó primo, para quien destaja tantas noches cada semana; amiga de servir á hombre solo; de traer la mantilla en el hombro, y que le den racion, y ellá se tiene cuidado de la quitacion, cuando halla la ocasion, y ha de beber un proquito de vino, porque es enferma del estómago. Si salíamos por las calles, donde quiera que ponia la mira, todo lo veia de menos quilates, falto de ley, falso, nada cabal en peso, ni medida: traslado á los carniceros, y á las gentes de las plazas y tiendas; demas de esto, que desesperacion pone un escribano falsario ó cohechado, contra quien la verdad no vale, que solo el cañon de su pluma es mas dañoso, que si fuera de bronce reforzado: un procurador mentiroso, un letrado revoltoso, de mala conciencia, amigo de trampear, marañar, y dilatar, porque come de ello. Un juez testarudo, de los de yo me entiendo, que ni se entiende, ni lo entiendo, andaba pretendiendo mansejon, como toro en la vacada, y en saliendo, pareció que le tirárou garrochas: llevó un vestido qué para poderle concertar y ponérsele, eran menester

mas de mil cedulillas y albalá de guia, ó entrarle con una cuerda, como en el laberinto, y con aquella hambre nunca se pensó ver harto; de donde diere, no dejó roso, ni belloso, en todo halló pecado: en este, porque sí, y en aquel, porque no. ¡Quien como la leona pudiera con bramidos dar vida en estos cachorrillos, verdades muertas, para que alentados tuviesen remedio! Vamos por los oficios. Considera el de un sastre, que tienen introducido tanto que se les ha de dar para el pendon, ó la obra no se ha de hacer, ó la tullen por hurtarlo: un albañil, un herrero, un carpintero, y otro cualquier oficial, sin que alguno se reserve, todos roban, todos mienten, todos trampean, ninguno cumple con lo que debe, y es lo peor, que se precian de ello. Volvamos arriba, no se nos quede arrinconado un boticario, que por no decir no tengo, ni desacreditar su botica, te dará los jarabes trocados, los aceites falsificados, no le hallarás droga leal, ni compuesto conforme al arte; mezclando, bautizan y ligan como les parece substitutos de calidades, y efectos diversos, pareciéndoles que va poco á decir de esto á esotro, siendo al contrario de toda razon y verdad, con que matan á los hombres, haciendo de sus botes y redomas escopetas, y de las píldoras pelotas, ó balas de artillería. Pues el señor doctor lo adoba, y pensarás que es menos: si no le pagas,

deja la cura; si le pagas la dilata, y por ello algunas ó muchas veces mata al enfermo; y es de considerar, que siendo las leyes hijas de la razon, si pides á un letrado algun parecer, lo estudia, no se resuelve sin primero mirarlo, con ser materia de hacienda; y un médico, luego que visita, solo de tomar el pulso, conoce la enfermedad ignota y remota de su entendimiento, luego aplica remedios, que son mas verdaderamente medios para el sepulcro. ¡No fuera bien (si es verdad su regla, que la vida es breve, el arte larga, la experiencia engañosa, el juicio difícil) irse poco á poco, hasta enterarse y ser dueños de lo que quieren curar, estudiando lo que deben hacer para ello! Es cuento largo tratar de esto, porque todo anda revuelto, todo apriesa, todo enmarañado: no hallarás hombre con hombre, ni cosa con cosa, todos vivimos en asechanza los unos de los otros, como el gato para el raton, ó la araña para la culebra, que hallándola descuidada, se deja colgar de un hilo, y asiéndola de la cerviz, la aprieta fuertemente, no apartándose de ella, hasta que con su ponzoña la mata.

CAPÍTULO V.

Como Guzman de Alfarache sirvió á un cocinero.

LIBRE me vi de todas estas cosas, á ninguna sujeto, excepto á la enfermedad, y para ella ya tenia pensado entrarme en un hospital. Gozaba la florida libertad, loada de sabios, deseada de muchos, cantada y discantada de poetas, para cuya estimacion todo el oro y riquezas de la tierra es poco precio. Túvela y no la supe conservar, que como acostumbrase á llevar algunos cargos, y fuese fiel y conocido tenia cuidado de buscarme un traidor de un despensero: déle Dios mal galardon. Hacia confianza de mí, enviábame solo, que llevase á su posada lo que compraba. De esta continuacion y trato, que no debiera, me cobró amistad; parecióle mejor sacarme de aquel oficio á sollastre ó pícaro de cocina, que era todo cuanto me pudo encaramar en grueso. Muchas veces me lo dijo, y una mañana me hizo una larga harenga de promesas, fué subiéndome á corregidor de escalon en escalon; que si aprendia bien aquel oficio, saliendo tal, entraria á la casa real, y que sirviendo tantos años, po-

dria retirarme rico á mi casa : mi fe hinchóme la cabeza de viento, y hasta probar poco habia que aventurar. Llevóme el señor mi amo (que ya nos conocíamos :) cuando allá llegué, como si fuera la primera vez que nos viéramos, me dijo con mucho toldo : Bien, ¿qué dice ahora, poca ropa! ¿Á qué viene por acá el caballero de Illescas? ¿Es menester algo! ¿vienes á estar conmigo! Yo estuve mal considerado, que cuando le vi comenzar con el tono tan alto, habia de volverle las espaldas, y dejarle con su razon y á la mosca, que es verano. Embacéme, sin saber que responder, mas como á otra cosa no iba, le dije : Si señor. Pues entrá conmigo, que si haces el deber, me dijo, no perderás en ello. Bien seguro estoy, le respondí, que asentado con V.m. tendré cierta la ganancia, pues no tengo de que resulte pérdida. Preguntóme : ¿Y sabes lo que has de hacer! Volvíle á decir : Lo que me mandaren y supiere hacer, ó pudiere trabajar, que quien se pone á servir, ninguna cosa debe rehusar en la necesidad, y á todas las de su obligacion tiene alegremente de satisfacer, y para lo uno y lo otro se ha de disponer. El se contentó de mi plática y entendimiento : asentí á mercedes, como gavilan. Anduve á los principios con gran puntualidad, y él me regalaba cuanto podia; mas no solo á mis amos (que era casado) procuré agradar, sirviendo de toda broza en monte y

villa, dentro y fuera, de mozo y moza, que solo faltó ponerme saya, y cubrir manto para acompañar á mi ama, porque las mas caserías, barrer, fregar, poner una olla, guisarla, hacer las camas, componer el estrado, y otros menesteres, de ordinario lo hacia (que por ser solo, estaba puesto á mi cargo) pero á todos los criados del amo procuraba contentar. Asi, acudia en un vuelo al recaudo del paje, como del mayordomo, del maestre-sala, como del mozo de caballos. Uno me mandaba le comprase lo necesario; otro que le limpiase la ropa; aqueste que le enjabonase un cuello; aquel que le llevase la racion á su muger, y esotro á su manceba. Todo lo hacia sin rezongar, ni haronear. Nunca fuí chismoso, ni descubrí secreto, aunque no me lo encargaron, que bien se me alcanzaba lo que habia licencia de hablar, y lo que era necesario callar. El que sirve se debe guardar de estas dos cosas, ó se perderá presto, siendo malquisto y odioso de todos. No respondia cuando me reñian, ni daba ocasion para ello: á los mandados era un pensamiento; donde habia de asistir nunca faltaba; y aunque todo me costaba trabajo, nada se perdia: bastábame por paga la loa que tenia, y lo bien que por ello me trataban de palabra, no faltando las obras á su tiempo.

Gran alivio es á quien sirve un buen tratamiento; son espuelas que pican á la volun-

tad para ir adelante, señuelo que llama los deseos; y carro en que las fuerzas caminan sin cansarse. Á unos es bien, y merecen servirse de gracia, y á otros no, por ningun dinero; y sobre todo reniego de amo, que ni paga, ni trata.

Entonces pude afirmar, que dejada la picardía, como reina de quien no se ha de hablar, y con quien otra vida política no se puede comparar, pues á ella se rinden todas la lozanías del curioso método de bien pasar, que el mundo solemniza; aquella era, aunque de algun cuidado, por extremo buena; quiero decir, para quien como yo se hubiese criado con regalo. Parecióme en cierto modo volver á mi natural, en cuanto á la bucólica, porque los bocados eran de otra calidad y gusto, que los del bodegon, diferentemente guisados y sazonados: en esto me perdonen los de san Gil, santo Domingo, Puerta del Sol, plaza Mayor, y calle de Toledo, aunque sus tajadas de hígado, y torreznos fritos malos eran de olvidar.

Por cualquiera niñería que hiciera, todos me regalaban: uno me daba una tarja, otro un real, otro un juboncillo, ropilla, ó sayo viejo con que cubria mis carnes, y no andaba tan maltratado: la comida segura y cierta, que aunque da otra cosa no me sustentara, bastara de andar espumando las oilas, y probando guisados: la racion siempre entera, que á ella no

tocaba. Esto me hizo mucho daño, y el haberme enseñado á jugar en la vida pasada; porque lo que ahora me sobraba, como no tenia casas que reparar, ni censos que comprar, todo lo vendia para el juego. De tal manera puedo decir, que el bien me hizo mal, que cuanto á los buenos les es de aumento, porque lo saben aprovechar, á los malos es dañoso, porque dejándolo perder, se pierden mas con él. Asi les acontece, como á los animales ponzoñosos, que sacan veneno de lo que las abejas labran miel. Es el bien como el agua olorosa, que en la vasija limpia se sustenta, siendo siempre mejor, y en la mala luego se corrompe y pierde. Yo quedé doctor consumado en el oficio, y en breves dias me refiné de jugador, y aun de manos, que fué lo peor. Terrible vicio es el juego, y como todas las corrientes de las aguas van á parar á la mar, asi no hay vicio que el jugador no se halle: nunca hace bien, y siempre piensa mal; nunca trata verdad, y siempre traza mentiras; no tiene amigos, ni guarda ley á deudos; no estima su honra, y pierde la de su casa; pasa triste vida, y á sus padres no se la desea; jura sin necesidad, y blasfema por poco interes; no teme á Dios, ni estima su alma: si el dinero pierde, pierde la vergüenza para tenerle, aunque sea con infamia, vive jugando, y muere jugando, en lugar de cirio bendito, la baraja

de naipes en la mano, como el que todo lo acaba de perder, alma, vida y caudal en un punto. Mucho experimenté de otros, no hablo lo que me dijéron, sino lo que mis ojos viéron. Cuando las raciones no bastaban, porque para jugar no faltase, traia por la casa los ojos como hachas encendidas, buscando de donde mejor pudiera valerme. Á las cosas de la cocina con facilidad ponia cobro, aprovechándome siempre de la comodidad, como de mí no pudiese haber sospecha. Muchas cosas que hurtaba las escondia en la misma pieza donde las hallaba, con intencion, que si en mí sospechasen, sacarlas públicamente, ganando crédito para adelante; y si la sospecha cargaba en otro, allí me lo tenia cierto, y luego me lo trasponia. Una vez me aconteció un donoso lance, que como mi ama trajese á casa otros amigos cofrades de Baco, pilotos de Guadalcanal y Coca, y quisiese darles una merienda, todos tocaban bien la tecla; pero mi amo (señaladamente) era extremado músico de un jarro. Sacóles entre algunas fiambreras, que siempre tenia proveidas, unas hebritas de tocino como sangre de un cordero. Ya de los envites hechos estaban todos á treinta con rey, alegres, ricos y contentos, y con la nueva ofrenda volviéron á brindarse, quedándose (y mi ama con ellos, que tambien lo menudeaba como el mejor danzante) que los pudieran desnudar en cueros,

tales lo estaban ellos : la polvoreda habia sido mucha, levantáronse los humos á lo alto de la chimenea; los unos cayendo, los otros tropezando, dando cada uno traspies, fuese como pudo, segun me lo contó un vecino; y mis amos á la cama, dejándose abierta la casa, la mesa puesta, y el vasillo de plata en que brindáron rodando por el suelo, y todo á beneficio de inventario. Yo acaso habia quedado en la cocina del amo aderezando sartenes y asadores, juntando leña, y haciendo otras cosas del oficio. Luego como acabé la tarea, fuime á la posada, halléla desaliñada, de par en par abierta, y el vasillo por tropiezo, casi pidiéndome que siquiera por cortesía le alzase : bajéme por él, miré á todas partes si alguno me pudiera haber visto, y como no sintiese persona, volvíme á salir pasito. No habia dado cuatro pasos, cuando me tocó en el corazon una arma falsa : púseme á pensar si habia habido hechizo, que era bien asegurarme mejor, y no ponerme en ocasion que por interes poco se aventurase mucho y algunos azotes á las vueltas. Volví á entrar, llamé dos ó tres veces, nadie me respondió; fuíme al aposento de mis amos, hallélos tales que parecian estar difuntos, y era poco menos, pues estaban sepultados en vino. El resuello que daban me dejó de manera, como si hubiera entrado en alguna famosa bodega.

Quisiera con algunos cordeles atarlos por los pies á los de la cama, y hacerles alguna burla; pero parecióme mas á cuento y mejor la del vaso de plata; púsele á buen cobro. Habiendo asegurado el hurto, volvíme á la cocina, donde no faltó en que ocuparme hasta la noche, que vino mi amo con un terrible dolor de costado en las sienes, y estando en el hogar solo un tizo, me quiso aporrear, que para que gastaba tanta leña, que se quemaria la casa. No estuvo aquella noche de provecho, como pude suplí, cubriendo su falta; puse á punto la cena, dímosla, y habiendo cumplido á todo, nos fuímos á dormir. Hallé á mi ama de mal semblante y muy triste; los ojos bajos y llorosos, ansiada y pesarosa, sin hablar palabra, hasta que mi amo fué acostado. Preguntéle, ¿qué tenia, que tan mohina estaba? Respondióme: Hay Guzmancico, hijo de mi alma, gran mal, gran desventura, amarga fuí yo, desdichada la hora en que nací, en triste signo me parió mi madre. Ya yo sabia donde le dolia, su botica fuera mi faltriquera, y mi voluntad su médico; pero no, que todas aquellas compasiones no me la ponian, porque habia oido decir, que cuando mas la muger llorare, se le ha de tener lástima como á un ganso que anda en el agua descalzo por enero. No me movió un cabello; mas fingiendo pesarme de su pena, la consolaba, que no dijese

tales palabras, rogándole me contase que tenia, dándome parte de ello, que en lo que pudiese haria por ella, como por mi madre. Ay hijo, me respondió, que trajo tu señor en amarga hora unos amigos á merendar, y entre todos me falta el vaso de plata: que hará tu amo cuando lo sepa, mataráme por lo menos, hijo de mis entrañas: que hará por lo mas, le quise preguntar. Híceme del pesante, abominando la bellaquería, y que no hallaba otro medio mas de que se levantase por la mañana, y fuésémos á comprar á los plateros otro como él; y dijese á su marido, que porque estaba viejo y abollado, le habia hecho limpiar, y aderezar; que con esto excusaria el enojo: tambien le ofreci, que si no tenia dineros y le hallase fiado, tomase mis raciones para pagarle con ellas, ó las pidiese adelantadas. Agradeciómelo mucho, tanto por el consejo, como por el remedio: mas hízosele inconveniente salir de casa y sola, temiendo que su marido la viese, porqne era muy zeloso. Rogóme que por un solo Dios le fuese yo á bnscar, que dineros tenia para pagarle: yo no deseaba otra cosa, porque habia puesto cuidado á quien ó como pudiera venderle, que me le comprara, pues por mi persona era fácil de creer que le habia hurtado; mas con esta buena salida, fuíme á los plateros, dije á uno que me le limpiase y desabollase, que estaba maltratado. Concertélo en

dos reales: pusiéronle cual si entonces acabaran de hacerle. Volví á mi casa diciendo: Uno he hallado en la puerta de Guadalajara, pero tiene cincuenta y siete reales de plata, y no quieren por la hechura menos de ocho. Á ella le pareció una blanca, segun deseaba salir de aquel trabajo; contóme el dinero en tabla, y volvísele á vender, como si no fuera el mismo, ni se le hubiera hurtado, con que quedó contenta y yo pagado; mas como se vino se fué, de dos encuentros me lo lleváron. Estos hurtillos de invencion de cosecha me los tenia, y la ocasion los enseñaba; mas los de permision siempre andaba con cuidado para saberlos usar bien, cuando los hubiera menester. Asi tenia costumbre de llegarme al tajo donde repartian las porciones; atentamente veia lo que pasaba, y como en cada una iban dos onzas de menos, aprendí á jugar de dedillo, balanza y golpete. Algunos le decian, que pesase bien: el despensero respondia, que enjugaba la carne, y que recibiéndola en un peso, y en fiel, no podia dejar de hacer un poco de refaccion para las mermas de muchos, y en esto iba á decir la sexta parte. Despensero, cocinero, botiller, veedor, y los oficiales, todos hurtan, y decian venirles de derecho, con tanta publicidad y desvergüenza, como si lo tuvieran por ejecutoria. No habia mozo tan desventurado, que no ahorrase los menudillos de las gallinas ó de los capones,

el jamon de tocino, el contrapeso del carnero, las postas de ternera, salsas, especias, nieve, vino, azúcar, aceite, miel, velas, carbon y leña, sin perdonar las alcomenías, ni otra cosa, desde lo mas necesario, hasta lo de menos importancia que en una casa de un señor se gasta. Luego que allí entré, no se hacia de mí mucha confianza, fuí poco á poco ganando crédito, agradando á los unos, contentando á los otros, y sirviendo á todos; porque tiene necesidad de complacer el que quiere que todos le hagan placer. Ganar amigos, es dar dinero á logro, y sembrar en regadío. La vida se puede aventurar para conservar un amigo, y la hacienda se ha de dar para no cobrar un enemigo; porque es una atalaya, que con cien ojos vela como el dragon sobre la torre de su malicia, para juzgar desde muy lejos nuestras obras. Mucho importa no tenerle, y quien le tuviere trátele de manera, como si en breve hubiese de ser su amigo. ¿Quieres conocer quien es? mira el nombre, que es el mismo del demonio, enemigo nuestro, y ambos son una misma cosa. Siembra buenas obras, cogerás fruto de ellas, que el primero que hizo beneficios, forjó cadenas con que aprisionar los corazones nobles. En lo que me pude adelantar no me detuvo la pereza: no dí lugar que de mí se diesen quejas verdaderas, ni me trajeran en revueltas: huí de los de este trato, y mas

de chismosos, á quien con gran propiedad llaman esponjas; aquí chupan lo que allí exprimen: de los tales no se fien, apártense de ellos, aborrezcan su compañía, aunque en ella se interese, porque al cabo ha de salirse con pérdida y descalabrado. No puede una casa padecer mayor calamidad, ni la república mas contagiosa pestilencia, que tener hombres zizañeros y revoltosos, amigos de hablar en corrillos, y hacerlos. Siempre procuré con todos tener paz, por ser hija de la humildad; y el humilde que ama la paz, ama y es amado del autor de ella, que es Dios. Si malas compañías no me dañaran, yo comencé bien, y corria mejor; comia, bebia y holgaba, pasando alegremente mi carrera.

Muchas veces, acabada la hacienda, me echaba á dormir á la suavidad de la lumbre que sobraba de medio dia, ó de parte de noche, quedándome allí hasta por la mañana: cuando en casa no habia que hacer, dábanme los bellacos de los mozos y pajes mucho del sartenazo, culebras y pesadillas; echábanme libramientos, ahogándome á humazos. Tal vez hubo, que con uno me desatináron por mucho rato, que ni sabia si estaba en pie ó si sentado; y si no me tuvieran, me hiciera la cabeza pedazos contra una esquina, y á todo esto paciencia, sin desplegar la boca, corrigiéndome para conservarme; que el que todo lo quiere vengar,

presto quiere acabar; larga se debe dar á mucho, si no se quiere vivir poco; despreciando las injurias, queda corrido y se causa el que te las hace, que si te corrieses, quedarias cargado : en mi hacian anatomia. Otras veces, para probarme, hiciéron cebaderos, poniéndome moneda donde forzosamente hubiese de dar con ella; querian ver si era levantisco, de los que quitan y no ponen; mas como se las entendia, y les entregaba la flor, decia : No á mí, que las vendo, á otro perro con ese hueso; salto en vago habeis dado, no os alegraréis con mis desdichas, ni haréis almoneda de mis infamias. Allí me lo dejaba estár, hasta que quien lo puso lo alzase, teniendo cuenta que otro no lo traspusiese, y dijesen que yo. Otras veces lo alzaba y daba con ello en manos de mis amos, andando con gran recato en hacer mis heridas limpias á lo salvo, como buen esgrimidor, que dar una cuchillada, y recibir una estocada, es dislate. Hurtaba lo que podia; pero de modo, que no se pudiera causar sospecha contra mí. Para las haciendas de mi cargo yo me lo tenia, y á mi amo descuidado de mandarlo : en habiendo que trabajar, no aguardaba que me lo mandasen; era de todos mis compañeros el primero al pelar de las aves, fregar, limpiar, barrer, hacer y soplar la lumbre, sin decir al otro, hacedlo vos; porque consideraba, que no habiendo de holgar, ni

estar mano sobre mano, tanto me daba trabajar en esto, que en esotro, y era engañar de maña, con lo que era fuerza; siempre hacia lo que mas podia y mejor sabia, guardando el decoro al oficio. Aun el ave no estaba bien acabada de pelar, cuando tomaba el almirez, y molia mixturas para salsas ó para guisados. Traia el herrage como espadas acicaladas; las sartenes, que se pudieran limpiar con la capa; los cazos como espejos: guardábalo en sus cajas, colgábalo en sus clavos, donde solia estar cada cosa, para darlo en la mano cuando fuera menester, sin andarlo á buscar, acordándome donde lo puse: todo tenia lugar diputado, con mucha curiosidad y concierto. Las horas que me sobraban cuando no habia que hacer, en especial por las tardes, que siempre tenia mas lugar, los oficiales de casa me daban sus percances, que los llevase á vender: íbame con ellos á las puertas de la carnicería, donde era nuestro puesto, y lo acudian á comprar los que lo habian menester. Algunas veces lo que llevaba era bueno, otras no tal, y otras hediondo y malo; mas todo resultaba de lo que llaman ellos provechos y derechos, que es de diez dos, harto mejor pagado, que el almojarifazgo de Sevilla; lo ordinario y siempre, nunca faltaban menudillos de aves, y despojos de terneras, perdices, gallinas, que se perdian andando en asador, ó perdigadas en el hervor de la

olla, conejos desollados, y mechados, con sus garrochitas de tocino ribeteados, como gaban de sáyage sin dejarles blanco del tamaño de una uña, donde no llevasen clavada una saeta: presas habia, que habiéndose tardado en sacarse á vender, oliscaban: disfrazaban estas tales de manera, que parecian como nuevas: cada uno el que mas podia mejor afeitaba su hacienda. Vendia tambien lenguas de vaca, cecina de jabalí, lomo en adobo, empanadas inglesas de venado, piezas de tocino con tres dedos de tabla en grueso: ¡mirad, que derechos tan tuertos, y que provechos tan dañosos, para no sacarse cada dia facultades, empeñarse los estados, y vender los vasallos! ¡Pobres de los señores, que no pueden, ó no saben, ó por mejor decir, no quieren consumir esta langosta, destruyendo tan dañosa polilla! Y desventurados de los que por ostentacion quieren tirar la barra con los mas poderosos; el ganapan con el oficial, el oficial con el mercader, el mercader con el caballero, el caballero con el titulado, el titulado con el grande, el grande con el rey, todos para entronizarse. Pues á fe que no es oficio holgado, y que el rey no duerme, ni descansa con el reposo del ganapan, ni come con el descuido del oficial; y le aflige mas lo que la corona le carga, que cuanto el mercader carga; mas le inquieta como tiene de proveer sus armadas, que al caballero el apres-

tar sus armas; y no hay título muy empeñado, que el rey no lo esté mas, ni grande tan grande, que los trabajos y pesadumbres del rey no sean mas grandes y graves; el vela, cuando todos duermen. Por eso los egipcios, para pintarlo, ponian un cetro con un ojo encima: trabaja cuando todos huelgan, porque es carro y carretero; suspira y gime cuando todos rien, y son pocos los que se duelen de él, que no sea por su interes, debiendo por sí solo ser amado, temido, y respetado. Pocos le tratan verdad, por ser odiados; pocos le desengañan, ellos saben el por que y para que, y sabemos todos, que lo hacen por adelantarse á volar arriba, sea como fuere, aunque sean las alas de cera, y hayan de caer en el mar de Ícaro. La locura, y desvanecimiento de los hombres, como te decia, los trae perdidos en vanidades, y los que mas lastiman son señores y caballeros, que gastando sin necesidad, vienen á la necesidad; porque aun pocas expensas, muchas veces hechas, consume la substancia, váseles cayendo la pluma pelo á pelo, de donde, quedando sin cañones, los llamáron pelones, ó peludos: luego se recogen á las aldeas ó caserías, donde dan en criar cebones, gallinas y pollos, contando los huevos de cada dia, haciendo de ellos caudal principal. Sáquese de aquí en limpio, que si el rico se quisiere gobernar, le aseguro que nunca será pobre; y si

pobre se comidiere, que presto sera rico, acomodándose todos en todo con el tiempo, que no siempre le está bien al señor guardar, ni al pobre gastar. Entretenimientos han de tener; mas ténganse tales, que sean para entretenerse, y no para perderse. En las ocasiones ha de mostrarse cada uno conforme á quien es; pero no emparejándose todos lado á lado, pie con pie, cabeza con cabeza: si se alargare el poderoso, deténgase el escudero, no quiera con sus tres hacer lo que el otro con treinta; ¿no considera que son abortos, y cosas fuera de su naturaleza, de que todos murmuran, riéndose de él, y gastada la substancia, se queda pobre arrinconado? ¿no entiende el que no puede, que hace mal en querer gallear, y estirar el pescuezo? ¿si es cuervo, y no sabe, ni puede mas de graznar, para que quiere cantar, y preciarse de voz, aunque el adulador le diga que la tiene buena, no ve que lo hace por quitarle el queso, y burlarle? Lo mismo digo á todos, que cada uno se conozca á sí mismo, tiente el temple de sus aceros, no quiera gastar el hierro con lima de palo, y lo que él murmura del otro, cierre la puerta, para que el otro no lo murmure de él. Á todos conviene dormir en un pie, como la grulla; en las cosas de la hacienda, procurando, ya que no se gasta, que no se robe, que el dejar perder no es franqueza, y con lo que hurtan veedor, coci-

nero y despensero (que son los tres del mohino) se pueden gratificar seis criados. No digo mas del robo de estos, que del desperdicio de esotros, pues todos hurtan, y todos llevan lo que pueden cercenar de lo que tienen á cargo, uno un poco, y otro otro poco: de muchos pocos se hace un algo, y de muchos algos un algo tan mucho, que lo embebe todo.

Gran culpa de esto suelen tener los amos, dando corto salario y mal pagado, porque se sirven de necesitados, y de ellos hay pocos que sean fieles. Póneste á jugar en un resto lo que tienes de renta en un año; paga y haz merced á tus criados, y seras bien y fielmente servido, que el galardon y premio de las cosas hace al señor ser temido y respetado como tal, y pone ánimo al pobre criado para mejor servir. Ay señor, que no darán un real al sirviente mas importante, pareciéndole que le basta el sueldo seco, y que en dárselo y su racion está pagado. No señor, no es buena razon, que aqueso ya se lo debes; no tiene que agradecerte; con lo que no le debes lo has de obligar á mas de lo que te debe, y que con mas amor te sirva, que si no te alargas de lo que prometiste, siendo señor, no será mucho que el criado se acorte, y no se adelante de aquello á que se obligó: como sucedió á un hidalgo cobarde, que habiendo sido demasiado en confianza de su dinero, con otro hidalgo de

valor, viendo que sus fuerzas y ánimo eran flacos, quiso valerse de un mozo valiente que le acompañaba. Atencion, que como una vez echase su enemigo mano para él, su criado le defendió, con pérdida del contrario, que le retiró en cuanto su señor se puso en salvo; y en esta cuestion perdió el mozo el sombrero y la vaina de la espada. Esto se pasó, fuese á su posada; mas nunca el amo le satisfizo la pérdida, ni le adelantó en alguna cosa; y como viniese otra vez con un palo, y le diese de palos el de la cuestion pasada, el criado se estuvo quedo, mirando como le aporreaba. El amo daba voces, pidiendo socorro, á quien el mozo respondió: Vuesa merced cumple con pagarme cada mes mi salario, y yo con acompañarle, como le prometí; y el uno, y el otro no estamos á mas obligados: asi, si quieres que salgan de su paso, aventajándose en tu servicio, de lo que pierdes tan desbaratadamente, gánales las voluntades, que será ganar no te roben la hacienda, defiendan tu persona, ilustren tu fama, y deseen tu vida. O cuantas veces vi llevar y llevé tortas de manjar blanco, lechones, pichones, palominos, quesos de cien diferencias y provincias, y otras infinitas cosas á vender, que es prolijidad referirlas, y faltan tiempo y memoria para contarlas; solo quiero decir, que estos desórdenes en todos, me hizo á mí como á uno de ellos: andaba entre

lobos, y enseñéme á dar ahullidos. Yo tambien era razonable principiante, aunque por diferente camino, mas entonces perdí el miedo; soltéme al agua sin calabaza, salí de vuelo, todos jugaban y juraban; todos robaban y sisaban, hice lo que los otros. De pequeños principios, resultan grandes fines. Comencé, como dije, de poco á jugar, sisar y hurtar, fuíme alargando el paso, como los niños que se sueltan en andar, hasta que ya lo hacia de lo fino, de á ciento la onza: y no lo tenia por malo (que aun á esto llegaba mi inocencia) antes por lícito y permitido. Compraba algunas cosillas que me hacian falta, ó lo echaba en un topo, que siempre de los juegos buscaba los mas virtuosos, vueltos ó carteta, para acabar presto y acudir á mi oficio. Acuérdome una vez, que estando porfiando una suerte con otros mancebitos de mi talle en un corral de casa, se levantó gran grita: pareció con la vocería hundirse la casa; mandó nuestro amo al maestre-sala mirase que era aquello: hallónos en la bregafregando el delito; y excediendo de su comision, diónos una rociada de leña seca, sacudiéndonos el polvo del hatillo, de manera. que nos levantó ronchas por todo el cuerpo debajo de la camisa, con que tambien perdí mi crédito ganado, trayéndome de allí adelante sobre ojos, como dicen, de donde comenzó mi total pardicion, de la manera que sabrás adelante.

CAPÍTULO VI.

En que Guzman de Alfarache prosigue lo que le pasó con su amo el cocinero, hasta salir despedido de él.

MUCHO se debe agradecer al que por su trabajo sabe ganar; pero mucho mas debe estimarse aquel que sabe con virtud conservar lo ganado: mucho me forzaba la voluntad en agradar, aunque mas me tiraba la mala costumbre de la vida pasada; y asi, lo que hacia como cosa contrahecha eran las obras de la mona: que la gloria falsamente alcanzada, poco permanece, y presto pasa. Fuí como la mancha de aceite, que si fresca no parece, brevemente se descubre y crece: ya no se fiaban de mí; llamábanme, uno, cedacillo nuevo; otro, la gata de venus; y se engañaban, que mi natural bueno era; y en el mio, ni lo aprendí, ni lo supe; si lo hice mal y lo dispuse mal, enseñáronmelo la necesidad y el vicio: allí me afiné con los otros ministros y sirvientes de casa. Ladrones hay dichosos que mueren de viejos; otros desdichados, que por el primer hurto los ahorcan. Lo de los otros era pecado venial, y en mí mortal; fué muy

bien, pues degeneré de quien era, haciendo lo que no debia: perdíme con las malas compañías que son verdugos de la virtud, escalera de los vicios, vino que emborracha, humo que ahoga, hechizo que hechiza, sol de marzo, aspid sordo y voz de sirena. Cuando comencé á servir, procuraba trabajar y dar gusto; despues los malos amigos me perdiéron dulcemente; la ociosidad ayudó gran parte, y aun fué la causa de todos mis daños: como al bien ocupado no hay virtud que le falte, al ocioso no hay vicio que no le acompañe. Es la ociosidad campo franco de perdicion, arado con que se siembran malos pensamientos, semilla de zizaña, escardadera que entresaca las buenas costumbres, hoz que siega las buenas obras, trillo que trilla las honras, carro que acarrea maldades, y silo en que se recogen todos los vicios. No puse los ojos en mí, sino en los otros; parecióme lícito lo que ellos hacian, sin considerar que por estar acreditados y envejecidos en hurtar, les estaba bien hacerlo, pues asi habian de medrar, y para eso sirven á buenos. Quise meterme en docena, haciéndome como ellos, no siendo su igual, sino un pícaro desandrajado; pero si disculpas valen, y la que diere se me admite, como tan libremente veia que todos llevaban este paso, parecióme la tierra de Jauja, y que tambien habia de ca-

minar por allí, creyendo, como dije, ser obra de virtud, aunque despues me desengañáron, que pensé bien, y entendí mal; porque la gracia de esta bula solo la concedió el uso á los hermanos mayores de la cofradia de ricos y poderosos, á los privados, á los hinchados, á los arrogantes, á los aduladores, á los que tienen lágrimas de cocodrilo; á los alacranes, que no muerden con la boca, y hieren con la cola; á los lisongeros, que con dulces palabras acarician el cuerpo, y con amargas obras destruyen el alma. Estos tales eran á quien todo les estaba bien, y en los como yo, era maldad y bellaquería; engañéme; con mi engaño me desenvolví de manera, que desde muy lejos me conocieran la enfermedad, aunque todo era niñería de poca estimacion: suelen decir, que el postrero que sabe las desgracias es el marido. De todas estas travesuras, por maravilla llegaban de mil una á los oidos de mi amo; ya porque les agradaba, no querian ponerme mal y echarme de casa; ó ya porque aunque me lo reñian, viendo que todo el mundo era uno, de nada se admiraban; mas por algunos descuidos mios, y cosas que se traslucian algo, andaba ya escaldado mi amo conmigo, andábame á las espuelas para cogerme. Aconteció, que le llamáron para un banquete de un príncipe extrangero, nuevamente venido á la corte: man-

dóme ir con él, para trasponer el cebollino, resultas de la cocina, segun el uso y costumbre. Luego que fuímos á la posada se nos hizo el entrego: mi amo comenzó á destrozar, dividir y romper con grandísima destreza, poniendo géneros aparte, y de cada cosa lo que le pertenecia, conforme á su arancel, porque con otros cuidados no hubiese algun descuido, y se mezclasen las acciones, siendo justo dar lo de Cesar á Cesar, y aposesionarse cada cual en su hacienda. Despues al cerrar de la noche habíame mandado traer costales: comenzólos á estivar de maestro, y poniéndomelos al hombro, á tiempo y de manera que no pudiera ser visto, me hizo dar cuatro càminos, que ninguno me vagaba el resuello, segun iba de cargado: cada uno, y todos parecian el arca de Noé, y no sé si en ella hubo de tantos individuos, ó Dios despues los crió. Ya que tuve acabada mi faena, mandóme aderezar la lumbre, calentar agua, pelar y perdigar, en que ocupé gran parte de la noche. Al bueno de mi amo no se le cocia el pan, andaba con sobresalto, sin sosiego, cuidadoso que su muger estaba sola, y no podria poner en órden tanta hacienda, ó que no sucediese algun torbellino; y con este alboroto me dijo: Guzmanillo, vete á casa, pon en cobro lo que llevaste, abre los ojos, y mira por todo, dí á tu señora, que acá me quedo; ten cuenta con la casa, y en ama-

neciendo ven aquí volando. Hícelo asi, doy á mi ama el recaudo, pido garabatos y sogas, púselas por unos corredores colgando al patio, allí ensarté los trofeos de la victoria. Era gloria de ver la varia plumajería del capon, de la perdiz, de la tórtola, de la gallina, del pavo, zorzales, pichones, codornices, pollos, palomas y gansos, que sacando por entre todo las cabezas de los conejos, parecian salir de los viveros. Colgué á otra parte perniles de tocino, piezas de ternera, venado, jabalí, carnero, lenguas, lechones y cabritos: entapizóse nuestro patio á la redonda en muy buenos clavos que puse, de manera que (mi fe te prometo) segun lo que allí campeaba, me pareció haber traido de cinco partes las dos, y faltaban por venir los siete Infantes de Lara, que no estaba con esto acabado: ello quedó muy bien acomodado, y yo muy de veras cansado, que lo trabajé muy bien, aunque se me lució muy mal, pagándomelo peor. Mi ama vivia en un aposento bajo, dejóme como el escarabajo, la carga acuestas y fuese a dormir; debió de cenar salado, que cargó delantero conforme á su costumbre antigua. Yo acabada la tarea, hice lo mismo; subime á la cama; hacia tanto calor, que por buen rato me entretuve rascando y dando vuelcos, hasta que con algunas malas ganas me dejé ir á media rienda por el sueño adelante; anduve galopeando con él y con la

manta, que sabanas no se usaban dar, ni mas que un jergon viejo á los mozos de mi tamaño en aquella tierra, cuidadoso de madrugar como mi amo me lo habia mandado. Veis aquí, Dios en hora buena, serian como las tres de la madrugada, entre dos luces, oigo andar abajo en el patio una escaramuza de gatos, que hacian banquete con un pedazo de abadejo seco, traido acaso por los tejados de casa de algun vecino, y como de suyo son de mala condicion, que no sabréis cuando estan contentos, como los viejos, ni quieren aun comer callando, que á todo gruñen, ó bien sea que quieran decir que les sabe bien, ó que no está bueno de sal, con el ruido de su pendencia me despertáron; púseme á escuchar, y dije: Seria el diablo, si la pesadumbre de esta buena gente fuese sobre la capa del justo, y estuviesen á estas horas riñendo por la partija de mis bienes; de modo, que pagasen mis huesos la carne que comiesen, metiéndome con mi amo en deuda, y en pendencia. Yo estaba en la cama, como nací del vientre de mi madre, no creí que alguien me viera; salto en un pensamiento, y como si á mi linaje todo le llevaran moros y aquella diligencia valiera su rescate, doy á correr y trompicar por las escaleras abajo, por allegar á tiempo, y no fuese como en algunos socorros importantes acontece. Mi ama, como se acostó primero, llevóme muchas ventajas, y mas el

estar holgada; corria sobre cuatro dormidas, como gusano de seda, y frezaba para levantarse: oyó el mismo rebato, debiósele de antojar que yo soñaria, y en buena razon asi debiera ello ser, parecióle que no le oyera. Ella, aunque se acostaba vestida, siempre andaba en cueros, y esta vez lo estaba, sin tener sobre los heredados de Eva camisa, ni otra cobija; y asi desnuda, sin acordar de cubrirse, salió corriendo desvalida, con un candil en la mano á reparar su hacienda. Su pensamiento, y el mio fuéron uno; el alboroto igual; y la diligencia en causa propria; el ruido de ambos poco, por venir descalzos. Veisnos aquí en el patio juntos, ella espantada en verme, y yo asombrado de verla; ella sospechó que yo era duende, soltó el candil, y dió un gran grito; yo atemorizado de la figura y con el encandilado, dí otro mayor, creyendo seria el alma del despensero de casa, que habia fallecido dos dias antes, y venia por ajustarse de cuentas con mi amo: ella daba voces que la oyeran de todo el barrio; yo con las mias fué poco no me oyese toda la villa. Fuése huyendo á su aposento, y yo quise hacer lo mismo al mio; diéron los gatos á huir; tropecé con un mansejon de casa en el primer escalon, asióseme á las piernas con las uñas, pensé que ya me llevaba el que á redro vaya, pareció que me arrancaba el alma; doy de hocicos en la escalera, desgarréme las espinillas,

y deshíceme las narices. No podia ninguno de los dos entender ó sospechar al cierto lo que el otro fuese, como todo sucedió presto, y acudimos al sonido de una misma campana: hasta que yo caido en el suelo, y escondida ella dentro de su pieza, nos conocimos por las quejas y llantos. Con esta alteracion (si el fresco de la mañana no lo hizo) á la señora mi ama le faltó la virtud retentiva, y aflojándosele los cerraderos del vientre, antes de entrar en su cámara, me la dejo en portales y patio, todo lleno de huesezuelos de guindas, que debia de comérselas enteras. Tuve que trabajar por un buen rato en barrerlo y lavarlo, por estar á mi cargo la limpieza. Allí supe que las inmundicias de tales acaecimientos huelen mas y peor que las naturalmente ordinarias: quede á cargo del filósofo inquirir y dar la causa de ello; baste que á costa de mi trabajo, en detrimento de mi olfato, le testifico la experiencia. Quedó mi ama del caso corrida; y yo mas, que aunque varon, era muchacho, y en cosas tales no me habia desenvuelto: tenia tanto empacho como una doncella, y cuando fuera muy hombre, me avengonzara de su vergüenza. Pesóme muy de veras haberla visto; no quisiera tal acaecimiento por la vida; mas nunca le pude persuadir dejase de creer malicia en mí; ni bastáron juramentos para ponerla en razon, ni encaminarla á mi inocencia. Desde

aquel momento me perdió toda buena voluntad; y supe despues de una vecina nuestra á quien ella contó el caso, que sola su pena era, no haberse hallado desnuda, sino haberse desanudado, que por lo demas no se le diera un pito; que eso se quieren las que algo estan de sí confiadas. Cuando vi que nada bastaba, luego vi mala señal, y que me habia de levantar algun falso testimonio para echarme de casa, poniéndome mal con su marido, como si pobre de mí hubiera yo sido la culpa: nunca mas le conocí el rostro á derechas, ni atravesó palabra conmigo. Venido el dia claro, volví á mi tabona como me fué mandado; fuí á tender con mi amo, no desplegué mi boca de lo pasado. Preguntóme si dejaba recaudo en lo de casa; díjele que sí: ocupóme en algunas cosas, y puedo certificar, que mi amo, y sus compañeros, yo y los mios, ayudantes y trabajadores, teníamos mas que hacer en poner cobro á lo hurtado, que sazon á los manjares. Cual andaba todo, que sin órden, cuenta, ni concierto; que sin duelo se pedia: que sin dolor se daba: con que gloria se recibia: que poco se gastaba: cuanto se rehundia. Pedian azúcar para tortas, y para tortas azúcar, dos, y tres veces para cada cosa. Estos banquetes tales llamábamos jubilcos, porque iba el rio revuelto, y sobre aguados los peces. Con esto creí que pues era, como dicen, el pan de mi compadre

y el duelo ageno que no tenia yo menos colmillos para ganar esta indulgencia, que tambien estaba mi alma en mi cuerpo, sin faltarme tilde ni hevilleta de hombre; y siquiera de las migajas caídas debajo de la mesa, aun sin querer igualarme á mis iguales, fuera lícito valerme algo de la franqueza, gozando del barato. Yo estaba cansado de pelar aves, limpiar almendras y piñones, calentar agua, y otras cosas: andaba con una camisilla vieja, y un juboncillo roto: de lo que cupo al cuartel de mi amo, habia una canasta de huevos; lleguéme por un par y echéme entre camisa y carnes unos pocos, y otros en las faltriqueras de los calzones: ved, ya que metí la mano, en lo que vine á empacharme, mas diciendo verdad no lo hice tanto por el interes, que fué una desventura, cuanto por decir siquiera que le dí un beso á la novia y no se dijera que salí vírgen, ó que yendo á la corte no vi al rey. El traidor de mi amo sintiólo, y para santificarse con mi culpa, asegurando su fidelidad con mi hurto, estando el veedor presente y otros criados graves de casa, cuando quise salir á poner en cobro la pobreza, porque no se me viera, llegóse á mí como un leon, y asiéndome por los cabezones me trajo á la melena, hollando entre los pies: bien podrás pensar cual se puso la mercadería de bien acondicionada, pues me los deshizo todos á puntillo-

nes, corriendo las claras y yemas por las piernas abajo. Sin duda, dije entre mí, algun planeta gallinero me persigue. Quisiera decirle con la cólera: ¡Pues como, ladron, tienes la casa entapizada de lo que hurtaste, y yo llevé, y haces alharacas por seis tristes huevos que me hallaste! ¿no ves que te ofendes con lo que me ofendes! Parecióme mas acertado el callar, que el mejor remedio en las injurias es despreciarlas. Mucho la sentí, por hacérmela mi amo, que si fuera de un extraño, no la estimara en tanto, mas hube de sufrir: no hice mas mudamiento, ni dí otra respuesta, que alzar los ojos al cielo con algunas lágrimas, que á ellos viniéron. La vehetría del banquete se pasó, y nos fuímos á casa; díjome mi amo por el camino: Que te digo, Guzmanillo, advierte que lo que yo te dí, me importó mas de lo que piensas; ya sé que no tuve razon, mañana te compraré unos zapatos por ello, y valdrán mas que los huevos. Alegréme con la manda, porque los que traia estaban rotos y viejos; mi ama le debió de contar algunos males de mí, que desde que entrámos en casa, siempre mi amo me hizo un gesto de probar vinagre, sin que la ocasion llegase de comprar zapatos, que sin ellos me quedé. Como le veia torcido, procuraba de quitarle los tropezones de delante, sirviéndole con mas cuidado que nunca, sin hacerle falta, ni á cosa de la cocina en un

cabello. Un dia de fiesta, como era de costumbre, se hiciéron unas empanadas y pasteles de que sobró un poco de masa, y otro dia lunes habian de correrse toros en la plaza: estaba en la basura una canilla de vaca casi entera, yo tenia necesidad para holgarme de unas blanquillas, y en un pensamiento empané mi zancarron, que como le puse, no diferenciaba por defuera de un hermoso conejo: fuíme con el á mi puesto, con ánimo de dar alguna gatada; mas como estaba de priesa, no pude aguardar marchante: llegó á comprármela un cano y honrado escudero: hícele buena comodidad, concertéla en tres reales y medio; vi el cielo abierto, por volverme presto; mas cuanta mi priesa era mucha, su flema era grande. Púsose debajo del brazo un reportorio pequeñuelo que llevaba en la mano; colgó del cinto los guantes y lienzo de narices; luego sacó una caja de anteojos, y en limpiarlos y ponérselos tardó largas dos horas: fué destilando del bolsico de un garniel cuarto á cuarto, y poniéndomelos en la mano, cada medio cuarto le parecia cuartillo, y le daba seis vueltas mirándole hácia el sol. Apenas me vi con mi dinero, cuando mi amo estaba conmigo, que con la falta que hice, salió á buscarme; asióme del brazo, diciendo: ¡Qué prendas me rematais mancebo! El escudero estaba présente á todo esto, que no se lo quiso llevar la maldicion,

para descubrir mi secreto : halléme atajado que no supe ni pude darle autor, y por no tenerlo quedó como libro prohibido ó mercaderías vedadas, castigándome por ello, pues me pescó las monedas, diciendo : ¡Soltad, bellaco, sois vos el que me alababan! ¡La mosca muerta; el que hacia del fiel; de quien yo fiaba mi hacienda! ¡Esto tenia en mi casa? ¡Á vos daba mi pan, y regalaba! ¡No mas de un pícaro! No me entreis mas en casa, ni paseis por mi puerta; que quien se abate á poco, no perdonará lo mucho, si ocasion se le ofrece: y dándome un pescozon y un puntillon á un tiempo, y en presencia de mi marchante, que nunca mi mala suerte le despegó de allí con su flema, casi me hiciera dar en tierra : quedé tan corrido, que no supe responderle, aunque pudiera, y tuve harto paño; mas no siéndome lícito por haber sido mi amo, bajé la cabeza, y sin decir palabra, me fuí avergonzado, que es mas gloria huir de los agravios callando, que vencerlos respondiendo.

CAPÍTULO VII.

Como despedido Guzman de Alfarache de su amo, volvió á ser pícaro, y de un hurto que hizo á un especiero.

En cualquiera acaecimiento mas vale saber que haber; porque si la fortuna se rebelare nunca la ciencia desampara al hombre: la hacienda se gasta, la ciencia crece, y es de mayor estimacion lo poco que el sabio sabe, que lo mucho que el rico tiene. No hay quien dude los excesos que á la fortuna hace la ciencia, no obstante que ambas aguijan á un fin de adornar y levantar á los hombres. Pintáron varios filósofos á la fortuna en varios modos, por ser en todo tan varia: cada uno la dibujó segun la halló para sí, ó la consideró en el otro. Si es buena, es madrastra de toda virtud; si mala, madre de todo vicio, y al que mas favorece, para mayor trabajo le guarda. Es de vidrio, instable, sin sosiego como figura esférica en cuerpo plano: lo que hoy da, quita mañana: es la resaca de la mar, muchos rodando y volteando, hasta dejarnos una vez en seco en las márgenes de la muerte, de donde jamas vuelve á cobrarnos,

en cuanto vivimos, obligándonos como á representantes á estudiar papeles, y cosas nuevas que salir á representar en el tablado del mundo. Cualquier vario acaecimiento la descompone y roba, y lo que deja pérdido y desauciado, remedia la ciencia fácilmente. Ella es riquísima mina descubierta, de donde los que quieren pueden sacar grandes tesoros, como agua de un caudaloso rio, sin que se agote ni acabe; ella honra la buena fortuna, y ayuda en la mala; es plata en el pobre, oro en el rico, y en el principe piedra preciosa: en los pasos peligrosos, en los casos graves de fortuna, el sabio se tiene y pasa, y el simple en lo llano tropieza y cae. No hay trabajo en la tierra, tormenta en el mar, ni temporal en el aire, que contraste á la ciencia; y asi debe desear todo hombre vivir para saber, y saber para vivir: son sus bienes perpetuos, estables, fijos, y seguros. Preguntarásme, ¿donde va Guzman tan cargado de ciencia? ¿Qué piensa hacer con ella? ¿Para que fin la loa con tan largas harengas, y engrandece con tales veras? ¿Qué nos quiere decir? ¿Á donde ha de parar? Por mi fe, hermano mio, á dar con ella en un esporton, que fué la ciencia que estudié para ganar de comer, que es una buena parte de ella, pues quien ha oficio, ha beneficio, y el que otro no sabia para pasar la vida, tanto lo estimé para mi en aquel tiempo,

como en el suyo Demóstenes la elocuencia, y sus astucias Ulíses,

Mi natural era bueno, nací de nobles y honrados padres, no lo pude cubrir ni perder; forzoso les habia de parecer, sufriendo con paciencia las injurias, que en ellas se prueban los ánimos fuertes; y como los malos con los bienes empeoran, los buenos con los males se hacen mejores, sabiendo aprovecharse de ellos. ¡Quien dijera, que tan buen servicio sacara tan mal galardon, por tan inopinada y liviana ocasion? Salvo si no me dices que anda tal el mundo que por el mismo caso que uno es bueno, diestro en su oficio, y en él hace como debe, por eso mismo le descompone y arrincona, para que todo se yerre: ó que á los que Dios tiene predestinados, tras el pecado envia la penitencia. ¡Ojalá fuera yo tan dichoso, y me lo castigara á cuerpo presente! Mi amo ya conmigo maleaba, y su muger le indignó contra mí; cualquier cerrar de ojos bastara; y aprovechara poco, aunque me desvelara mucho en quitarle las ocasiones. Ya estoy en la calle arrojado, y perseguido sobre despedido, ¡qué haré! ¡donde iré? ¡ó qué será de mí! pues á voz de ladron salí de donde estaba, ¡quien me recibirá de buena, ni de mala gana! Acordéme en aquella sazon de mis trabajos pasados, como halláron puerto en una espuerta. Buñolero solia ser, volvíme á mi menester,

no me pesó de haberlos tenido, pues asi me socorrí de ellos, y es bien á veces tomarlos de voluntad, para que no cansen tanto los forzosos en la necesidad; y pues nunca pueden faltar, justo es enseñarse á tenerlos, para mejor saber sufrirlos cuando vengan; demas, que humillan á los hombres á cosas en que despues hallan fruto. No hay trabajo tan amargo, que, si quisieres, no saques de él un fin dulce; ni descanso tan dulce con que puedas dejar de tener un fin amargo, salvo en el de la virtud. Si como estaba tan á mi gusto acomodado, antes no hubiera padecido trabajos, nunca con la bonanza de mi sollastría supiera navegar en saliendo de la cocina, como piloto de agua dulce, ni hallara tan á la mano de que me socorrer; ¿ qué fuera entonces de mí ! ¿ No consideras, que turbado, que afligido estaria, y que triste, quitado el oficio, sin saber de que valerme, ni rincon adonde abrigarme ! Con cuanto gané, jugué y hurté, ni compré juro, censo, casa, ni capa, ó cosa con que cobijarme: habíase todo ido entrada por salida, comido por servido jugado por ganado, y frutos por pension. Del mal el menos: con todas estas desdichas mi caudal estaba en pie, la vergüenza perdida, que al pobre no le es de provecho tenerla, y cuanto menos poseyere, le dolerá menos los yerros que hiciere. Ya me sabia la tierra, y habia dineros para esporton;

mas antes de resolverme á volverle al hombro visitaba las noches y á medio dia los amigos y conocidos de mi amo si alguno por ventura quisiera recibirme; porque ya sabia un poquillo, y holgara saber algo mas, para con ello ganar de comer; algunos me ayudaban, entreteniéndome con un pedazo de pan; debiéron de oir tales cosas de mí, que á poco tiempo me despedian, sin querer acogerme: donde la fuerza oprime, la ley se quiebra. Con estas diligencias cumplia á lo que estaba obligado, para no poder acusarme á mí mismo, que volvia á lo pasado, huyendo del trabajo; y te prometo, que le amaba entonces, porque tenia de los vicios experiencia, y sabia cuanto es uno mas hombre que los otros cuanto era mas trabajador, y por el contrario con el ocio. Mas no pude ya otra cosa; no sé que puede ser, que deseando ser buenos nunca lo somos; y aunque por horas lo proponemos, en años nunca lo cumplimos, ni en toda la vida salimos con ello; y es porque no queremos, ni nos acordamos de mas de lo presente. Comencé á llevar mis cargos, comia lo que me era necesario, que nunca fué mi Dios mi vientre, y el hombre no ha de comer mas de para vivir lo que basta; y excediendo, es brutalidad, que la bestia se harta para engordar. De esta manera, comiendo con regla, ni entorpecia el ánimo, ni enflaquecia el cuer-

po, ni criaba malos humores, tenia salud, y sobrábanme dineros para el juego. En el beber fuí templado, no haciéndolo sin mucha necesidad, ni demasiado, procurando ajustarme con lo necesario, asi por ser natural mio, como parecerme mala la embriaguez en mis compañeros, que privándose del sentido y razon de hombres, andaban enfermos, roncos, enfadosos de aliento y trato, y los ojos encarnizados, dando traspies y reverencias, haciendo danzas con los cascabeles en la cabeza, echando contrapasos atras y adelante, y (sobre toda humana desventura) hecho fiesta de muchachos, riza del pueblo, y escarnio de todos. Que los pícaros lo sean, andar, son pícaros; y no me maravillo, pues cualquiera bajeza les entalla, y se hizo á su medida, como á escoria de los hombres; ¿pero que los que se estiman en algo, los nobles, los poderosos, los que debian ser abstinentes lo hagan? Que el Religioso se descomponga el grueso de un pelo en ello, no solamente digo descomponga, pero aun llegar á la raya de poderse notar en semejante vituperio, digan ellos mismos lo que sienten cuando sienten, sino es que para llevar el absurdo adelante se disculpan con locuras, trayendo consecuencias, que cometiendo un yerro, dan en doscientos; mas para sí todos entienden la verdad. Afrentosa cosa es tratar de ello, infamia usarla, bella-

quería paliarla, cosa indigna de hombres no abominarla.

Teníamos en la plaza junto á santa Cruz nuestra casa propia comprada y reparada de dinero ageno: allí eran las juntas y fiesta: levantábame con el sol; acudia con diligencia por aquellas tenderas y panaderos; entraba en la carnicería, hacia mi agosto las mañanas para todo el dia. Dábanme los parroquianos, que no tenian mozo, que les llevasen la comida: hacíalo fiel y diligentemente, sin faltarles un cabello; acreditéme mucho en el oficio, de manera, que á mis compañeros faltaba, y á mí me sobraba para un teniente que siempre me allegaba. Entonces éramos pocos, y andábamos de vagar; ahora son muchos y todos tienen en que ocuparse, y no hay estado mas dilatado que el de los pícaros, porque todos dan en serlo, y se precian de ello. Á esto llega la desventura, hacer de las infamias bizarría, y honra de las bajezas, y de las veras burla.

Sucedió, que se diéron conductas á ciertos capitanes, y luego que acontece lo tal se publica en el pueblo, y en cada corrillo y casa se hace consejo de estado. La de los pícaros no se duerme, que tambien gobierna como todos, haciendo discursos, dando trazas y pareceres: no entiendas que por ser bajos en calidad, han de alejarse mas los suyos de la verdad, ó por

ser menos ciertos : engañaste de veras, que es antes al contrario, y acontece saber ellos lo esencial de las cosas, y hay razon para ello ; porque en cuanto al entendimiento, algunos y muchos hay, que si les acomodasen le tienen bueno; pues como anden todo el dia de una en otra parte, por diversas calles y casas, y sean tantos y anden tan divididos, oyen á muchos muchas cosas; y aunque suelen decir, que cuantas cabezas, tantos pareceres, y si uno ó un ciento disparan diciendo locuras donosas, otros discurren con prudencia : nosotros, pues, recogido todo lo de todo, en cuanto se cenaba referíamos lo que en la corte pasaba; demas, que no habia bodegon, ni taberna donde no se hubiera tratado de ello, y lo oyéramos, que allí tambien son las aulas y generales de los discursos, donde se ventilan cuestiones, y dudas, donde se limita el poder del Turco, reforman los consejos, y culpan á los ministros : últimamente, allí se sabe todo, se trata en todo, y son legisladores de todo, porque hablan todos por boca de Baco, teniendo á Ceres por ascendiente, conservando el vientre lleno, y si el mosto es nuevo, hierve la tinaja. Con lo que allí aprendíamos, venia despues á tratar nuestra junta de lo que nos parecia. Esta vez acertámos en decir, que aquestas compañías marcharian la vuelta de Italia : fuése averando el caso, porque arboláron las banderas por

la Mancha adentro, subiéndose desde Almodovar y Argamasilla, por las márgenes del reino de Toledo, hasta subir á Alcalá de Henáres y Guadalajara, yéndose siempre acercando al mar Mediterráneo. Parecióme muy buena ocasion para la ejecucion de mis deseos, que con crueles ansias me espoleaban á hacer este viage, por conocer mi sangre, y saber quienes y de que calidad eran mis deudos; mas estaba tan roto y despedazado, que el freno de la razon me hacia parar á la raya, pareciéndome imposible efectuarse; pero nunca me desvelaba en otra cosa: en esta iba y venia, sin poder apartarla de mí: de dia cabilaba en ello, y de noche lo soñaba, y si tiene lugar el proverbio del Romano, si quieres ser Papa, estámpalo en la testa, en mí se verificó, que andando en este cuidado solícito, dándole mil trasiegos, me senté á un lado de la plaza junto á una tendera donde solia ser mi puesto y de mi teniente; y estando con la mano en la mejilla, determinando de pasar, aunque fuera por mochilero, si mas no pudiera; y aun segun estaba me sobraba, oí decir: Guzman, Guzmanillo: volví el rostro á la voz, y sentí que un especiero debajo de los portales de junto á la carnicería me llamaba: hízome señas con la mano que fuese allá: levantéme por ver que me queria, díjome: Abre ese esportón. Echóme dentro cantidad de dos mil y quinientos reales en plata, y en oro, y en cuar-

tos pocos. Preguntéle: ¿Á qué calderero llevamos este cobre? Díjome: ¿Cobre le parece al pícaro? Alto; aguije que lo voy á pagar á un mercader forastero, que me vendió algunas cosas para la tienda. Esto me decia, mas yo en otro pensaba, que era como darle cantonada; porque no la alegre nueva del parto deseado llegó al oido del amoroso padre; ni derrotado marinero con tormentas descubrió de improviso el puerto que buscaba; ni el rendido muro al famoso Capitan que le combate le dió tal alegría, ni tuvo tan suave acento, cual en mi alma sentí, oyendo aquella dulce y sonorosa voz de mi especiero: ABRE ESA CAPACHA. ¡Gran palabra, letras que de oro se me estampáron en el corazon, dejándole colmado de alegría, y mas cuando las calificáron, poniéndome actualmente en quieta y pacífica posesion de lo que creí habia de ser mi remedio. Desde aquel venturoso punto comencé á dispensar de la moneda trazando mi vida: cargué con ella fingiendo pesar mucho; y me pesaba mucho mas, de que no era mas. Mi hombre comenzó á andar por delante, y yo á seguirle, con increible deseo de hallar algun aprieto, ó concurso de gente en alguna calle, ó llegar á alguna casa donde hacer mi hecho: deparóme la fortuna á la medida del deseo una como asi me la quiero, pues entrando por la puerta principal, salí tres calles de allí, por un postigo, y

dando bordos de esquina en esquina, el paso largo, y no descomquesto, para no dar nota, las fuí trasponiendo con lindo aire hasta la puerta de la Vega, donde me dejé ir descolgando hácia el rio; atravesé la casa del campo, y ayudado de la noche, caminé, por entre aquella maleza de los álamos, chopos, y zarzas, una legua de allí. En una espesura hice alto, para con maduro consejo pensar en lo por venir, como fuese de fruto lo pasado; que no basta comenzar bien, ni sirve de mediar bien, si no se acaba en bien: de poco sirven buenos principios, y mejores medios, no saliendo prósperos los fines. ¿De que provecho hubiera sido el hurto, si no me hallara con él, sino perderle, y á vueltas de él quizas las orejas, y haber comprado un cabo de año, si tuviera edad? Allí entré en acuerdo de lo que fuera bien hacer; busqué donde el agua tenia mas fondo en la mayor espesura, y en ella hice un hoyo, y en las telas de mis calzones y sayo envuelta la moneda la metí, cubriéndola muy bien de arena y piedras por defuera; puse una señal, no porque me descuidase, que allí residia la vista por casi quince dias; pero para no turbarme despues, buscándola dos pies mas adelante ó atras, que fuera morirme, si cuando metiera la mano, dejara de asentarla encima; en especial, que algunas noches me alargaba de allí á los lugares de la

comarca por viandas para tres ó cuatro dias, volviendo luego á mi albergue, ensotándome en saliendo el sol por aquel bosque del Pardo. De esta manera me entretuve en tanto que desmentí las espías y cuadrilleros, que sin duda debiéron de ir tras de mí. Asi se perdió el rastro, y pareciéndome que todo estaria seguro para poder mudar el rancho y marchar, hice un pequeñuelo lio de los forros viejos que del sayuelo me quedáron, donde metí envuelta la sangre de mi corazon; quedóme solo el viejo lienzo de los calzones, un juboncillo desarrapado, y una rota camisa; pero todo limpio, que lo habia por momentos lavado; quedé puesto en blanco, muy acomodado para la danza de espadas de los hortelanos. Anduve á escoger un par de garrotillos lisos; del uno colgué á las espaldas el precioso fardo, el otro llevé por bordon en la mano. Ya cansado y harto de estar hecho conejo en aquel vivero, temeroso que una guarda, ó cualquiera de allí me viera residir de asiento, y tomase de mí mala sospecha, comencé á caminar de noche á obscuras por lugares apartados del camino real, tomando á traviesas, trochas y sendas por medio de la Sagra de Toledo, hasta llegar dos leguas de él á un Soto, que llaman Azuqueca, que amanecí en él una mañana. Metíme á la sombra de unos membrillos, para pasar el dia; halléme sin pensar junto á mí un mocito de mi talle; debia

ser hijo de algun ciudadano, que con tan mala consideracion como la mia se iba de con sus padres á ver mundo. Llevaba liado su hatillo; y como era caballero novel, acostumbrado á regalo, y la leche en los labios, cansábase con el peso, que aun á sí mismo se le hacia pesado llevarse. No debia de tener mucha gana de volver á los suyos, ni de ser hallado de ellos: caminaba como yo, de dia por los jarales, de noche por los caminos, buscando madrigueras. Dígolo, porque desde que allí llegámos, hasta el anochecer que nos apartámos, no salió de donde yo. Cuando se quiso partir, tomando á peso el fardo, le dejó caer en el suelo, diciendo: Maldígate Dios, y si no estoy por dejarte. Ya nos habíamos de antes hablado y tratado, pidiéndonos cuenta de nuestros viages, de donde y quien éramos. El me lo negó, yo no se lo confesé, que por mis mentiras conocí, que me las decia: con esto nos pagámos; lo que mas pude sacarle, fué descubrirme su necesidad. Viendo, pues, la buena coyuntura y disgusto que con el cargo llevaba, y mayor con el poco peso de la bolsa parecióme seria ropa de vestir. Preguntéle, ¡qué era lo que llevaba, que tanto le cansaba! Díjome: Unos vestidos. Tuve buena entrada para mis deseos, y díjele: Gentil hombre, daríaos yo razonable consejo, si lo quisiéredes tomar. El me rogó se lo diese, que siendo tal, me lo agradeceria mucho. Volvíle á decir;

Pues vais cargado de lo que no os importa, deshaceos de ello, y acudid á lo mas necesario: ahí llevais esa ropa, ó lo que es, vendedla, que menos peso, y mas provecho podrá haceros el dinero que sacáredes de ella. El mozo replicó discretamente (que son de buen ingenio los Toledanos): ese parecer bueno es, y lo tomara; mas téngolo por impertinente en este tiempo, y consejo sin remedio es cuerpo sin alma: ¿qué me importa quererlo vender, si falta quien me lo pueda comprar? Á mí se me ofrece causa para no entrar en poblado á hacer trueco, ni venta; ni alguno que no me conozca querrá comprarlo. Luego le pregunté, ¿qué piezas eran las que llevaba? Respondióme: Unos vestidillos para remudar con este que tengo puesto. Preguntéle el color, y si estaba muy traido: Respondió, que era de mezcla y razonable. No me descontentó, que luego le ofrecí pagárselo de contado, si me viniese bien. El mozo se puso pensativo á mirarme, que en todo cuanto llevaba no pudieran atar una blanca de canela, ni valia un comino, y trataba de ponerle su ropa en precio. Esta imaginacion fué mia, que le debió de pasar al otro, y que debia de ser yo algun ladroncillo, que le queria burlar; porque estuvo suspenso, regateando, si lo enseñaria ó no, que de mi talle no se podia esperar, ni sospechar cosa buena. Esta diferencia tiene el bien al mal vestido; la buena

ó mala presuncion de su persona, y cual te hallo tal te juzgo, que donde falta conocimiento, el hábito califica; pero engaña de ordinario, que debajo de mala capa suele haber buen vividor. En el punto entendí su pensamiento, como si estuviera en él, y para reducirle á buen concepto, le dije: Sabed, señor mancebo, que soy tan bueno é hijo de tan buenos padres como vos; hasta ahora no he pues querido daros cuenta de mí, mas porque perdais el rezelo, pienso dárosla. Mi tierra es Burgos, de ella salí como salis, razonablemente tratado, hice lo que os aconsejo que hagais; vendí mis vestidos donde no los hube menester, y con la moneda que de ellos hice y saqué de mi casa, los quiero comprar, donde de ellos tengo necesidad; y trayendo el dinero guardado, y este vestido desarrapado, aseguro la vida y paso libremente, que al hombre pobre ninguno le acomete; vive seguro, y lo está en despoblado, sin temor de ladrones que le dañen ni de salteadores que le asalten: si os place vendedme lo que no habeis menester; y no os parezca que no lo podré pagar, que sí puedo. Cerca estoy de Toledo á donde es mi viage; holgaria entrar algo bien tratado, y no con tan vil hábito como llevo. El mozo deshizo su lio, sacó de él un ferreruelo, calzones, ropilla, dos camisas, y unas medias de seda, como si todo se hubiera hecho para mí: concertéme con el en cien reales, no

valia mas, que aunque estaba bien tratado el paño, no era fino; descosí por un lado mi envoltorio, y de él saqué los cuartos que bastáron, que no le dió poca mohina cuando reconoció la mala moneda, porque iba huyendo de carga, y no podia excusarla; mas consolóse que era menor que la pasada, y mas provechosa para cualquier acontecimiento. De allí nos despedímos, él se fué con la buena ventura, y yo, aunque tarde, aquella noche me entré en Toledo.

FIN DEL LIBRO SEGUNDO Y DEL TOMO PRIMERO.

TABLA

DEL TOMO PRIMERO.

LIBRO PRIMERO.

CAP. I. En que cuenta quien fué su padre. 1

CAP. II. En que Guzman de Alfarache prosigue contando quienes fuéron sus padres, y principio de conocimiento y amores de su madre. 22

CAP. III. Como Guzman salió de su casa un viernes por la tarde, y lo que le sucedió en una venta. 46

CAP. IV. En que Guzman de Alfarache refiere lo que un arriero le contó que le habia pasado á la ventera de donde habia salido aquel dia, y una plática que le hiciéron. 58

CAP. V. De lo que á Guzman de Alfarache le aconteció en Cantillana con un mesonero. 75

CAP. VI. En que Guzman de Alfarache acaba de contar lo que le sucedió con el mesonero. 85

CAP. VII. Como creyendo ser ladron Guzman de Alfarache fué preso, y habiéndole conocido le soltáron. Promete uno de los Clérigos contar uno historia para entretenimiento del camino. 93

CAP. VIII. En que Guzman de Alfarache

refiere la historia de los dos enamorados Ozmin y Daraja, segun se la contáron. 107

LIBRO SEGUNDO.

CAP. I. Como Guzman de Alfarache, saliendo de Cazalla, á la vuelta de Madrid, en el camino sirvió á un ventero. 177

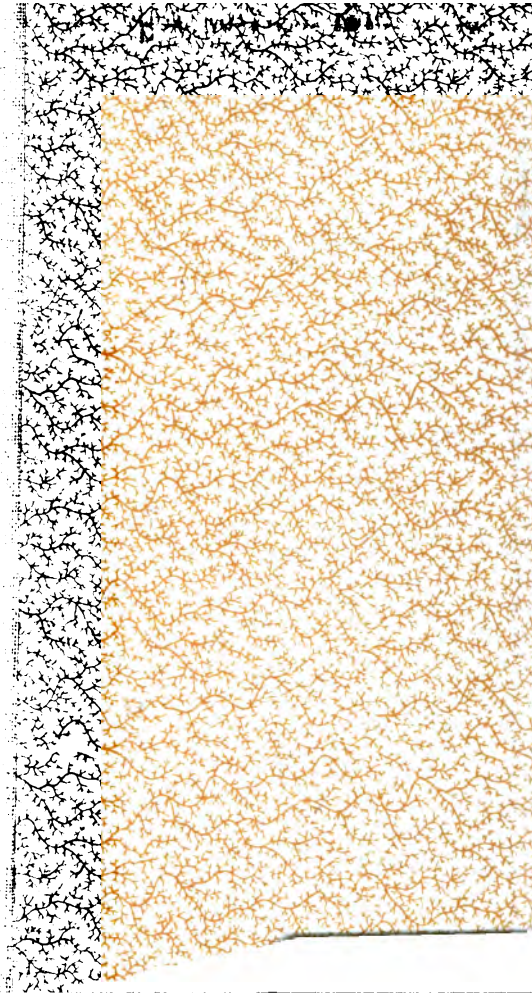
CAP. II. Como Guzman de Alfarache, dejando al ventero, se fué á Madrid, y llegó hecho pícaro. 189

CAP. III. En que Guzman de Alfarache prosigue contra las vanas honras. Declara una consideracion que hizo, de cual debe ser el hombre con la dignidad que tiene. 196

CAP. IV. En que Guzman de Alfarache refiere un soliloquio que hizo; y prosigue contra las vanidades de la honra. 207

CAP. V. Como Guzman de Alfarache sirvió á un cocinero. 218

CAP. VI. En que Guzman de Alfarache prosigue lo que le pasó con su amo el cocinero, hasta salir despedido de él. 238

CAP. VII. Como despedido Guzman de Alfarache de su amo, volvió á ser pícaro, y de un hurto que hizo á un especiero. 251

Imprenta de C. Coque, calle del palacio del Arzobispo.